E
125
B286

UC-NRLF
$B 535 495

RIMIENTO

DEL

OCEANO PACIFICO

Y LA

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

RESEÑA

DISCURSOS Y DOCUMENTOS RELACIONADOS CON LA SOLEMNE SESION VERIFICADA EN HONOR

DE

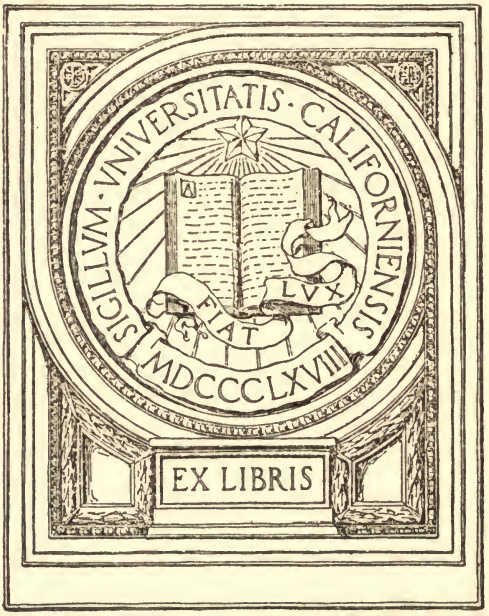
VASCO NUÑEZ DE BALBOA

EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1913

Sesion extraordinaria
en la
REAL SOCIEDAD GEOGRAFICA
de
MADRID

MEXICO
Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento
1913

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS

EL DESCUBRIMIENTO

DEL

OCEANO PACIFICO

Y LA

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

RESEÑA

DISCURSOS Y DOCUMENTOS RELACIONADOS
CON LA SOLEMNE SESION VERIFICADA EN HONOR

DE

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1913

MEXICO
Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento
1913

UNIV. OF CALIFORNIA

E185
B256

Gift of J.C. Gbrion

EL DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO

Y LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

RESEÑA ESCRITA

por el Profesor ALBERTO M. CARREÑO

Primer Secretario

Entre los acontecimientos geográficos de mayor importancia que han ocurrido en todos los tiempos, dos hay que sobresalen, sin duda alguna, de los demás: el descubrimiento hecho por Colón que produjo un nuevo mundo, y el descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa, que no es hipérbole asegurar que dotó a la tierra de un nuevo mar, el mayor de los mares conocidos.

Por tanto, no era posible que México dejara de celebrar el cuarto centenario de este último descubrimiento, y menos todavía que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que, por su antigüedad, es la tercera de su género en el mundo, no conmemorara debidamente tal aniversario. Esto explica que desde el mes de Marzo próximo pasado los Sres. Lic. D. Joaquín D. Casasus, Vicepresidente de la Sociedad y D. Telesforo García, si español de origen, mexicano por su afecto a esta tierra que en otro tiempo fuera la Nueva España, dieran los primeros pasos encaminados a la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del mar Pacífico, y esos pasos tuvieron por objeto obtener del Go-

524406

bierno Federal, por conducto de la Secretaría de Fomento, de quien depende de modo directo nuestra Sociedad, que prestara todo su concurso moral y material a fin de que la festividad que se hiciera alcanzara un brillo extraordinario.

El Sr. Ing. D. Alberto Robles Gil, que a la sazón era el Ministro de Fomento, acogió con agrado aquella idea y ofreció su ayuda; pero más tarde cupo la satisfacción al socio Sr. D. Enrique Santibáñez, de ser el iniciador de que el aniversario se conmemorara por medio de una sesión solemne.

En efecto, en la sesión verificada el 17 de Julio del presente año, el Sr. Santibáñez formuló una proposición encaminada al fin de que el día 25 del mes de Septiembre de 1913, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística celebrara una sesión especialmente consagrada a recordar aquel interesante hecho histórico-geográfico.

La iniciativa alcanzó, como era de esperarse una acogida favorable, y el Sr. D. Telesforo García y yo, apoyamos con todo calor dicha iniciativa, que con entusiasmo fué aprobada.

Era necesario entonces, pensar en la forma y manera en que la solemnidad debería verificarse; a este fin se nombró una comisión que se encargara de presentar un proyecto de programa al cual habría de sujetarse aquélla; y la comisión quedó integrada por el señor Magistrado D. Francisco Belmar, Secretario Perpetuo de la Sociedad, por el mismo iniciador, Sr. Santibáñez y por mí.

La comisión comenzó entonces a discutir los temas que deberían tratarse en la velada, quiénes podrían ser los oradores y al efecto convino en que se desarrollaran tres temas distintos. El primero tendría por objeto la Geografía Económica de las naciones bañadas por el Pacífico; el segundo, la Geografía Física de aquel Océano y el tercero la narración de los hechos más culminantes llevados a término por los navegantes y pilotos de aquellos días, por extremo memorables para la geografía, consagrando, como era natural, un especial recuerdo a Núñez de Balboa.

La comisión creyó que podría encargarse a alguno de nuestros más distinguidos poetas, el cantar aquellos hechos dignos de loa; y como el Sr. Santibáñez se manifestó dispuesto a tomar a su cargo uno de los temas acordados, la comisión juzgó que podrían encomendarse los otros dos a los Sres. Lic. D. Ezequiel A. Chávez y Telesforo García, respectivamente, y la poesía al señor doctor D. Enrique González Martínez.

Este primer proyecto de programa fué sometido a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en su sesión celebrada en 24 de Julio; y entonces el Sr. D. Telesforo García propuso que se adicionara con un número más, que habría de asignarse al Sr. D. Gonzalo de Murga, quien podría hablar acerca del Canal de Panamá, tanto por haber sido descubierto el Pacífico desde Panamá, como por el hecho significativo de que cuatrocientos años después de su descubrimiento está a punto de unirse con el mar Caribe y con el Atlántico.[1]

La comisión acogió de buen grado las ideas del Sr. García, y, en consecuencia, la Sociedad aprobó el nombramiento de los cinco oradores indicados antes, que aceptaron gustosos, como era de esperarse, la invitación que se les hizo para que tomaran participación directa en la ceremonia proyectada.

Había, sin embargo, necesidad de combinar aquel programa, selecto sin duda alguna por lo que se refiere a la parte literaria, con un programa musical, que sirviera no solamente para dar realce a la fiesta, sino de incentivo para atraer una mayor concurrencia a la velada, así como para que ese concurso fuera lo más distinguido posible.

¿Qué elementos podrían hallarse en México mejores que los que proporciona la artística agrupación, conocida con el nombre de *Orquesta del Conservatorio*? Ningunos seguramente.

Teniendo esto en mira, sugerí a la comisión que se solicitara oficialmente el concurso de dicha orquesta; y aceptada esta idea,

---

1 Al imprimirse esta reseña han quedado ya unidos los dos océanos.

personalmente acudimos el Sr. Magistrado D. Francisco Belmar y yo, al entonces Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Sr. Lic. D. José María Lozano, quien acogió favorablemente la solicitud hecha en nombre de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, ofreciendo que si para ello no había inconveniente, de su parte le sería grato que la Orquesta asistiera a nuestra solemnidad.

La resolución vino poco después como lo habíamos deseado, y justo es manifestar que, el Sr. D. Rafael López, Secretario del Ministro, puso también de su parte todo empeño para la pronta y fácil resolución de aquella solicitud.

Tras de varias conversaciones que tuve con el Sr. D. Carlos J. Meneses, Director de la Orquesta del Conservatorio, autorizado ampliamente por la comisión, logramos al fin ponernos de acuerdo, acerca del programa musical que habría de desarrollarse en la velada; y entre tanto el Sr. D. Telesforo García, que ha venido ejerciendo accidentalmente las funciones de Vicepresidente, nos participó que la Junta Directiva del Casino Español, había resuelto invitar a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística para que efectuara la sesión en los salones que posee el citado Casino.

Así las cosas, el Sr. Dr. D. Enrique González Martínez fué nombrado Secretario del Gobierno del Estado de Puebla, y por esta razón se vió en la necesidad de participar a la comisión organizadora de la fiesta, que muy a pesar suyo se veía en el caso de no poder tomar parte en ésta, y debido a tal circunstancia, el programa que en definitiva fué sometido a la Sociedad y por ésta aprobado, es el que consta en el texto de las invitaciones que profusamente circularon y que literalmente dicen:

"La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística tiene el honor de invitar a Ud. a la velada que, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, celebrará el 25 del presente mes, a las ocho y media de la noche, en el Casino Español (Avenida de Isabel la

Católica 29), acto que será presidido por el señor Secretario de Fomento, Colonización e Industria.—El Vicepresidente interino, *Telesforo García.*—El Secretario Perpetuo, *Francisco Belmar.*—El Primer Secretario, *Alberto M. Carreño.*

PROGRAMA

I. Marcha..... **Saint Sáenz.**

II. Geografía Económica de los Estados Americanos del Pacífico.

Discurso por el socio Sr. D. Enrique Santibáñez.

III. Esclarmonde..... **Massenet.**

IV. De Núñez de Balboa al Coronel Goethals.

Discurso por el socio Sr. D. Gonzalo de Murga.

V. Diluvio..... **Saint Sáenz.**
Violín solo, Sr. Prof. D. Pedro Valdés Fraga.

VI. Geografía Física del Océano Pacífico.

Discurso del socio Sr. Lic. D. Ezequiel A. Chávez.

VII. Romanza..... **Valdés Fraga.**
Violín solo, Sr. Prof. D. Pedro Valdés Fraga.

VIII. Descubridores y pilotos del Mar Pacífico: Vasco Núñez de Balboa.

Discurso por el Sr. Vicepresidente interino, Sr. D. Telesforo García.

IX. Juana de Arco, Gran Marcha Solemne..... **Moskowski.**

La parte musical estará a cargo de la Orquesta del Conservatorio, dirigida por el Sr. Prof. D. Carlos J. Meneses."

Entre tanto la Secretaría de Fomento transcribió a la Sociedad una nota enviada por el señor Ministro de España a la Secretaría de Relaciones Exteriores, acompañando varios documentos relacionados con los proyectos existentes en aquel reino y en Panamá para conmemorar el centenario del descubrimiento del Pacífico, y pudimos tener la satisfacción de hacer saber al señor Ministro de España, por conducto de aquellas Secretarías de Estado, que ya esta Corporación, por su parte, se había anticipado a proyectar un acto solemne como el que, en efecto, intentaba llevar a término.

Como la comisión organizadora había sido facultada ampliamente para nombrar subcomisiones, etc., resolvió designar a distintos miembros de la Corporación, ya para invitar al señor Presidente de la República y a los Ministros de Estado, ya también para hacer igual invitación a la Suprema Corte de Justicia y a las Cámaras Legisladoras, así como al señor Ministro de España y otros funcionarios, debiendo quedar estos mismos comisionados, con el encargo de recibir a los invitados la noche de la fiesta. Las diversas comisiones quedaron formadas así:

Para invitar al señor Presidente de la República, Sres. Telesforo García, Magistrado Francisco Belmar y Prof. Alberto M. Carreño.

A los señores Secretario y Subsecretario de Relaciones Exteriores, Sres. Ing. Francisco de P. Piña y Lic. Manuel Miranda Marrón.

A los señores Secretario y Subsecretario de Gobernación, doctores D. Manuel S. Soriano y Jesús Díaz de León.

A los señores Secretario y Subsecretario de Justicia, señores Lics. Isidro Rojas y Manuel P. Cervantes.

A los señores Secretario y Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Sres. Lic. José L. Cosío y Prof. Abraham Castellanos.

A los señores Secretario y Subsecretario de Fomento, señores Magistrado Francisco Belmar y Prof. Alberto M. Carreño.

A los señores Secretario y Subsecretario de Comunicaciones y Obras Públicas, Sres. Francisco A. Soní y Román Rodríguez Peña.

A los señores Secretario y Subsecretario de Hacienda, señores Ing. Isidro Díaz Lombardo y Lic. Félix M. Alcérreca.

A los señores Secretario y Subsecretario de Guerra y Marina, señores General Eduardo Paz y Lic. Enrique Arroyo.

A los señores Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Sres. Lics. Manuel Padilla y Ramón Mena.

A la Cámara de Diputados, Sres. Prof. Francisco Fernández del Castillo y Maximiliano M. Chabert.

A la Cámara de Senadores, Sres. Lic. Manuel H. San Juan y Juan B. Iguíniz.

Al señor Gobernador del Distrito, Sres. Lics. Aurelio Lomelí y Agustín Arroyo de Anda.

A los señores Ministros de España y Guatemala, Sres. Manuel Romero de Terreros y Lic. Esteban Maqueo Castellanos.

A los señores Encargados de Negocios de Honduras, Chile y Perú, Sres. Ing. Félix F. Palavicini y Lic. Lázaro Pavía.

A los señores Cónsules de España y Panamá, Sres. Julio Poulat y Prof. Manuel Velázquez Andrade.

Quedaron agregados, además, a la Comisión de recepción, los señores Magistrado D. Francisco S. Carvajal e Ing. Julio Riquelme Inda.

El señor Presidente de la República se excusó de concurrir, y presentaron iguales excusas algunos Secretarios de Estado.

El señor Presidente de la Cámara de Diputados aceptó la invitación, y el Senado nombró como representantes suyos a los Sres. Lics. Emilio Rabasa, Manuel Calero, Ignacio Padilla, José Diego Fernández, Dr. Aurelio Valdivieso y Eduardo N. Iturbide.

Los señores Ministros de la Suprema Corte de Justicia ofrecieron también que concurrirían.

Por su parte la Universidad Nacional de México, designó a

los Sres. Ing. Alberto J. Pani y Lic. Néstor Rubio Alpuche, para que asistieran en su representación.

Invitadas, como de costumbre, en casos como éste, las Corporaciones científicas que residen en esta Capital, nombraron sus representantes en la siguiente forma:

Academia de Ciencias Sociales, Ing. Ricardo García Granados y Lics. Esteban Maqueo Castellanos y José Antonio Rivera G.

Academia de Medicina de México, Dres. Miguel Otero y Francisco Hurtado.

Alianza Científica Universal, Lic. Manrique Moheno y Fernando Capdevielle.

Asociación del Colegio Militar, Ings. Fernando Basurto y Carlos Noriega.

Comisión Geodésica Mexicana, Ings. Pedro Lira y Arnulfo Espinosa.

Instituto Geológico de México, Ing. Trinidad Paredes y Enrique Díaz Lozano.

Instituto Médico Nacional, Prof. Mariano Lozano y Castro y Dr. Leopoldo Flores.

Instituto Patológico Nacional, Dres. Manuel Toussaint y Antonio J. Carvajal.

Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, Sres. Ignacio B. del Castillo, Juan B. Iguíniz y Vicente Antonio Galicia.

Sociedad Agrícola Mexicana, Ings. Manuel Téllez Pizarro y Eduardo J. Creel.

Sociedad de Alumnos de la Escuela S. de Comercio y Administración, Sres. José Sebastián Silva, Ramón Velasco, Felipe Peraza y Santiago Flores.

Sociedad Astronómica de México, Srita. Guadalupe Aguilar, Ing. Ernesto Herrera y Lic. Manuel Miranda y Marrón.

Sociedad Científica Antonio Alzate, Ings. Manuel F. Alvarez y Felipe Inda.

Sociedad Cultura Intelectual, de Guadalajara, Dip. Ing. Tomás Rosales.

Sociedad Indianista mexicana, Dr. Jesús Díaz de León y señorita Isabel Ramírez Castañeda.

Sociedad Mexicana de Historia Natural, Sres. Felipe Gutiérrez Vázquez y Rafael Río de la Loza.

Hechos, pues, todos los preparativos, la fiesta se celebró la noche del día 25 del presente mes de Septiembre, bajo la presidencia del señor Ministro de Fomento, Lic. Manuel Garza Aldape, quien estaba acompañado del Sr. Lic. Jorge Delorme y Campos, Presidente de la Cámara de Diputados, de los señores don Bernardo de Cólogan y Cólogan y D. Juan J. Ortega, Ministros de España y Guatemala, respectivamente, del señor Ministro de la Suprema Corte de Justicia D. Emilio Alvarez, del Sr. D. Valentín Elcoro, Presidente del Casino Español, de los demás miembros de la Mesa Directiva del dicho Casino y de la Mesa Directiva de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, así como de algunas otras distinguidas personalidades, entre ellas el Sr. D. Enrique C. Creel, ex-Secretario de Relaciones Exteriores.

Dió comienzo la velada ante un concurso tan numeroso como selecto, entre el cual se hallaban presentes no sólo un gran número de nuestros socios y de personalidades conspicuas en el mundo de la ciencia y de las letras, sino familias por extremo distinguidas de la Metrópoli y de la Colonia Española.

Importantes por demás, eran todos los temas aprobados por la Sociedad, pero el primero resultaba por extremo difícil, toda vez que hablar de cuestiones económicas suele resultar árido y fatigoso, si el orador no logra diluir, digamos así, todos los datos que se traducen en cifras, tales como las importaciones y exportaciones, las toneladas que arrojan el tráfico terrestre y el marítimo; la producción de los campos y de las minas, etc.; y sin embargo, el Sr. Santibáñez logró hacer por extremo interesante su trabajo, toda vez que pasó en revista la vida comercial y las costumbres más salientes de los diversos pobladores de las naciones bañadas por el Océano Pacífico, desde la época

en que los primitivos bajeles de Magallanes llegaron a este Océano; desde aquellos tiempos en que las naos de China causaban con su llegada inusitado interés, por las mercaderías de que eran portadoras, hasta la época actual, en que los grandes buques de vapor, unidos todavía a las embarcaciones de vela, llevan a término un enorme comercio mundial.

El Sr. Santibáñez no puso en olvido los principales productos de Chile y de Bolivia, del Perú y del Ecuador, de Panamá y de Costa Rica, de Nicaragua y de Honduras, del Salvador y de Guatemala, ni la industria peculiar de los sombreros de jipijapa en el Ecuador, ni la fantástica producción de esmeraldas en Colombia, ni las variadas producciones de México y los Estados Unidos, en la parte correspondiente al litoral del Pacífico; ni dejó de hacer hincapié en la inmensa labor que han realizado otros distintos pueblos para acrecentar su bienestar económico; y en su estudio nos presentó cuadros vivos llenos de interés y variedad.

Los aplausos que el público tributó al Sr. Santibáñez, fueron por tanto, un justo tributo a su labor.

El Sr. D. Gonzalo de Murga adoptó como tema de su discurso, la importancia geográfica y comercial de la apertura del Canal de Panamá, y para ello se refirió a los varios intentos que en épocas distintas se han hecho para acercar unos pueblos a los otros, por medio de la apertura de canales, como la que se está ejecutando en Panamá.

Quiso, además, el Sr. Murga hacer algunas consideraciones políticas en relación con esta obra colosal, y sabedor de que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística no se ocupa en cuestiones de este género, al iniciar su discurso declaró con toda ingenuidad, que él solo era el responsable de sus propias ideas.

¿Cuál fué el éxito del Sr. Murga en su discurso?

Prescindimos de nuestras propias impresiones, para dar cabida a la crítica hecha por uno de los diarios más importantes de esta Capital, "El Imparcial," que refiriéndose al discurso del Sr. Murga dice:

"..... Siguió en turno D. Gonzalo de Murga, quien, después de un breve preámbulo, explicando su presencia en el Casino Español y de hacerse personalmente responsable del discurso que iba a leer, con gesto gallardo, dicción perfecta y tonos de voz admirables de expresión, dió lectura a no pocas cuartillas, que tratando al principio de Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Cristóbal Colón y Saavedra Cenón, luego se engolfan en cuestiones de historia política, siendo el tema de sus viriles párrafos, sazonados de humorismo y modelo literario en su género, la acción absorbente de los Estados Unidos del Norte, con respecto a la América latina.

"Y con una habilidad y un humorismo dignos de su talento, el realmente notable conferencista, hizo breve historia de la política yanqui, comentó razonadamente sus miras expansionistas, citó fechas, nombres, tratados, habló del Canal de Panamá, de Wilson, de Bryan, de Bolívar y de otros muchos, exponiendo comentarios oportunos y dignos de que se graven en nuestra memoria, para provecho y honor de nuestra raza.

"Y comentando aquí, ironizando allá, parafraseando en el otro lado y siempre fácil, expresivo y sensato, habló al final de las notas enviadas por la Casa Blanca al Gobierno Mexicano, que—dijo,—provocaron sonrisas, risas y carcajadas homéricas en todo el Honorable Cuerpo Diplomático.

"Tuvo, finalmente, para México, frases tan oportunas como sinceras. y comentó muy acremente la conducta del Gobierno Norteamericano que llevado de su puritanismo.... o fariseísmo, se niega a reconocer al actual Gobierno mexicano, constitucionalmente establecido según todas las leyes del país.

"Tanto al final como en los ligeros descansos que hizo el señor Gonzalo de Murga leyendo su excelente y viril trabajo, fué ruidosamente aplaudido por la concurrencia, que en extremo complacida escuchó la lectura del interesante documento...."

Tocó su vez al Sr. D. Ezequiel A. Chávez, y debo declarar que si el tema desarrollado por el Sr. Santibáñez era difícil por

su aridez, el del Sr. Chávez lo era de todo punto, por su inmensidad.

Hacer la descripción geográfica del mar Pacífico y de las tierras que baña, no es por cierto tarea fácil de realizar, y menos reducir esa descripción de modo tal, que sin que nada pierda de su interés y de su exactitud, pueda caber dentro de los estrechos límites de un discurso.

Y sin embargo, el Sr. Chávez, realizó a maravilla su cometido, pues como podrá ver quien lea aquella importantísima pieza oratoria, no se sabe qué admirar más; si la belleza de las imágenes, si la corrección del estilo, si lo armonioso del conjunto o si los vastos conocimientos geográficos que revela el estudio del señor Chávez.

Quien quiera formar un concepto general de lo que es el Océano Pacífico, de las numerosísimas islas que se hallan a veces como enjambres aquí y allá, o en ocasiones cual centinelas solitarios en medio de aquel mar inmenso, puede encontrar en la obra del Sr. Chávez un trabajo de resumen por extremo completo, que no sin justicia fué acogido con estruendosos aplausos del público que lo escuchó.

Vino a cerrar la fiesta literaria el prestigiado escritor, cuyo nombre es de sobra conocido de todos los que cultivan las letras en nuestro país.

El Sr. D. Telesforo García, remontándose a la época en que España comenzaba una vida nueva al triunfar de los árabes, sus dominadores, nos presentó la magna obra realizada por Colón, (cuya cuna pretenden hoy haber sido varios pueblos, porque raros son los honores, como el que resulta para un país, de que en su seno, vea la primera luz quien más tarde ha de tener por Patria a todo un mundo), nos habló también de los hoy famosos aventureros españoles, portugueses e ingleses que a partir del siglo xv se lanzaron a lo desconocido en busca de tesoros nuevos y de nuevas riquezas, y en busca de tierras que ofrecer, como el tributo más alto, a sus respectivos soberanos.

Vasco de Gama, Magallanes, Juan Sebastián Elcano, los Ca-

bottos, fueron nautas cuyos hechos dieron gloria imperecedera a sus nombres y a la humanidad de que son parte; y el señor García, en su brillante discurso nos fué haciendo ver la activa labor de cada uno de ellos en los descubrimientos geográficos que llenaron de admiración al mundo por aquellos días y habrán de llenarlo mientras exista.

Figura prominentísima tenía que ser y fué en su relato, la conquista sin igual, llevada a cabo por Vasco Núñez de Balboa, que tras de luchas de todo género, pudo ha cuatro siglos contemplar por la primera vez, un mar inmenso, el mayor de todos los mares y que era entonces desconocido de los europeos.

No necesito empeñarme en hacer el elogio del importantísimo trabajo del Sr. García; que su lectura habrá de poner de manifiesto una vez más, su erudición y sus indiscutibles conocimientos históricos.

Inútil es decir que la parte encomendada a la *Orquesta del Conservatorio* fué ejecutada de modo brillantísimo; los numerosos profesores que forman la mencionada agrupación, son artistas escogidos por nuestro Conservatorio Nacional de Música, y guiados hábilmente por uno de nuestros mejores maestros en el mundo del arte por excelencia bella, el Sr. Meneses, han llegado a conquistar fama tan merecida en nuestra República, que basta decir que es aquella Orquesta la encargada de la parte musical de un festival cualquiera, para estar seguro de que el éxito habrá de ser completo.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística cree haber cumplido con el deber que tenía de no dejar que pasara inadvertido un hecho tan importante como el que se recuerda; y como la Real Sociedad Geográfica de Madrid, la Real Academia de la Historia, y la Unión Ibero-Americana, se esforzaron en España, para que se conmemorara debidamente aquella fecha, nuestra Sociedad, ha tenido la satisfacción de ponerse en contacto con aquellas tres distinguidas agrupaciones, para que supieran cómo México por su parte, se apresuraba a hacer igual conmemoración poniéndose a la altura de su objeto y de su misión en nuestro país.

Creo también, que el Sr. Santibáñez, el autor de la iniciativa, se sentirá satisfecho, por el brillo que alcanzó la festividad y es esta la ocasión para dar un público testimonio de agradecimiento al señor Secretario de Fomento, Lic. D. Manuel Garza Aldape, que quiso que en una publicación especial se reunieran todos los trabajos hechos por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, para conmemorar el descubrimiento del Océano Pacífico.

También se hace indispensable, antes de cerrar esta breve reseña, expresar cuánto ha estimado la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el que la Junta Directiva del Casino Español hubiera querido que, en unión fraternal, se efectuara una fiesta organizada por mexicanos en honor del célebre aventurero español, de Vasco Núñez de Balboa, dando así un testimonio del deseo que existe, cada vez más acentuado y cada vez más entusiasta, de que se fundan en un crisol de afectos puros y de ideales levantados, los pueblos que por su lengua y por sus tendencias, así como por sus instituciones, tienden a un fin, el de formar una sola raza vigorosa y fuerte.

Un elogio más, y no por hecho en último término menos merecido: él es para el señor Magistrado D. Francisco Belmar, Secretario Perpetuo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que no sólo en la ausencia temporal de nuestro Vice-Presidente, el Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasus, sino en todo tiempo, pone el mayor empeño en dar realce y brillo a todos los actos de nuestra Sociedad; empeño que una vez más se hizo patente, al tratarse de la celebración de la fiesta que ligeramente he reseñado. [1]

México, Septiembre 30 de 1913.

---

1 En la sesión celebrada el día 2 de Octubre, la Sociedad acordó un voto de gracias a su Primer Secretario, el Sr. Prof. Alberto M. Carreño, por los trabajos que llevó a término para organizar la velada a que se refiere esta reseña.—**Isidro Rojas,** Director del Boletín de la Sociedad.

GEOGRAFIA ECONOMICA

DE LOS

ESTADOS AMERICANOS DEL PACIFICO

Discurso pronunciado por el socio Sr. D. Enrique Santibáñez en la sesión solemne dedicada a Vasco Núñez de Balboa

Excelentísimos Señores Ministros:

Señores:

El 25 de Septiembre de 1513, en la mañana, Vasco Núñez de Balboa, desde la cumbre de un monte alto y riscoso, en medio de la bravía naturaleza de la parte americana que hoy lleva el nombre de República de Panamá, descubrió el Mar del Sur, como ya se le llamaba porque se presentía su existencia, aunque no se le conocía, al vasto Océano a quien Magallanes impuso el nombre de Pacífico. Y a los tres días, con el estandarte símbolo de la Patria en una mano y la espada vencedora en la otra, se posesionó de aquellas aguas en toda su inmensidad, en nombre del Rey hispano, que a poco, por los hechos heróicos de sus súbditos, podía decir con orgullo, que el sol nunca se ponía en su dilatado Imperio.

No fué el descubrimiento de Balboa, producto de una casualidad como a menudo acontece en estos hechos de los hombres; ni tampoco ignoraba el audaz explorador de novísimas tierras y el

esforzado conquistador de remotos pueblos, que el fin que persiguiera entrañaba grandiosidad entre los acontecimientos pasmosos de la época. Al saber por los labios de un régulo istmeño que tras de la vecina tierra, el oro era abundante y divisábase *otro mar,* sin auxilios que habíansele prometido, con un puñado de valientes, transportado de gozo, impaciente por alcanzar imperecedera gloria, marchó intrépido a conquistarla, postrándose de hinojos para dar gracias a Dios al verse poseedor de la gracia tantas veces suplicada, de ser el primero de los europeos que con ojo inquieto y asombrado descubriese el presentido mar.

Entre los viajes de Colón que hicieron surgir el Nuevo Mundo ante la admiración del Viejo Continente, y el viaje de circunnavegación de Magallanes, que probó la esfericidad de la tierra, tan portentosos que los geógrafos muchas veces titubean a cuáles darles primacía por sus resultados en la civilización y la ciencia, es eslabón de brillantes el hecho heróico de Balboa, que hoy conmemoramos en su Cuarto Centenario; y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística no podría dejar de celebrarlo, con la pompa que le fuese dable, para así honrar a la Madre Patria, en sus fastos más culminantes y a las nobles ciencias que tiene la obligación de cultivar, con toda veneración y con todo entusiasmo.

Tócame por obligación que ella me impuso y que yo debí rehuir por mi notoria insuficiencia, describir al ilustradísimo concurso que me escucha, el adelanto económico que los Estados americanos del lado del Pacífico han obtenido desde su descubrimiento hasta la fecha; motivo más que suficiente para llenar volúmenes enteros de nutrida lectura, observación y estudio. Y antes de entrar en materia, lo que efectuaré con la debida brevedad, para evitar por ese lado natural cansancio, ruego que por el otro, de la florida dicción, galanura en el lenguaje y erudición en el asunto, se me perdonen mis numerosas faltas.

Bien sabido es de todos Udes., que el comercio con la India se verificó hasta el siglo XVI, pasando los efectos de ésta a los Estados musulmanes, primero, y a las Oligarquías italianas des-

pués, y con tal tráfico en esta única forma establecido, el mundo de aquel entonces adquiría especias, metales preciosos, piedras finas y sederías. Y que despertadas las nobles ambiciones de figurar al frente de la humanidad por el espíritu de empresa, en la Península Ibérica, españoles y portugueses se hicieron émulos en los grandes viajes que con ligeras quillas efectuaron en medio de la universal admiración. Para conseguirlo (el Mediterráneo estábales vedado) hubo que buscarse un nuevo camino. Entonces Vasco de Gama dió a Portugal el que obtuvo doblando el Cabo de Buena Esperanza en el continente africano. Y España lo consiguió más tarde, primero con las exploraciones de Colón que revelaron la existencia del Continente americano y después con el viaje alrededor del mundo de Fernando Magallanes.

Este y Núñez de Balboa son los que fundaron la vida económica de la parte de la tierra que venimos estudiando; ellos los que influyeron poderosamente para que las costas principiasen a poblarse con gente civilizada, en medio de pobres aldeas sedentarias ocupadas por incipientes agricultores o tribus errantes dedicadas a la caza y a la pesca. Tocóles a las playas mexicanas la gloria de haber sido las primerás que albergasen a los navegantes hispanos que en barcos construídos con maderas de nuestros bosques, fuesen en derechura, siguiendo un parelelo, al descubrimiento de las Filipinas y otros archipiélagos oceánicos, o remontándose hacia el Norte, exploraran California y más tarde el territorio de Columbia en la Confederación del Canadá. Alvarado a su vez, fabricó en Guatemala embarcaciones para expedicionar por el Sur. Así pronto estableciéronse dos corrientes comerciales, una entre el litoral americano del Pacífico, de la cual deberían ser emporios Acapulco en México y el Callao en el Perú, gracias a sus puertos abrigados y espaciosos, y otra entre el mismo Acapulco y Macao de Filipinas, depósito de las preciadas mercancías del Occidente.

Y así como los productos de la tierra lograban como logran aún, exuberante florecimiento en cortísimo período de tiempo, el tráfico, el comercio, la minería, la industria desarrolláronse

con extraordinaria rapidez. La China enviaba a las ferias del Parián, lugar cercano a Macao (y de ahí que se llamase Parián al mercado de efectos en su mayor parte chinos que existió en nuestra Plaza de la Constitución) las telas más preciadas de la época. Y éstas, con la seda en rama, el marfil, las porcelanas, los objetos de oro labrado, canela, clavo, nuez moscada, pimienta, cera, jarcia, cambayas y lienzos pintados, que acaparaban los filipinos en otros lugares, cargábase aquella famosísima Nao de China que tanto hemos oído nombrar y venían hasta Acapulco. Allí verificábase otra feria; los efectos internábanse unos, volvían a embarcarse otros para Centro y Sur América y la Nao regresaba cargada de plata amonedada o en barras, pues desde entonces y hasta hace pocos años, casi sólo con ella hemos podido pagar lo que importamos. Para el Sur iban en ocasiones, tejidos de Puebla que ya hacíanse muy buenos con la seda adquirida en Occidente, y venían de Soconusco y Guayaquil el rico cacao; del Salvador los añiles, que también pasaban al Perú; y Chile, que ya cosechaba trigo y principiaba la explotación de la viña, mandaba el precioso grano y el apetecido licor a Centro América y al Perú, recibiendo de éste el azúcar de sus valles y de la Ciudad de Quito sus entonces famosos paños.

Desgraciadamente los tiempos no eran para el libre cambio. El absolutismo del Gobierno, entonces imperante, y las ambiciones bastardas que siempre las hay, crearon las prohibiciones, las restricciones y los monopolios. En el criterio político de entonces, era imposible que cupiese la idea de que el Rey no debería reglamentar aquellas regiones y aquellas novedades. El Rey era el amo y el padre al propio tiempo de una humanidad esclava y en perpetua minoría de edad; sobre el hijo tenía el padre derecho de vida y muerte, según principios de antigua jurisprudencia, perfectamente sancionada por la moral ambiente. Y además, aquellos que se juzgaban autores, en la Península, de sucesos tan extraordinarios, querían participar de beneficios. Por otra parte otro pueblo, el inglés, deseaba igualmente ser el dueño de los mares como lo consiguió posteriormente, y para empequeñecer la

preponderancia española, ya estuviese en paz o ya en guerra con su rival, armaba terribles corsarios contra de sus naves, en las que hacía presa muchas veces, extendiéndose en su enemiga feroz, al pillaje, a la matanza, al incendio de la indefensas poblaciones americanas ribereñas de uno y otro mar.

Era obligación de la Metrópoli tomar medidas de protección y defensa, tanto para conservar su conquista cuanto para asegurar a sus súbditos pacífica existencia. Mas introdujéronse con las nuevas medidas, otras demasiado inconvenientes. Clausuróse para los barcos mercantes el Estrecho de Magallanes; estableciéronse galeones que en épocas fijas salían de Sevilla, la única población habilitada para el tráfico con América, para Portobello, Habana y Veracruz. Pasaban las mercaderías que se dirigían a la parte de la América del Sur limitada por el Pacífico, a Panamá o Paita, y de ahí embarcábanse en otros galeones para el Callao y Valparaíso. Prohibióse el comercio de las Colonias entre sí, con pretextos tan ridículos como el de que, el vino de Chile era la causa de alarmantísimo aumento en las defunciones que se registraban en Centro América. Esta quedó tan reducida en sus comunicaciones, que se juzga inverosímil la noticia de que los azúcares de Guatemala y las pieles de Honduras iban por tierra a Veracruz para su embarque a Europa. La nao de China sólo debería hacer un viaje redondo en el año y no debería cargar más de 300,000 pesos de efectos, impidiéndosele que entre ellos viniesen telas de seda, porque su mala calidad era tal, decía la cédula en cuestión, que en poco tiempo se rompían y los que las compraban lucían sus desnudeces, cosa que debería evitarse a los buenos católicos.

No culpemos a España, como se hace a la ligera y a menudo, de empeño deliberado en arruinar a sus colonias. Si Sevilla conservaba un monopolio, era indudablemente con perjuicio de los demás puertos de la Península, que no gozaban de tan importantes beneficios; si el americano padecía con tantas restricciones y prohibiciones, el español trasplantado a estas tierras no recibía molestia menor. En México se prohibió, por ejemplo, el

cultivo de la viña y el olivo y en Chile el del tabaco, porque en el criterio económico del siglo, cada región del planeta debería tener un ramo de explotación especial, para dar lugar al comercio entre los pueblos. Error indudablemente, mas no perversidad. La hubiera y en forma indubitable, si el olivo, por ejemplo, hubiese sido considerado ramo agrícola sólo permitido en tierras poseídas por españoles y perseguido en las labores de los indígenas.

Y cuando el Rey se persuadía de que alguna de sus providencias causaba perjuicio o era nacida de inmoderado deseo de lucro por parte de algún grupo o persona interesada, modificaba sus disposiciones, como cuando volvió a permitir que los tejidos de seda chinos se introdujesen a nuestro país y aumentó a dos los bajeles que hacían el tráfico con Filipinas, permitiéndoles conducir hasta un millón doscientos mil pesos de mercaderías, capital que no podían aumentar sino hasta el doble por legítima ganancia, esto ya en México, y si tal aconteciese, el excedente no debería salir en plata del país, sino en efectos de la industria o de la agricultura nacionales.

Reglas tan estrechas forzosamente no cumplíanse sino en parte; pretendíase por la legislación de la época, que la existencia humana se deslizase como agua infecunda en estrecho cauce, jamás infranqueable. La venalidad de los funcionarios públicos, el deseo del lucro que trae satisfacciones y distinciones y necesidades ingentes que satisfacer, barrenaban a cada momento las leyes que el absolutismo dictaba para regir actos y costumbres exteriores. Y así apareció el contrabando como institución nacida de la necesidad de vivir. Así, en esa forma subrepticia e ilegal veníase preparando la adquisición de la libertad económica, y que trajo aparejada la libertad de conciencia, porque se vió que era buena y era justa la rebelión contra la ley escrita que obligaba cosas que la naturaleza repugnaba sin esfuerzo y hasta con deleite. Rebeliones sublimes, que desgraciadamente tienen malos principios y que confunden con otras de origen diabólico, intrigantes y agitadores sin conciencia.

Por otra parte, los mercaderes ingleses a quienes se les impedía en lo absoluto el comercio con América y se encontraban poderosos para violar disposición tan temeraria, infestaron con sus naves piráticas ambos océanos. Fué el primero Francis Drake a quien su odio contra España lo hizo famoso. Habiendo doblado en Noviembre de 1577 el Estrecho de Magallanes, desde luego se dedicó al pillaje de los puertos y al abordaje de las embarcaciones españolas. Para evitarse una probable persecución, al igual que Magallanes no regresó por el mismo camino, haciendo el segundo el viaje alrededor de la tierra. Su "Cierva de Oro," — así llamábase su embarcación capitana,— conservaba en su seno al llegar a Inglaterra, ochocientas mil libras esterlinas. Esta expedición y las que le sucedieron se hacían en toda regla. Formábanse compañías para aperarlas; la de Drake dió como utilidad líquida a los armadores el cuarenta y seis por uno.

Vinieron después las expediciones de Hawkins y Cavendish igualmente victoriosas y a ellas superó la de Lord Anson, también en aguas del Pacífico, quien como sus predecesores saqueó puertos, apresó naves entre las cuales hallóse la nao de China y retornó al puerto inglés de su salida, con 3,500 onzas de oro y 1.363,843 pesos en plata acuñada. Asombran por su peculiar naturaleza esas expediciones vandálicas. Consideradas como cualquier operación de lícito comercio, llevábase cuenta exacta y minuciosa de las entradas y salidas y afiliábanse a ellas los aventureros de la época con todo entusiasmo, no obstante que los diezmaban las hambres, las enfermedades y los combates. Mas el regreso era triunfal; el pueblo londinense recibía como héroes a los vencedores, el monarca los saludaba efusivamente y los jefes obtenían como galardón, título nobiliario si eran plebeyos, y los más altos grados en la marina de guerra.

Cuántas veces esos corsarios, interrumpiendo las comunicaciones entre la Metrópoli y sus Colonias, obligaron a las mercancías a seguir rutas inverosímiles, como la de Valparaíso, Acapulco, Veracruz y España, y viceversa, o dieron precios fabulosos a los efectos, como el que en Chile se registró respecto a

los cuchillos, cuya docena llegó a tener el de cuarenta y dos pesos, valiendo en España cuatro reales.

Arrebatado el comercio definitivamente a las Repúblicas italianas, con lo que se empobrecieron y murieron, pasó tan poderoso cetro a Holanda e Inglaterra, que se convirtieron a la vez en productoras. España no pudo seguir el mismo ejemplo y es otro de los cargos injustos que se le hacen. ¿Dónde iba a tener hijos que dedicar a las industrias si ya estaban todos de antemano destinados al Ejército para defender los países conquistados en Europa, América, Africa y Oceanía; a renovar incesantemente la corriente inmigratoria para sus vastas colonias, y para cultivar el patrio suelo? Estaba condenada como Roma, a quedar sepultada bajo el peso de sus propias grandezas.

Y si se salvó y hoy viene revelándose una España nueva a pesar de la ruina que las guerras de sucesión y las guerras napoleónicas y las guerras americanas le ocasionaran, fué porque se le independizaron sus colonias muy a tiempo. Lástima que no se hubiese oído el sapientísimo consejo del Conde de Aranda: la fundación de tres imperios en América teniendo al frente hijos de la Casa Real Española, independientes de la madre patria, pero unidos a ella con vínculos creados por intereses legítimos y acordes. Así nos habríamos ahorrado los torrentes de sangre que corrieron en América para conseguir la Independencia; que cayésemos como hemos caído muchas veces en manos de la demagogia o en manos del despotismo, y habríamos aprendido poco a poco el conocimiento y las prácticas de la democracia. Los mercados latino americanos hubieran alcanzado desde luego, bajo la égida oficial, lo que más tarde ha hecho el genio privado, paciente y laborioso del emigrante español: que todos los latinoamericanos nos juzguemos hermanos de los españoles y lo digamos con orgullo. Pasaron felizmente y para no volver, las épocas en que ser antiespañol era una necesidad imperiosa para la existencia de la patria libre.

A fines del siglo XVIII, el corsario se había transformado en contrabandista, porque las quillas españolas habían desaparecido

como entidades de guerra, de las aguas del Pacífico, a consecuencia del estado decadente de la monarquía. Francia e Inglaterra aprovecharon felices coyunturas para que se les permitiere el tráfico comercial en la América del Sur, mediante determinados requisitos, y en el siglo XIX la segunda pudo nombrar agentes consulares, recibiendo España bajo de la bandera inglesa el tributo de oro y plata de sus Colonias. El Gobierno de Madrid fué hasta entonces generoso con varios puertos de la Península a quienes extendió la autorización que por más de dos siglos explotó la Ciudad de Sevilla. Así acabaron los galeones y se estableció la comunicación no más interrumpida, por el Cabo de Hornos.

Por esos fines del siglo XVIII y principios del XIX, navegantes rusos extendieron sus reconocimientos hasta Alaska, fundando el comercio de las pieles de los animales de aquellas frígidas regiones. Cazadores con trampas y mineros, de origen irlandés y francés, daban a conocer la Nueva Caledonia, hoy Columbia.

Consumóse la independencia de las colonias americanas; pasaron los años y si bien han sido sacudidas las de origen latino, por tremendas convulsiones políticas, han podido progresar aunque no en la proporción de las sajonas. Indudablemente éstas causan verdadero asombro: lo que ayer fué páramo o bosque, es hoy campo intensivamente cultivado o ciudad con todas las comodidades de la vida moderna; mas debemos tener siempre presente, cuando de compararnos se trate, que de California para el Norte, se pueblan esos lugares con individuos que no hacen más que trasplantar de Europa su civilización secular y el tipo consolidado de su raza, que tardó no menos de mil años en formarse; y que de México hacia el Sur, se verifica la gestación de un nuevo pueblo que hoy se llama latino-americano, con elementos variados y disímbolos, fáciles al choque, al fermento, a la disgregación en los momentos álgidos de las luchas intestinas, dejando no obstante en cada cataclismo sedimentos que homogeneizándose, vienen siendo el núcleo de la nueva raza, con su alma nacional propia y con su proceso lentamente evolutivo, lógico

cuando vemos a la humanidad en su conjunto y en las pasadas edades; desesperante para los que, como hoy nosotros, lo sufrimos de cerca.

Desembocan por el Estrecho de Magallanes en la actualidad para el Mar Pacífico, centenares de barcos, que sin las trabas del poder colonial, sin el azote de los corsarios y sin los riesgos y tardanzas de la navegación a vela por costas poco conocidas, aportan a estas regiones americanas todos los productos de la civilización europea, llevándose en cambio elementos primos para el desarrollo de las industrias y la vigorización de las tierras. Y también llegan del Norte y del Asia, otros barcos que estrechan las ligas que viénense formando entre los latino-americanos y los sajones de América y entre todos estos pueblos y los ya no lejanos occidentales.

Es cierto que las islas que continúan después del Cabo de Hornos y la parte del Continente a ellas paralela, por el rigor de su clima lluvioso y frío, tienen casi el mismo aspecto que hace cien años. Sin embargo, sus bosques son ya explotados y lo mismo su abundante caza y pesca marítimas y sale al paso como vanguardia de la novísima civilización la ciudad de Punta Arenas, con exúberos pastos para la ganadería, estableciendo refrigeradores para la conservación de las carnes destinadas a la exportación y surtiendo con legumbres algunas poblaciones cercanas, de la República Argentina.

Este primer tercio del territorio chileno exhibe idéntico aspecto al que acabamos de señalar, con más, depósitos de carbón que libran al país de la dependencia en que antes se hallaba de otros, por la falta de ese combustible tan necesario para su industria y se cree que muy pronto pondrá en explotación el petróleo que parece existir en el seno de esas poco conocidas comarcas.

El segundo tercio del civilizado Chile, es eminentemente agrícola y goza de una temperatura deliciosa. Allí se cultivan los cereales y la viña. En 1910 se sembraron 914,128 hectáreas de trigo que produjeron 9.826,594 metros cúbicos de cosecha y en

el mismo año la estadística denunció la existencia de 67,700 hectáreas de viñedos. Tiene además para la exportación en buenas proporciones, cebada, avena, linaza, miel y cueros, y las alpacas, guanacos, vicuñas y chinchillas de la cordillera, producen lanas altamente estimadas en los mercados europeos. La inmigración está siendo tan abundante, que Valdivia y Puerto Montt pueden considerarse como ciudades alemanas.

El tercero es árido, triste, caluroso, pero con grandes riquezas. En sus antes desnudas soledades, la naturaleza depositó y la falta de lluvias conservó, lo que allí se denominan calicheras, los famosos depósitos de nitratos tan apreciados para el abono de las tierras pobres; y excelentes minas de cobre. En el segundo semestre de 1911 y el primero de 1912, se extrajeron de los primeros 2.469,000 toneladas, que dejaron al fisco 30.000,000 de pesos de utilidad y 3,400 toneladas del segundo.

Es Valparaíso, población de doscientos mil habitantes, el primer puerto comercial y agrícola; y es Antofagasta, el que se lleva la primacía en la exportación minera. La suma total de la importación chilena en 1911 fué de $ 348.990,354 oro y la exportación en el mismo período, de $ 339.409,363. El capital invertido en empresas chilenas fué en 1910 de $ 88.000.000, la Caja Nacional de Ahorros contaba en ese año con $ 350.000,000 de depósitos; la red ferrocarrilera con 6,000 kilómetros de extensión; la capital, Santiago, con 400,000 habitantes y la Nación con tres y medio millones, de los cuales sólo cincuenta mil son indios.

Bolivia, que es uno de los pocos Estados interiores del mundo, tiene la mayor parte de su comercio por puertos de Chile y el Perú. Son Antofagasta y Arica en el primero y Mollendo en el segundo. De su Capital, La Paz, parten atrevidos ferrocarriles, que bajando los Andes, hacia el Gran Pacífico, llevan el estaño, fuente de su principal riqueza, al extranjero. Una Convención firmada con Chile le permite el libre tránsito por el territorio de esta República. El capital inglés desenvuelve actualmente en ese alto país los ramos de la minería y la agricultura, calculándose que tiene allí colocadas 30.000,000 de libras en dichos ramos

y 6 en la construcción de ferrocarriles. Las utilidades que percibió el fisco por el estaño en 1911 alcanzaron la respetable suma de 2.700,000 bolivianos. Exporta, además, bismuto, coca y quina.

Es el Perú colindante con Chile y de los que, por su condición geográfica, sólo tiene puertos al Pacífico, aunque sus vías fluviales le dan salida por el lado del Atlántico. Sus costas, al Sur, presentan la árida monotonía de sus vecinas, con la misma riqueza de nitratos, más al Norte son arenales inmensos y al acercarse a Colombia comienzan a ser laborables aunque exigen el riego porque las lluvias no se conocen. Al internarse es cuando se encuentran las tierras fecundas para la agricultura y los minerales que hicieron homónimas las palabras perú y valioso.

Son sus principales puertos Callao, Iquique, Mollendo y Paita. Recibe efectos más de Inglaterra que de otras naciones y el mercado principal de los suyos es el de los Estados Unidos. El producto de los derechos aduanales por importaciones fué de 30.964,445 soles y por exportaciones de 36.071,056 en el año de 1911.

Produce para la exportación cobre, que es hoy el principal ramo (veintiún mil toneladas en un año), lanas (dos millones de pesos en el mismo período), nitratos, algodón, del cual tiene la primera semilla del mundo, coca (un millón de pesos), la madera curtiente llamada dividivi, azúcar que le compran Inglaterra y Chile, jipijapa, perlas y el guano explotado por privilegio especial por la Peruvian Corporation, que en 1910 extrajo 61,575 toneladas de las cuales se consumieron en el país 35,620.

Nos encontramos en seguida con el Ecuador en las mismas condiciones costeras que el Perú, con sólo puertos al Pacífico y en quien la industria del sombrero de jipijapa alcanzó,—precio de exportación — la suma de $ 1.258,575; que en caucho exportó millón y medio y en cacao 31.569,802 kilogramos con valor de 14.522,617 de sucres. En este ramo agrícola el Ecuador es el que produce la tercera parte del consumo mundial. El río Guayaquil y sus afluentes poseen el maravilloso arbusto.

Los anteriores datos se refieren al año de 1910.

Son sus mercados para la exportación Francia, en primer término y después los Estados Unidos; y en estos, en Alemania y particularmente en Inglaterra, es donde se provee de los artículos que necesita para la satisfacción de sus necesidades e industrias.

Sigue Colombia en esta rapidísima exposición y es el primero de los países que encontramos que tiene costas en ambos Océanos. Así son todos los restantes, a excepción de la República del Salvador. Abundante en minas de oro la altísima cordillera andina que le da carácter especial, exporta igualmente el platino, del cual se encontró hace poco una pepita con peso de varias libras. Lo hacen sin embargo más notable sus esmeraldas, con las que surte a los joyeros del mundo, siendo de ese origen la más grande que existe y pertenece al Duque de Devonshire. Su peso es de 308 gramos y su tamaño de dos pulgadas.

En agricultura su exportación de plátano asciende anualmente a dos millones de pesos; tiene además café y la industria de jipijapa con una escuela para perfeccionar el tejido de los sombreros.

Por su puerto de Cartagena tuvo una exportación en 1910 de 5.175,441.73 pesos y una importación de 3.977,477.94.

Las seis Repúblicas centroamericanas de Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala seméjanse por sus cultivos, pues son esencialmente agrícolas y se hallan en la zona tropical. Salen de sus bosques, especialmente de los de Panamá y Guatemala, las maderas finas de construcción; exportan todas ellas el café, el banano, el azúcar, algo de tabaco y cueros de res. El Salvador tiene, además, las especialidades del añil y el bálsamo que por un capricho se denomina del Perú.

Sólo tenemos de esta última, números que se refieren a productos de Aduanas, pues las estadísticas de las otras, que hemos consultado, traen englobados los correspondientes a ambas costas.

Año de 1911. Productos de importación $ 5.206,042.61. De exportación $ 925,514.15.

De Punta Arenas en el golfo de Nicoya a Puerto Limón en las Antillas, y de San José de Guatemala a Puerto Barrios, parten dos ferrocarriles interoceánicos que facilitan las comunicaciones de Costa Rica y Guatemala. El Salvador, pueblo valiente y de empresa, tiene una línea de vapores que conecta a los puertos centroamericanos con el nuestro de Salina Cruz. Nuestra hermana y vecina Guatemala pronto entroncará su red ferrocarrilera con la nuestra, en las márgenes del río Suchiate.

Costa Rica, con sus cuatrocientos mil habitantes en números redondos, acaba de aprobar un presupuesto para el año entrante, de nueve millones doscientos mil colones, que denuncian su riqueza; y una ley estableciendo la proporcional en las elecciones, afirma la ventajosa idea que siempre ha dado al mundo, de sus prácticas genuinamente democráticas.

Tócame hablar de nuestro país en el riguroso turno que he venido observando. Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Colima, Jalisco, Tepic, Sinaloa, Sonora y Baja California son las entidades políticas ribereñas al Pacífico y son sus puertos principales Salina Cruz, con un servicio sólo superado por el de San Francisco California, Acapulco que ha perdido su grandeza a pesar de lo hermoso de su bahía, Manzanillo, San Blas, Mazatlán y Guaymas en el Continente y la Paz en la Península de California.

La circunstancia de tener ferrocarriles que nos comunican con los Estados Unidos, que por razón natural son el primer mercado de nuestros productos agrícolas, y el tender el resto de la exportación para Europa hacia los puertos del Golfo, colocan a la zona del Pacífico en una posición inferior en las estadísticas.

La importación total mexicana fué en el año fiscal de 1911-12 de $ 182.662,311.20 y la exportación de $ 297.989,129.41. De estas sumas tocó a los puertos del Pacífico respectivamente las de $ 11.399,709.12 y $ 18.124,284.20.

En los diez puertos de altura del Pacífico entraron en ese período de tiempo 1,407 buques de vapor y 147 de vela con un total de 753,599 toneladas de registro y en los de cabotaje entraron

2,059 de vapor y 993 de vela con 2.074,662 toneladas de registro.

Los derechos aduanales figuraron así: Por importación $ 2.526,561.49 y por exportación $ 18,964.10.

Los productos minerales, oro, plata y cobre principalmente, los fabriles en algodón y lanas, las cervezas, los tabacos elaborados, el café, el algodón, las pieles sin curtir, las harinas, el frijol, varias clases de frutas y el hule figuran en primer término en nuestra exportación.

California, Oregón y Washington, son los Estados de la gran Federación Americana que dan hacia el Pacífico. Tiene en ellos la preponderancia como puerto San Francisco California, gracias a lo extenso, a lo seguro y a lo hermoso de la bahía que allí formó la naturaleza. Mas las corrientes inmigratorias que vienen poblando toda la extensión de ese inmenso país y el pésimo trato últimamente dado a las colonias chinas y japonesas, con lo cual no se hizo más que continuar el que se le dió a los indios y que según Reclus en ninguna parte de América fué tan bárbaro, han detenido su maravilloso desarrollo. Sin embargo, las sumas que se dedican en el Estado a los negocios son fabulosas; es de fama mundial su agricultura; extensísimas regiones dan la idea de que se visita un jardín interminable y todo el Estado, principalmente Los Angeles, goza de un clima tan admirable, que es sin disputa el más acondicionado para la vida del hombre entre los demás de la gran Unión Americana.

Tiene nitratos como Chile, aún inexplotados, y aunque se agotaron los placeres de oro que lo hicieron famoso, aún se trabajan minas del preciado metal.

Oregón, con su clima húmedo y frío y su débil proporción de tierras arables, no está tan poblado como California. La ganadería se ha desarrollado mejor que la agricultura y la pesca del salmón en sus costas le representa una utilidad de varios millones de dollars.

En 1848 Inglaterra cedió a los Estados Unidos todo el territorio interior del río Columbia, no obstante que el descubrimiento de esa región había sido hecho por exploradores cana-

dienses a expensas de una sociedad inglesa y que Vancouver hubiese tomado posesión de esos territorios en nombre del Rey de Inglaterra. Ahí nacieron parte del Estado del Oregón y el de Washington que en 1870 no tenía aún 20,000 habitantes. Hoy tiene 1.150,000.

La construcción de líneas férreas lo pobló y acercó a los centros poblados; las grandes planicies facilitaron el trabajo; las buenas costas hicieron aparecer los puertos comerciales y Seattle y Tacoma, notables ciudades, compran el té de la China y el Japón y les venden los cereales de la región. Con la madera de sus bosques construyen casas que envían hasta la América del Sur.

Columbia, perteneciente al Dominio del Canadá, se encuentra a continuación, poco poblado relativamente por lo rudo de su clima. El invierno comienza en Septiembre u Octubre y termina en Mayo. Esto no obsta para que explote extensísimos pastos y la madera de selvas seculares donde existen pinos y cedros gigantescos de más de cien metros de altura. Lo que era un espeso bosque en 1886 es hoy la bonita ciudad de Vancouver y un ferrocarril que atraviesa las Montañas Rocallosas conservó para la Confederación del Canadá, ese territorio cuyas vías naturales iban para los Estados Unidos, de quien ya casi dependía económicamente.

Victoria, su capital, es una encantadora ciudad inglesa en donde por su situación llegan para el efecto de sus transacciones comerciales, los agricultores y mineros de toda Columbia.

Llegamos finalmente a Alaska, el territorio comprado por los americanos a los rusos en una cantidad tan irrisoria, que cuando aconteció en el año de 1867, más se supuso que la política de San Petersburgo abandonaba aquellas tierras que ampliaban la majestad del Imperio, para buscarle a Inglaterra las molestias consiguientes a las cuestiones de límites con los Estados Unidos.

Sólo el Sur de Alaska es habitable; allí los grandes bosques, las minas y las pesquerías forman la escasa riqueza actualmente explotada. Su capital, Sitka, cuenta con seis mil habitantes.

Tal vez, señores, he abusado de la amabilidad que tuvisteis, aceptando la invitación que se os hizo para concurrir a esta Sesión solemne, no obstante que en forma rápida y concreta he tratado la materia que se me ha encomendado. Perdonad. Y antes de que abandone esta tribuna a verdaderos oradores, permitidme que tribute los agradecimientos de la Sociedad de Geografía al Casino Español, que con tanta gentileza como cariño nos alberga en esta noche.

Triunfos de España en América, seguidos de triunfos de su sangre, hemos recordado en esta fecha y nada más justo que hacerlo en casa española.

Los manes de los héroes que con sus hechos llenan la historia del Pacífico y los de seres desconocidos que en millones se han dedicado a la paciente obra de civilización que hemos diseñado, agradecerán desde las tumbas donde reposan o en las esferas que pueblan sus espíritus, que ensalcemos sus hechos meritorios, levantándonos sobre toda idea mezquina y de partido; y aplaudirán que los que hoy ocupamos sus lugares, unidos en un solo corazón y en un solo deseo, pidamos con fervor, la eterna paz entre los hermanos de un mismo pueblo, la eterna paz entre las naciones que son vecinas, la eterna paz en toda la tierra, para que las obras útiles adquiridas no se destruyan; para que las armas no sieguen tantas vidas; para que los odios no perduren, y se levante en una voz el himno grandioso que se dedique al *Amor* y al *Trabajo*.

DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA

AL CORONEL GOETHALS

(APUNTES Y NOTAS)

Discurso leído en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el 25 de Septiembre de 1913, por el socio Sr. D. Gonzalo de Murga

Señores:

Hoy hace cuatrocientos años, desde una cima que escalara él solo dejando a sus compañeros en el Valle, el intrépido hidalgo español D. Vasco Núñez de Balboa pudo contemplar con emoción indescriptible el anchuroso *Mar del Sur*.

Cuatro días después, entrando en el agua hasta la cintura, tremolando el pendón de sus Reyes y empuñando la espada, tomó posesión de aquel Océano y de las tierras por él bañadas, "en nombre de la Corona de Castilla, de quien habían de ser mientras el mundo existiera y hasta el día del Juicio Final...."

Era el de San Miguel, aquel para siempre memorable; y con el nombre del Arcángel bautizó Balboa el golfo que descubriera, siguiendo la católica costumbre de nuestros navegantes y conquistadores del ciclo épico. Precisamente en el mismo año de 1513, el día de Pascua Florida, Ponce de León había descubierto la tierra que Florida llamamos aún y en la que el Adelantado soñaba encontrar la fuente de Juvencio.

Labios más doctos y autorizados que los míos os van a decir quién fué Balboa y cuál su vida hasta que la segara el execrable

Pedrarias; limitándome yo ahora a exponeros en forma sintética,— con sólo brevísimos comentos,— noticias y datos por donde colijáis la trascendencia que para la humanidad tuvo el descubrimiento del Pacífico: proeza realizada por un puñado de indómitos aventureros que cruzaron el Istmo de Panamá luchando durante veintinueve días con las tempestades del cielo, con los obstáculos que en la tierra oponíales una naturaleza salvaje y con la belicosa fiereza de los hombres que poblaban la región.

I

Colón — que la moderna exégesis histórica pretende, acaso infundadamente, disputar como hijo de nuestra dulce Suevia — había, sin duda, leído a Marco Polo y conocía el mapamundi de Toscanelli; y al zarpar del puerto de Palos, y al internarse por el piélago en que se hundiera la Atlántida, imaginaba poner la prora de sus carabelas hacia las tierras del Preste Juan de las Indias y los fabulosos imperios de Catay y Cipango.

Pero el planeta era más grande de lo que Toscanelli supuso; el Japón y la China estaban más lejos de lo que Colón creía; y en el camino de sus naves alzóse como infranqueable barrera este maravilloso continente en que vivimos.

Si pocas centurias antes, cuando alentaba el Cid, al paso de su caballo se iba ensanchando Castilla, en las postrimerías del siglo XV y en los albores del XVI las quillas iberas ensancharon el mundo.

En 1445 Bartolomé Díaz dobla el cabo de las Tormentas, sirviendo de heraldo a Vasco de Gama, quien en 1497 emprende su portentoso viaje, a la cabeza de aquellos portugueses tan acostumbrados a domeñar las furias del Océano que le acusaban de temblar ante ellos. En 1498 llegan los ilusos a Mozambique; y por fin a la península índica, al "país de las perlas," descubrimiento que había de engrandecer a Portugal, arruinando a Venecia. En vano la Reina del Adriático pretendería conocer la ruta seguida por Gama, pues tan celosamente guardábase el se-

creto que se castigaba con pena de muerte a quienes trazasen el mapa de mundo por aquel hallado.

Magallanes, que levó anclas el 20 de septiembre de 1519, arriba al Brasil el 10 de Enero de 1520; y tras descubrir el estrecho que perpetúa su nombre, entra en el Pacífico el 28 de Noviembre, y el 16 de Marzo llega a las Filipinas encontrando la muerte a manos de sus pobladores. Entonces asume el mando de la expedición el vasco Sebastián Elcano que desembarca en España el 6 de Septiembre de 1522, siendo el primero en haber dado la vuelta al mundo y mereciendo que Carlos V le otorgara por armas un globo terráqueo con la gloriosa leyenda: *"primus circundedisti me."*

Colón viendo surgir un mundo en la soñada ruta de las Indias, Vasco de Gama rodeando el dilatado continente africano y Magallanes al forzar el estrecho de su nombre y abrir las puertas del Pacífico, resolvieron de un modo definitivo el problema de la forma y la extensión del globo.

El hallazgo de caminos naturales, al ensanchar los ámbitos de la tierra, abatía el comercio de ciudades antes poderosas, hacía surgir nuevos emporios de riqueza, y disipando las nieblas del misterio y de la fábula que envolvían a pueblos remotos, desencajaba y trasponía el eje de la civilización.

El comercio busca siempre para su desarrollo cauces fáciles y rápidos y lleva por ellos el oro que se traduce en poderío y predominio. Por eso de todo tiempo la humanidad ha buscado rutas que acortando las distancias le permitan economizar tiempo y esfuerzo y acrecer su poder.

Así la tierra y el agua, las montañas, las estepas, los istmos y los mares van siendo sojuzgados por el hombre, dejándose hender, encauzar, perforar, recorrer, dividir, allanar y vencer; y las civilizadoras batallas, los triunfos dignos de ser por altísimos vates cantados en renovados cantos de epopeya llámanse túneles de San Gotardo, de Mont-Cenis y del Simplón, ferrocarril transiberiano y ferrocarril de los Andes, encauzamientos del Póo y del Ródano, canales de Kiel y de Manchester, y el de Corinto y el de Suez y de Panamá.

En el archivo de las edades pretéritas hallamos testimonio del empeño con que persiguiera el hombre la busca o creación de los mejores arcaduces para el tráfico. Hojead la historia y veréis que ya los Faraones quisieron establecer una vía del Mediterráneo al Mar Rojo utilizando el Nilo y un canal que de las aguas del Nilo se alimentase. Los Césares prosiguieron la obra; y bajo los Antoninos, hacia el siglo VI, todavía era navegable el canal que en tiempo de los árabes fué abandonado y llegó a cegarse. Napoleón, durante la campaña de Egipto, pensó restablecer esta vía, pero otras preocupaciones le hicieron prescindir del propósito.

A Periandro, tirano de Corinto, que pretendiera unir por un canal el golfo de Corinto con el de Egina, disuadiéronle los sabios so pretexto de ser distintos los niveles de las aguas en los dos golfos. Este mismo argumento de la diferencia de nivel entre el Mediterráneo y el Mar Rojo y entre el Atlántico y el Pacífico estuvo a punto de dar al traste con los proyectos del canal de Suez y del canal de Panamá; pero por fortuna observaciones científicas demostraron la identidad de niveles, aunque ciertamente las mareas son mucho más vivas en unos mares que en otros.

En abrir el canal de Corinto — empresa llevada a feliz término en nuestros días — pensaron también Julio César y Calígula; y en tiempo de Nerón, a quien tanto preocupaba la realización de grandes obras (y que tal vez incendiaría Roma no por las razones generalmente supuestas, sino por otras de carácter más alto, no bien averiguadas), realizáronse en el Istmo trabajos de excavación importantísimos, inaugurados por el divino Enobarbo quien — recordad a Dion Casio y a Plinio — con pala de oro llenó de tierra una espórtula que él mismo vertió a cierta distancia....

Muchos siglos más tarde, el 1.° de Enero de 1880, Mademoiselle Ferdinande de Lesseps hacía saltar la primera mina en el cerro de la Culebra, inaugurando así los trabajos del canal de Panamá.

II

Colón, en su cuarto viaje, arribó a las costas del Istmo de Panamá oyendo referir a los indios fantásticas historias de un estrecho a través del cual, navegando hacia el ocaso, existía, por un mar vastísimo, el verdadero camino de las tierras con que soñaba el Almirante.

La fe de Colón en *el secreto del estrecho* era tal, que en el mapa por él mismo inspirado (aunque no se publicó sino dos años después de su muerte) no se indica el Istmo de Panamá, sino un estrecho que permitiría el paso de Europa a las Indias.

Cuando Balboa descubrió el Mar del Sur persistía la fábula del paso entre los dos mares, constituyendo el mayor incentivo de geógrafos y exploradores; hasta que Carlos V encomendó su descubrimiento a un hombre de temple excepcional, a un héroe de proporciones mitológicas, a Hernán Cortés, quien no hallando el estrecho de la leyenda juzgó hacedero abrirlo, como si con su hidalga tizona pudiese de un mandoble partir en dos el continente.... Suya fué, pues, la heráclea concepción que había de realizar el Coronel Goethals cuatro siglos más tarde.

Un primo de D. Hernando, Alvaro de Saavedra Cerón, por estímulos y consejos de aquél, hizo exploraciones y estudios hasta trazar cuatro proyectos de canales interoceánicos, escogiendo precisamente los mismos lugares en que sabios de edades posteriores habían de fijarse: Tehuantepec, Nicaragua, Panamá y Darién.

Colón abordó el primero a las playas istmeñas; Balboa descubrió el Pacífico; Hernán Cortés pensó en unir los dos mares; Alvaro de Saavedra proyectó cuatro comunicaciones interoceánicas, una de las cuales, Panamá, está casi terminada, otra, Nicaragua, es fácil se realice en fecha próxima, y las dos restantes acaso se lleven a cabo algún día.

Después.... Guerras y preocupaciones de otra índole; la influencia que según se dice tuvieron los frailes en el ánimo de Felipe II al aconsejarle "no separara lo que Dios había unido;"

el desconcierto de la corte devota y galante de sus sucesores; el agotamiento de las tremendas energías de la raza; el rápido ocaso de nuestro inmenso poderío, fueron parte al desdén o indiferencia con que miráramos la realización de anhelos de los días inmediatos a la conquista....

En épocas más recientes muchos nombres de los que la humanidad ha recogido en sus anales, aparecen ligados a la idea de la comunicación interoceánica.

Así en 1778 Nelson, encargado por Inglaterra de reconocer el paso de Nicaragua, avanza por el río de San Juan hasta llegar al lago, viéndose en la precisión de retroceder por la resistencia que le opusimos desde el fuerte de San Carlos; en 1780 el gran Rey Carlos III mandó a D. Martín de la Bastida y a D. Manuel Galisteo que de nuevo explorasen Panamá; en 1804 Humboldt preconiza el canal de Darién; en 1814 las Cortes ordenan al Virrey de la Nueva España que se estudie el trazado del canal de Tehuantepec, del que en 1821 el general Orbegozo levantó los planos y para construir el cual, en 1842, bajo Santa Anna, obtuvo una concesión y realizó estudios D. José de Garay, cuyo sobrino D. Francisco propugnó la idea del canal de Tehuantepec ante el Congreso Internacional de París en 1879.

Por el año cuarenta y tantos del siglo último, así como Napoleón el Grande pensaba en unir el Mediterráneo con el Mar Rojo, Napoleón el Chico, entonces Príncipe Luis Napoleón Bonaparte, pensó en unir el Pacífico al Atlántico; estando preso en Ham obtuvo de Nicaragua la correspondiente concesión; y para emprender la obra solicitó de Thiers se le pusiera en libertad "*ne voulant plus s'occuper de politique.*"

Entre tanto, en 1788, se establecía real y positivamente una comunicación por agua entre los dos Océanos, con el modesto propósito "de transportar el cacao de Guayaquil a Cartagena," alcanzándose de paso la ventaja de establecer un camino "infinitamente pronto entre Cádiz y Lima."

Junto a las fábulas del *secreto del estrecho* existía la tradición de que hallándose muy cerca del río Atrato, que vierte sus aguas

en el Atlántico, el Tuyra, que desemboca en el Pacífico, los indios iban por agua de un mar a otro con sólo llevar a cuestas su piragua durante una hora; el piloto vizcaíno Goyeneche estudió y presentó al Gobierno el proyecto para hacer un canal de pocas leguas desde el puerto de Cupica (mar del Sur) al río Maipí, afluente del Atrato; y por fin un religioso, cura de la aldea de Nóvita, en la provincia del Chocó, hizo que sus feligreses abrieran el pequeño canal de "la Raspadura" uniendo las cercanas fuentes del Noamama (que muere en el Pacífico) con el riachuelo de Quito, afluente como el Maipí, el Andágueda y el Zitará del caudaloso Atrato. Goyeneche y el cura de Novita fueron, pues, hace más de un siglo, en cuanto a la realización del enlace de los dos mares, los precursores de Lesseps y Goethals.

Pero la obra magna, la obra trascendental, la obra que puede influir en los destinos del mundo de modo quizá no previsto por la reflexión o la fantasía de sociólogos, estadistas y poetas, la obra que ha de confundir en el mismo cauce las viejas y las nuevas civilizaciones cambiando acaso el curso de la humanidad, cúpole en suerte concebirla e iniciarla al genio francés, para que la llevaran a cabo el perseverante esfuerzo y el poderío económico de los anglo-americanos.

Cuando Fernando de Lesseps emprendió la obra que había de unir el Mar Rojo con el Mediterráneo, Lord Palmerston se desgañitaba gritando a los cuatro vientos que tal empresa era sólo un fraude colosal, a lo que Lesseps respondía convencido: *"C'est un fleuve qui roulera de l'or."*

Diez años después del completo éxito de la empresa denigrada por el magnate británico, cuando iban concretándose los propósitos de abrir por fin el canal de Panamá en que tantos hombres habían soñado, los ojos de todo el mundo se tornaron hacia *el gran francés,* para que prestase a la obra el prestigio de su nombre y de su genio; y Lesseps, aunque viejo y ganoso de descanso, estimó punto de honra lanzarse a la nueva aventura, "como el general que acabase de obtener una victoria no podría negarse a conducir su ejército a un nuevo triunfo."

En 1879 se reunió en París un Congreso Internacional de sabios para discutir la mejor forma de establecer la comunicación interoceánica, y por 78 votos contra 8, y 12 abstenciones, se tomó el siguiente acuerdo: *"Le Congrès estime que le percement d'un canal interoceanique à niveau constant, si désirable dans l'intérêt du commerce et de la navigation est possible; et que ce canal maritime, pour répondre aux facilités indispensables d'accés et d'utilisation que doit offrir avant tout un passage de ce genre, doit être dirigé du golf de Limon à la baie de Panamá."*

Entonces dió principio la obra de cíclopes, la pasmosa epopeya en que tras una lucha titánica, el genio francés hubo de abatir las alas, herido por errores económicos y por los vergonzosos manejos de un grupo de especuladores infames que si arrebataron a su pueblo el fruto de enormes sacrificios haciéndole perder la supremacía que legítimamente esperaba conquistar, no pudieron despojarle de la gloria de haber concebido, de haber iniciado, de haber estado a punto de realizar la magna obra, haciendo posible que otro grupo humano la concluyera.

Si naves españolas descubrieron el Istmo de Panamá, si un hidalgo español fué el primer europeo que contemplara el Mar del Sur, si a Hernán Cortés se le ocurrió la idea de partir la angosta lengua de tierra, y si cuatro siglos más tarde los Estados Unidos pueden orgullosos ufanarse de haber establecido la comunicación interoceánica, a Francia deberá la humanidad la realización del portento. Del fracaso económico salió incólume, irguiéndose fuerte y prestigiada la ciencia francesa; y el pobre Lesseps que en días más felices adoptara la altiva divisa: *"aperire terram gentibus,"* vejado y escarnecido, cuando naufragaba su razón en las sombras de la insania, pudo pensar, tornando sus ojos hacia el Istmo:

"¡Sólo en intentarlo, hay gloria!"

En 1894, el mismo año en que muriera Lesseps, se constituía la Compagnie Nouvelle du Canal de Panamá que más tarde, por mediación del cuñado de Roosevelt y el hermano de Taft (cir-

cunstancia que desató los díceres de la maledicencia) había de vender por cuarenta millones de dólares sus derechos y bienes a los Estados Unidos de América.

III

No es mi propósito aventurarme en el campo de la política; pero aun desde el punto de vista meramente informativo, dejándoos a vosotros mismos el cuidado de establecer nexos y deducir consecuencias, creo pertinente recordar aquí algunos antecedentes históricos de doctrinas o procederes que han influído o pueden influir en la conclusión y en el futuro del canal de Panamá, así como en las relaciones de los pueblos a quienes el tráfico del canal afecte o importe.

A moción del Zar Alejandro I,—en quien ejercía dominio espiritual la mística Madame de Krudener,—en Septiembre de 1815 firmóse en París, entre Rusia, Prusia y Austria la "Santa Alianza," cuyo objeto era hacer que las naciones, tanto en su régimen interior como en sus relaciones exteriores, se guiasen siempre por los principios que constituyen la ética del cristianismo.

En 1822, en el Congreso de Laibach, los aliados declararon *tener derecho a intervenir en los asuntos de otros países y a modificar su gobierno, a fin de evitar los efectos de su mal ejemplo.* Honradamente, Inglaterra rechazó tal resolución, subscrita por Rusia, Prusia, Austria y Francia. Al siguiente año los *cien mil hijos de San Luis* invadían España para restablecer el absolutismo de nuestro nefasto Fernando VII.

¿Pensarían los aliados restablecer también el absolutismo en las antiguas colonias españolas? Ante esa posibilidad el Presidente de los Estados Unidos, Monroe, declaró oponerse en principio a toda intervención extranjera en territorio americano.

Tal es, en substancia, la famosa doctrina Monroe, doctrina cuya paternidad se atribuye a John Quincy Adams; doctrina que no ha recibido sanción legislativa ni siquiera en su país de

origen y que por tanto no pasa de ser una simple tendencia política; doctrina que los Estados Unidos sacan a relucir con cualquier pretexto, invocándola campanudamente para producir temor, como cuando se dice a los niños: "¡que viene el coco...!"

Pero las naciones ultramarinas no suelen ser tan apocadas y asustadizas como los párvulos. ¡Lástima que lo demostrasen con tan infausto motivo como la injusta intervención en México, provocada por el Emperador de los Franceses; culpa gravísima de la cual supo redimir a España, en ademán gallardísimo, un caudillo glorioso cuya memoria veneráis aún: Prim!

La declaración de Monroe parecía indicar el propósito de los Estados Unidos de ayudar y defender a las naciones americanas; podía tomarse como una prueba de su amor a esas naciones, como el noble y desinteresado deseo de que se respetasen la integridad e independencia de las mismas....

De tal nobleza y desinterés han alardeado siempre los prohombres yankees. En nuestros días, el 15 de Febrero de 1905, Roosevelt, en su mensaje al Senado, exclamaba: "Nunca se podrá repetir con demasiada frecuencia y énfasis la afirmación de que los Estados Unidos no desean el más mínimo engrandecimiento territorial a costa de las naciones sus vecinas del Sur, y de que no se aprovecharán de la doctrina Monroe como excusa para semejante expansión de su parte;" en 31 de Julio de 1906, Root, precisamente en el Palacio Monroe, de Río Janeiro, decía: "No deseamos más territorio que el nuestro, ni más soberanía que la soberanía sobre nosotros mismos. Consideramos la independencia y la igualdad de derechos de los menores y más débiles miembros de la familia de las naciones, con derecho a tanto respeto como los de los grandes imperios;" y a principios de este mismo año de 1913 el Secretario de Estado, Knox, contestaba en Managua al Presidente de Nicaragua en los siguientes términos: "Noto lo que habéis dicho acerca de cierta aprensión existente en ésta y otras repúblicas de la América latina respecto a los verdaderos motivos y miras de los Estados Unidos hacia esas naciones con relación a la doctrina Monroe. Permitidme afirma-

ros — estando yo seguro de que lo que digo tiene la aprobación del pueblo y del Presidente de los Estados Unidos,— que mi Gobierno no codicia una sola pulgada de territorio al Sur del Río Grande."

Pero recordad que la doctrina Monroe ha evolucionado pasando de la defensiva a la intervención y de la intervención a la conquista; recordad que la fiebre de expansión e imperialismo de los Estados Unidos se manifestó ya en 1813 comprando la Luisiana a Bonaparte y en 1819 adquiriendo de España la Florida; recordad que en 1867 se anexaron Alaska y antes el Oregón, en 1898 las islas Hawaii, en 1900 las Samoa y en 1902 pretendieron comprar las Antillas Danesas; recordad que en 1870 el General Grant pensaba apoderarse de Santo Domingo; recordad que Johnson ambicionaba poseer la Perla del Mar Caribe en nombre de *las leyes de la gravitación política que precipita los pequeños Estados en las fauces de las grandes Potencias;* recordad que en 1895 el Secretario de Estado, Olney en su controversia con Lord Salisbury sobre Venezuela proclamaba la soberanía de la República del Norte en toda Hispano América; recordad que por mucho tiempo uno de los principales periódicos de Boston acostumbraba imprimir diariamente en primera página y con grandes caracteres que el asunto de mayor urgencia para los Estados Unidos era la inmediata anexión del Canadá; recordad que el Roosevelt de las declamatorias protestas, fué también el bravonel *"rough rider,"* quien afirmó en Chicago que el Pacífico debía convertirse en lago yankee, quien con brutal crudeza preconizara para las naciones de América la política del *"big-stick;"* recordad que el pueblo de quien han sido porta-voz los elocuentes pregoneros de paz cuyas palabras he citado antes, es el mismo que tras una guerra injusta arrebató a México más de la mitad de su territorio; recordad que ese pueblo que se erige en sumo definidor de ética internacional, tomando inicuo pretexto para una calumnia atroz en la catástrofe, sin duda fortuita, del *Maine* — que el honrado Mr. Bixby, jefe máximo del cuerpo de ingenieros de los Estados Unidos, tras minucioso reconocimiento

de los restos del buque en 1911, declaró haberse hundido a causa de una explosión interna,— con manejos incalificables llevó a España al desastre de 1898, y que el águila de su escudo hundió las rapaces garras en Filipinas y Puerto Rico y está siempre a punto de engullirse a Cuba, llave del Golfo de México, frontera al canal de Panamá; sí, "*remember the Maine,*" pueblos de América que excitáis el apetito y la codicia del Ogro del Norte; recordad.... ¿Pero a qué citar hechos concretos que pongan de relieve cuánto distan las palabras de los gobernantes de allende el Bravo de la invariable conducta de su pueblo? Basta recordar a su sincero — ¡y ojalá no sea profético! — Henry Clay, quien escribiendo a Channing, después de la expoliación de Texas, decíale ser éste un crimen que por su enormidad frisaba en lo sublime; que los tiempos modernos no ofrecían ejemplo de rapiña tan enorme; y *que la anexión de Texas era el comienzo de conquistas que si una Providencia justa no lo impide sólo se detendrán en el Itsmo de Darién....*

Todavía hoy la Casa Blanca, con palabras unciosas, ofrece paz y fraternidad a los pueblos; y el ex-Rector de Princeton, profesor insigne, hombre de conciencia tan estrecha como la de los tripulantes del "*May Flower,*" y el varias veces candidato a la Presidencia, el fracasado economista, el diplomático de tan austeras costumbres que en los banquetes oficiales proscribe el vino derrochando la limonada en obsequio de los embajadores extranjeros; esos dos hombres eminentes sin duda, pero extraños, olvidando cuál fué el motivo de la doctrina Monroe, se afilian espiritualmente al Romanoff, el Hohenzollern y el Hapsburgo de hace un siglo; y así vemos atónitos que Mr. Woodrow Wilson y Mr. William Jennings Bryan forman entre sí una novísima Santa Alianza, creyéndose *con derecho a intervenir en los asuntos de otros países y a modificar su gobierno, a fin de evitar los efectos de su mal ejemplo!!!*

Ambos cristianísimos cruzados hicieron su primera salida de intervencionistas con ocasión del imbroglio balkánico, de donde parece volvieron como la raposa de la fábula, con las orejas ga-

chas; pero paladines sin miedo — ¡ni al ridículo! — con supina ignorancia de las cosas de México (pues no cabe poner en duda la buena fe de hombre tan moral como el Presidente), acaban de mandar a este país notas para siempre celebérrimas que han provocado en las cancillerías variadas manifestaciones de regocijo, desde la sonrisa leve hasta la carcajada homérica.

Pero si espíritus apicarados y maleantes hallan en tales sucesos pretexto a burlas; si por otro lado los recelosos y suspicaces creen que toda conciencia honrada debía protestar enérgicamente contra supuestas maniobras inconfesables de alguien que acaso pretenda apoderarse arteramente de lo ajeno; si la prensa universal ha considerado como una puerilidad indigna de estadistas alguna de las proposiciones transmitidas por Mr. Lind, los espíritus serenos y reflexivos ven con infinita angustia cómo la actitud sincera o hipócrita de la Casa Blanca, cómo el puritanismo o el fariseísmo del Presidente Wilson, cómo el exagerado culto a principios abstractos o una maquiavélica complicidad con intereses bastardos y ambiciones criminales, evitan o retardan el restablecimiento de la paz y el orden en este desdichadísimo país en que ya no hay un hogar sin crespones de luto, en que la obcecada y culpable actitud de esos dos falsos o equivocados apóstoles de la ética del cristianismo aplicada a la política internacional, Wilson y Bryan, va sembrando en los corazones mexicanos le cizaña de odios inextinguibles entre hermanos y arrancando de ellos el amor que predicaba el Divino Maestro.

Protesto que no hay en mis palabras asomos de acrimonia, como no hay rencores en mi corazón; admiro en cuanto de admirable tiene a la gran República del Norte; conozco, trato y estimo profundamente a muchos norteamericanos de elevado criterio y noble espíritu; pero mi admiración y mis simpatías personalísimas no pueden cegarme a la hora de definir las abominables consecuencias de la conducta política de ese pueblo plutócrata e imperialista: a pesar del misticismo y la mansedumbre evangélica de las lucubraciones wilsonianas; a pesar de las reiteradas protestas de fraternidad hacia las mismas naciones que

ha despojado; a pesar de su invitación a todos los pueblos del globo para asistir a la Exposición Panameña que se celebrará en San Francisco California en 1915 y para concurrir a la cual los buques de los pueblos invitados habrán de recorrer el canal de Panamá al alcance de los formidables cañones que en el Atlántico y en el Pacífico defenderán el paso como una amenaza al mundo.

IV

El 28 de Junio de 1902 el *bill* Spooner autorizaba al Presidente de los Estados Unidos para ofrecer a la Compagnie Nouvelle du Canal de Panamá, cuarenta millones de dólares por sus bienes y derechos.

Se dice que como la concesión otorgada a los franceses expiraba en plazo corto, el Gobierno de Colombia opuso todas las dificultades posibles al traspaso, esperando que al caducar dicha concesión y quedar por ende suyos los bienes de la Compañía, los cuarenta millones de dólares ingresarían al erario colombiano.

Alarmados los Estados Unidos, hicieron al Gobierno de Colombia determinadas proposiciones, llegando a firmarse el tratado Hay-Herrán que obligaba a los Estados Unidos a pagar diez millones de dólares por una nueva concesión, y una renta de cien mil dólares anuales por una zona a ambos lados del canal; pero el Senado de Bogotá no ratificó el tratado.

Entre tanto en la región panameña, que veía diferida la construcción del canal y comprometido el porvenir del Istmo por la política torpe y la impremeditada codicia de Colombia, se inició un movimiento separatista cuyos directores mandaron a Washington al Dr. Amador para solicitar de la Casa Blanca ayuda en sus propósitos. La Casa Blanca rechazó el mal pensamiento.... pero si, según Voltaire,

"il est avec le ciel des accommodements,"

cabe presumir haya sido más fácil tenerlos con los incorruptibles políticos yankees; y al fin *alguien* encontró *la fórmula*. Veréis cómo fué:

El 31 de Octubre de 1903, al clausurarse el período de sesiones del Senado de Colombia, quedaban definitivamente rotas las negociaciones entre aquella República y los Estados Unidos; el 3 de Noviembre estallaba un movimiento revolucionario en Panamá; el 4 se proclamaba la independencia del Istmo; ¡¡¡y el 6 Washington reconocía al nuevo Gobierno y notificaba a Bogotá que no permitiría desembarco alguno de tropas para someter a los rebeldes!!! Eso sí: la Casa Blanca, ahita de corrección, apoyaba su nota en el tratado de 1846 con la Nueva Granada, conforme al cual los Estados Unidos se comprometían a mantener el tránsito en el Istmo.... [1]

¡A los dos días de proclamado un Gobierno revolucionario los Estados Unidos lo reconocían y se mostraban dispuestos a apoyarle con las armas! Conducta inaudita y que contrasta singularmente con su resistencia a reconocer algún otro Gobierno perfectamente legal según la constitución del país en que rige. Haced vosotros los comentarios que la diversidad de casos os sugiera....

El 18 del mismo mes de Noviembre se firmaba en Washington el tratado Hay-Buneau-Varilla en virtud del cual el pueblo que mil veces ha declarado no querer una pulgada de terreno al Sur del Bravo, adquiría, en plena soberanía, una faja de más de 16 kilómetros (10 millas) de mar a mar, a lo largo del canal en construcción, amén de otras tierras y franquicias, comprometiéndose en cambio a mantener perpetuamente la independencia de Panamá y a pagarle diez millones de dólares de una vez y doscientos cincuenta mil dólares de renta al año.

Un testigo de mayor excepción, nada sospechoso de antiyan-

1 No faltó en el mismo Senado americano quien hiciera notar que la felicitación del Presidente Roosevelt a los panameños por la proclamación de la independencia se recibió en Panamá **dos horas antes** de que la independencia se proclamara.

quismo, insinúa que de no haberse llegado a tan satisfactorio resultado, el Presidente Roosevelt, apoyándose en la altísima autoridad de Mr. Basset-Moore, Profesor de Derecho en Columbia University, parecía dispuesto a sostener la peregrina doctrina de *expropiación por causa de utilidad internacional!*

El 4 de Mayo de 1904 los Estados Unidos reanudaban las obras que emprendiera Lesseps, y que según afirma el ilustre ingeniero Coronel Geo. W. Goethals deberán estar concluídas en 1.° de Enero de 1915, a pesar de los continuos y enormes desprendimientos de tierras en el cerro de Culebra.

Como no pretendo entrar en pormenores técnicos, ni siquiera describiros el canal, me limitaré a recordaros que su longitud de costa a costa es sólo de unas cuarenta millas, llegando a cincuenta con sus prolongaciones mar adentro hasta encontrar calado suficiente; que su anchura en el fondo varía de 300 a 1,000 pies; que las excavaciones necesarias para inaugurar el canal de esclusas representan 400 millones de yardas cúbicas; que el costo para los Estados Unidos asciende a 375 millones de dólares (casi cuatro veces más de lo que costó el canal de Suez); que ese costo aumentará considerablemente si como se propuso en el Congreso de 1879 y se ha venido diciendo desde entonces, el canal definitivo ha de ser a nivel, es decir, un verdadero estrecho; que el tránsito de mar a mar se hará en 10 o 12 horas, de las cuales 3 invertiránse en pasar las esclusas; que cuando el canal sea a nivel la travesía total no excederá de 5 horas; y que para facilidad del tráfico, captación de aguas, etc., se ha formado un lago artificial de 160 millas cuadradas de superficie.

Si la política de los Estados Unidos despierta suspicacias y hace revivir temores, sus trabajos en la zona del canal sólo merecen aplauso y admiración. Aquello parece ser un laboratorio modelo de ciencia administrativa, una escuela de energía, una de esas beatíficas comunidades que forja la imaginación de los destiladores de ensueños utópicos.

El servicio de sanidad ha hecho milagros, sobre todo desde que se descubrió que el vómito negro y el paludismo se debían

a dos variedades de mosquitos: el Stegomyia y el Anopheles; los almacenes de subsistencias, vestuario y demás análogos, para una población de más de cuarenta mil hombres de todas nacionalidades (de la india inglesa, españoles, franceses, italianos, colombianos, panameños, norteamericanos, griegos, búlgaros, etcétera), son completísimos; el departamento de construcciones cuida de que todo el mundo tenga habitación sana y cómoda; hay *clubs,* asociaciones deportivas, hoteles, teatros, escuelas, una policía ejemplar, un cuerpo de bomberos excelente y un servicio postal idéntico al de los Estados Unidos que es positivamente inmejorable.

Por cierto que esto del servicio postal me recuerda algo muy a la manera yankee.

Allá por el cincuenta y tantos del siglo último se construyó el ferrocarril del Istmo de Panamá, siendo uno de los concesionarios o ingenieros Mr. Aspinwall, con cuyo nombre bautizaron los yankees el puerto de Colón, sin cuidarse de las protestas de Bogotá, que sólo consiguió se restituyera su primitiva denominación a la ciudad cuando hubo resuelto no distribuir la correspondencia dirigida a Aspinwall. También en México un apreciable caballero, contratista de ferrocarriles, tuvo la humorada de descristianar a Topolobampo, llamándole, según su propio apellido, Port-Stilwell; hasta que el Gobierno decidió enojarse.

Las obras del canal y cuanto al régimen administrativo de la zona se refiere, merecen, como digo, elogios y plácemes sin reservas; pero otras obras emprendidas por los norteamericanos y que serán acaso maravillas en su género, y determinaciones recientemente dadas a conocer, han venido a sembrar inquietudes y a dar pábulo a protestas, a conjeturas, a desconfianzas, a truculentos pronósticos.

Desde mediados del siglo XIX Inglaterra y los Estados Unidos se hacían mutuamente sombra en sus respectivos proyectos de construir algún día un canal Istmico, siendo por entonces el de Nicaragua el que tenía más adeptos; pero puso término a la tirantez de relaciones el tratado Clayton-Bulwer (5 de Julio de

1890) por el que las partes contratantes comprometíanse a que ninguna de ellas construyese el canal ístmico y a que ambas ayudasen a cualquier empresa constructora.

Andando el tiempo, los americanos — convencidos de haberse dejado coger en el garlito por la diplomacia británica — maniobraron hasta concertar el 18 de Noviembre de 1901 el tratado Hay-Pauncefote que derogando el anterior les permitía construir el soñado canal, aunque imponiéndoles de modo expreso y terminante la condición de que dicho paso habría de ser *neutro* y *libre,* es decir, que por él podrían circular sin estorbos ni trabas las flotas mercantes o de guerra de todas las naciones; y que las tarifas de tránsito habrían de ser *idénticas* para los buques amparados por los distintos pabellones del globo.

Ese tratado dejaba las manos libres a los Estados Unidos bien para proseguir las obras del canal de Panamá, bien para emprender las del de Nicaragua; y si de tiempo antiguo perseguían el propósito por las ventajas económicas que de su realización esperaban, hechos recientes movían su voluntad con renovados apremios.

Durante la guerra hispano-americana el acorazado *Oregón,* que salió de San Francisco California para unirse en el Atlántico a los demás buques encargados de destruir la gloriosa escuadra fantasma de Cervera, empleó noventa días en llegar a las aguas cubanas; y todos pensaron que un canal ístmico hubiese reducido el viaje a la décima parte del tiempo y que urgía abrir tal camino para posibles contingencias futuras.

Por eso sin duda surgió la idea de fortificar el canal, contraviniendo de manera flagrante a la cláusula de neutralidad y libertad de tránsito del tratado Hay-Pauncefote.

A la otra condición, la de identidad de tratamiento a las flotas de todas las naciones, también se proponen faltar los Estados Unidos, pues han declarado que no cobrarán derechos de tránsito a sus barcos de cabotaje.

Claro es que Inglaterra tenía que protestar enérgicamente, y está la pelota en el tejado; pero los ecuánimes y justicieros defini-

dores infalibles de moral internacional, parece que hasta hoy ni siquiera consienten en someter el pleito al arbitraje de la Haya.

Los puritanos profesores de ética son al mismo tiempo incomparables maestros de sofística. *Oyez plutôt:* arguyen que las fortificaciones del canal no responden a una premeditación bélica, sino lisa y llanamente a *su deber* de defensa del canal mismo como obra de ingeniería; y que siendo las aguas del canal aguas jurisdiccionales yankees, los únicos barcos que por él pueden hacer comercio de cabotaje son los suyos.... de donde se deduce, claro como la luz meridiana, que no hay perjuicio para los barcos de cabotaje de otras naciones.

De contestar a ese último extremo se encargará en Londres el Foreign Office; y la respuesta al primero está en el *Congressional Record* o como se llame el diario de las sesiones de las Cámaras norteamericanas.

Cuando en 1910 se suscitó la cuestión de las fortificaciones, que apoyaban Taft y su gabinete, alzáronse algunas voces opinando que artillar el canal era provocar un ataque y sugiriendo se neutralizase aquél, protegido por el tribuanl de la Haya; pero los partidarios de la fortificación sostuvieron paladinamente que su empeño se fundaba precisamente en razones de carácter militar, ante todo en la importantísima de asegurar a su escuadra el paso de Océano a Océano. Con tales argumentos triunfaron los *fortificacionistas.*

El presupuesto de obras e instalaciones de guerra asciende a veinte millones de dólares.

La batería principal se instalará en una isla del Pacífico, montándose en ella 8 cañones de 14 pulgadas, 12 de 6, 24 morteros de 12 y una monstruosa boca de fuego de 16 pulgadas que lanza a veinte millas proyectiles de 2,400 libras cargados con los más terribles explosivos. En el Atlántico habrá tres fuertes dotados también con abundante material de guerra.

Así un publicista americano pudo llamar a tales baterías "el Gibraltar del Nuevo Mundo;" y sabido es que los ingleses no han retenido en su poder el antes formidable y para nosotros

siempre afrentoso peñón, con la desinteresada mira de mantener libre el tránsito del estrecho....

No contentos los Estados Unidos con poseer el canal de Panamá, que terriblemente fortificado puede servir de refugio a sus buques o facilitar la rápida unión de sus escuadras del Pacífico y del Atlántico en cualquiera de los dos mares,— persiguen ya la construcción de otros pasos interoceánicos.

Mediante la irrisoria suma de tres millones de dólares Nicaragua les ha concedido el derecho exclusivo de construir otro canal ístmico aprovechando el río San Juan. Ante éxito tan fácil y barato, creciose Mr. Bryan y con la mayor desenvoltura concibió y propuso un protectorado yankee sobre Nicaragua, que asegurase a Washington el dominio virtual sobre aquél país,— amén de una estación naval en el golfo de Fonseca.

Tal idea produjo estupor primero y después ira en Nicaragua mismo y en toda Hispano-América; pero *uncle Sam* es tan perseverante, tan dúctil, tan rico, tan terco, tan tenaz en sus propósitos...!

Después de Panamá, Nicaragua: después de Nicaragua, Darién.— Los Estados Unidos han ofrecido a Colombia diez millones de dólares por la concesión para construir un canal siguiendo la cuenca del Atrato y por el derecho de tener depósitos de carbón en las islas de San Andrés y de la Providencia, en el mar de las Antillas.

Colombia ha rehusado, a pesar de que los Estados Unidos ofrecen *intervenir en su favor en las dificultades pendientes con Panamá!* Y ha rehusado Colombia porque pretende una cosa muy sencilla: que se sometan al tribunal de la Haya *todos* los asuntos pendientes entre Colombia misma *y los Estados Unidos.* Pero una vez más, los *neo-caballeros de la Santa Alianza,* llevando por mote de su blasón la sentencia bismarckiana: *"La force prime le droit,"* rehuyen presentarse donde hay jueces.

Claro es que más tarde o más temprano los yankees serán dueños de un canal ístmico en Nicaragua y de otro en el Darién; y entonces se habrán realizado tres de los cuatro proyectos de

Alvaro de Saavedra Cerón. ¿Realizarán los Estados Unidos el cuarto, el de Tehuantepec? ¿Qué hará México para impedirlo? Hasta hoy, ¡¡desartillar Salina Cruz!!

V

La importancia mercantil del canal de Panamá es incalculable; y aunque mucho hubiera querido deciros a este propósito, habré de limitarme a indicaciones rapidísimas porque he traspasado con exceso los límites de tiempo en que debí encerrar mi discurso.

Lo que ha sido el canal de Suez para el Asia Central, el Africa oriental y Australia, habrá de ser, con creces, el de Panamá para el Levante asiático y el Poniente americano.

Las distancias de Cádiz, del Havre, de Liverpool para los puertos del Pacífico se reducirán en muchos casos a la mitad; y esa reducción alcanzará en promedio a tres mil millas para los puertos australianos, japoneses, etc.

Coincidiendo la era de la apertura del canal con la rápida substitución del petróleo al carbón de piedra en los buques,— de ese petróleo del que México está llamado a ser en plazo breve el primer productor del mundo, circunstancia que tal vez encierre la clave de muchos enigmas políticos,— de ese petróleo cuyo uso reduce considerablemente el personal de maquinistas y fogoneros y el espacio destinado al combustible, aumentando por ende la capacidad de transporte de los barcos,— la navegación será pronto más corta, más rápida e infinitamente más económica, favoreciendo el ilimitado desarrollo del tráfico intercontinental.

Entonces los Estados Unidos, dueños del canal, crearán en Nueva York la gran feria del globo donde afluyan las mercaderías de Oriente y el dinero de Europa y los tesoros de las minas y de los bosques de la América latina y los productos inagotables de sus propios campos y fábricas; entonces lo que desde edades remotas ha sido Europa para el Viejo Mundo será para el Nuevo ese maravilloso Far West, región la más bella, la más fértil, la

más rica de la República del Norte, región de temperaturas moderadas y de lluvias regulares merced a las grandes corrientes marinas que en los océanos van del Este al Oeste y que se llaman el Gulf Stream en el Atlántico y en el Pacífico el Kuro Sivo; entonces invadirán el dilatadísimo mercado chino los frutos del enorme valle del Mississipi; entonces la influencia y el poderío de los Estados Unidos serán tales que habrá sonado la última hora de la América latina, si ésta persiste en su ceguera, en su apatía, en su lento suicidio.

Los niños de mi generación sabíamos de coro aquellos versos de la Historia escrita por el famoso P. Isla, que empiezan así:

"Libre España, feliz e independiente,
se abrió al cartaginés incautamente;"

y por eso sin duda, al pensar en los *cartagineses* de ogaño, suele ocurrírseme que pretenden

"entrar vendiendo por salir mandando."

Los *cartagineses* de esta centuria son, en el mundo que Colón descubriera, los alemanes desparramados calladamente por doquier, dominando en gran parte el comercio de la América Central, germanizando algunos Estados del Brasil (Santa Catalina, Paraná, Río Grande do Sul) al punto de constituir la nacionalidad de hecho, pues en muchas colonias apenas hay un diez por ciento de brasileños; los *cartagineses* de esta centuria, en ese Mar del Sur y en las tierras por él bañadas, que Balboa imaginó pertenecerían a la Corona de Castilla mientras el mundo existiera, son los japoneses, refractarios a toda asimilación, ensoberbecidos con sus triunfos guerreros, hallando estrechos los confines de sus islas, convencidos de que, como dijo el conde Okuma, "México, el Perú y Chile son tierras de expansión japonesa, son naciones comprendidas en la esfera de influencia a que el imperio del Mikado puede legítimamente aspirar;" los *cartagineses* de esta centuria son los nietos de aquellos puritanos *Pilgrim Fathers* que van extendiéndose como mancha de aceite

desde el estrecho de Behering hasta el de Magallanes, que van realizando con calculada cachaza la incontrastable *penetración pacífica,*— sin perjuicio de enseñar los dientes de vez en cuando,— que protestan a cada paso de la bondad de sus intenciones y juran que su país está dispuesto a enriquecer y a hacer feliz a la América latina.... sin duda como el viejo rico, bonachón y libidinoso que cubriera de alhajas a una mujer bonita: a cambio de su honra!

Si la América latina, si esta tierra de promisión, si este maravilloso continente con el que la Naturaleza se mostró tan pródiga, no quiere prostituirse ante las amenazas de *souteneur* o los halagos de libertino de pueblos que le son totalmente extraños por la raza, por el idioma, por los ideales, necesita trabajar honradamente, necesita adquirir por sí misma fuerza y riqueza, necesita ser respetable y respetada, necesita merecer respeto e infundirlo.

El clarividente Bolívar, adivinando cómo se debilitaría la América española con el continuo fraccionamiento de sus nacionalidades, convocó en 1826 el Congreso de Panamá (de ese Panamá que él soñaba fuese algún día la Capital del Planeta) y ante los embajadores de diez Repúblicas expuso la urgente necesidad de constituir una confederación fuerte que al poder sajón opusiese el poder latino.

Hoy, más que entonces, es urgente esa necesidad; hoy, más que entonces, es preciso que las naciones latino-americanas se olviden de contiendas domésticas o de pleitos de vecinos; que consoliden la paz interna; que fomenten la inmigración de pueblos afines, recordando la frase del estadista sur-americano Alberdi para quien en América *"gobernar es poblar;"* recordando que los Estados Unidos que aún no hace un siglo tenían nueve millones de habitantes tienen ahora noventa millones; hoy, más que nunca, al pensar en colocar empréstitos debe preocuparles que éstos sean productivos y que los capitales ajenos aumenten la riqueza propia multiplicándose al invertirlos en vías de comunicación y en obras de regadío,— pensando que esos mismos Estados

Unidos emprendieron con el riel y la locomotora la conquista de su propio y desierto país antes de considerarse aptos para otras conquistas; hoy, más que nunca, las Repúblicas al Sur del Bravo deberían pensar en constituir sólo cuatro o seis grandes nacionalidades que a su vez se confederaran, constituyendo una entidad que en pocos años lograra influir dignamente en los destinos de la Humanidad.

La independencia y el florecimiento de la América latina no sólo a la América latina importa: importa de modo extraordinario a muchos pueblos del viejo continente.

Así la Confederación de la América Latina con que tantos soñamos debería aliarse con los pueblos de la Europa occidental, con los pueblos llamados latinos y con Inglaterra: con España y Portugal porque les unen los lazos estrechísimos de la sangre y del idioma, porque le han legado su historia y su carácter; con Francia porque ha bebido en las fuentes de su pensamiento y puede hallar, además, en el ahorro francés generoso propulsor de riqueza y progreso; con Italia por afinidades múltiples y por su contingente de trabajo y de idealidad sin tendencias conquistadoras; y con la opulenta y fuerte Inglaterra interesadísima en que la que fué su Colonia no acabe por desposeerle del inmenso dominio del Canadá.

¿Imagináis lo que pudiera ser la Confederación de la América Latina unida por un puente de intereses y de afectos reales y fortísimos con el Occidente de Europa?

Y quizá entonces llegaría a establecerse una unión más *material;* quizá entonces llegara a realizarse la comunicación euro-afro-americana soñada por el Marqués de Camarasa, defendida por don Manuel Antón en el Ateneo de Madrid y de la que hizo un estudio (aunque parcial y considerado sólo desde el punto de vista estratégico) nuestro ilustre general Marvá,— comunicación que pondría a Pernambuco a poco más de cinco días de Londres, vía *túnel* de la Mancha, París, Madrid, Algeciras, Ceuta, Dakar y el Atlántico, con trenes que anduviesen 100 kilómetros y buques que alcanzasen velocidades de 25 o 30 millas por hora;

entonces Buenos Aires y Montevideo, Río Janeiro y Bahía, acercaríanse prodigiosamente a Cádiz, a Lisboa, Burdeos, a Liverpool y — por las Columnas de Hércules — a Barcelona, a Marsella, a Génova; entonces una vez más podría desencajarse y trasponerse el eje de la civilización, de la riqueza, del poderío, que merced a los canales ístmicos parece posible llegue a fijarse en Nueva York.

Y no creais que ese camino de Londres a Pernambuco sea más difícil para mañana de lo que parecía el canal de Suez a Lord Palmerston y el de Panamá a los desencantados accionistas franceses.

Pensad que la obra de pura imaginación de un novelista alemán, heredero acaso de Jules Verne y de Wells, ha suscitado apasionadas polémicas, siendo muchos los hombres de ciencia que no juzgan absurda en el futuro la construcción de un túnel de más de dos mil millas entre el Cabo Ortegal, en España, y la costa de Labrador, en Norte América; pensad que todas las agencias telegráficas nos han hablado como de la cosa más seria de que el eminente Sr. Archdeacon, en un notable artículo sobre el porvenir de la navegación aérea, afirma acercarse el día en que merced a la fuerza de propulsión del radio pueda el hombre lanzarse al espacio infinito, más allá de los planetas.

Ya sin freno la fantasía, cabe suponer que en los espacios siderales nos encontremos, disfrazado de diosa Themis y fortificando preventivamente los astros, algún estadista yankee, dispuesto a proponer al Congreso del Olimpo varios millones de dólares por el derecho exclusivo de construir canales en la región cerúlea.... Perdonadme esta broma.

Empecé mi discurso sin prejuicios ni apasionamientos, y al desarrollar el tema, apoyándome en los datos de que disponía, llegué a conclusiones condenatorias, pesimistas, irónicas, acaso equivocadas, pero siempre sinceras.

Creo que si al arrollador poderío económico y político de los Estados Unidos no se opone con urgencia un poderío paralelo en la América Latina, peligra la vida independiente de veinte Repúblicas.

Por eso proclamo la necesidad de que los conductores de hombres en los pueblos al Sur del Bravo piensen en agruparse, en unirse, en establecer una estrecha confederación, fundada no en inconsistentes sentimentalismos, sino en la conveniencia; pero tampoco sólo en una conveniencia inmediata, material y grosera, sino en una conveniencia de carácter más alto y universal, a fin de que los grandes grupos humanos no se amalgamen y confundan en una sola masa amorfa y gris, sino que — ascendiendo todas en la escala del progreso indefinido — se mantengan las grandes comunidades de pueblos con matices y caracteres peculiares: las grandes razas.

Y claro es que para mí la idea de raza no responde a la limitada y mezquina, falsa y engañadora de un concepto meramente fisiológico, sino a cierta concepción más vaga y sutil en apariencia, más real en el fondo: a la concepción psicológica.

Más, sin duda, que la sangre que corre por nuestras venas (sangre mil veces mezclada), influye en el íntimo modo de ser de un pueblo la sangre del espíritu, que es el verbo; el lenguaje que vivifica nuestros sentires, turquesa impalpable en que moldeamos nuestro pensamiento, cincel maravilloso con que esculpimos el ideal, ese ideal que vislumbramos en la elevada cima a que un pueblo asciende por peldaños gloriosos, como los épicos arrestos del Cid de la leyenda, la fe y la generosidad de la Reina Católica, las dotes estupendas de capitán y de político de Hernán Cortés, la caballeresca hidalguía de Prim, las nobles intuiciones y las ansias de independencia de Bolívar *el Libertador,* la sublime magnanimidad de Nicolás Bravo que *en venganza* del fusilamiento de su padre perdona y liberta a centenares de prisioneros españoles; ese ideal que constituye nuestra característica, que no debe disminuir nuestra capacidad para las conquistas materiales del progreso, pero que debe matizarlas con

algo ténue y peculiarísimo, algo muy delicado y muy fuerte, muy hondo y muy alto, algo cuya quinta esencia reside en nuestro culto común a un héroe más real y viviente que los héroes perecederos de que nos hablan las historias, un héroe inmortal, de cuya gloriosa estirpe todos queremos ser — y todos somos: *Nuestro Señor Don Quijote....*

He dicho.

GONZALO DE MURGA.

EN HOMENAJE

AL INSIGNE DESCUBRIDOR VASCO NUÑEZ DE BALBOA

GEOGRAFIA FISICA DEL OCEANO PACIFICO

Conferencia pronunciada por el señor licenciado Ezequiel A. Chávez, Dr. H. C. de la U. N. de M., en la sesión solemne que la Sociedad de Geografía y Estadística celebró el 25 de septiembre de 1913, para conmemorar el 4º centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

Como admirablemente dijo el genial geógrafo Bernardo Varenio, hace 264 años, en aquel monumento filosófico que fué su geografía, publicada en el mismo año de su muerte, a los 28 de su edad, rehecha después por Sir Isaac Newton, y elogiada por el Barón de Humboldt, si una sola partícula de agua se pone en movimiento, el Océano entero tiene que responder a ese movimiento, de tal manera que sólo un sistema completo de circulación puede existir en él.

Pero aun más cierta si cabe, que esa gran verdad, es, sin embargo, la que pudiera formularse diciendo que si una alma logra entrever siquiera, y señalar a los hombres un destello, sólo un furtivo relámpago de un conocimiento antes no alcanzado, millares de almas, millones de almas vuelan hacia la luz entrevista, y siguen el rayo de claridad que hiende las tinieblas.

Tal fué la suerte del explorador insigne cuyo recuerdo hoy nos

reúne: viene bruscamente de la obscuridad, como los meteoros: nadie sabe de qué es capaz, cuando en una nao que navega hacia los bordes orientales de Centro América aparece de súbito: llega a la costa en la que recientemente fundadas colonias de blancos se debaten entre los horrores del hambre, del desamparo y del desgobierno; concierta las voluntades; por su espíritu de justicia y su magnánima conducta, torna en amigos a los indígenas antes hostiles; un indio joven, que ha encontrado en su alma una alma hermana, le habla de una mar misteriosa y grande que ningún europeo ha visto; para buscar esa mar, entra a la selva virgen; cruza las montañas; oye dentro de sí mismo, antes de ver las olas que lo atraen, la solemne música de esas mismas olas; llega a una cumbre; ante sus ojos fascinados, se dilata, con su infinita vida azul, el Océano desconocido; entra en el agua que hasta él sube, y que en su seno sorprendida lo recibe; tremola sobre ella la bandera victoriosa de Aragón y de Castilla; venciendo dificultades sin cuento prepara, en seguida, la exploración del mar que ha mostrado a los Europeos; sueña en los prodigiosos caminos de ese mar, de día; sueña en sus encantados senderos, de noche; construye las naves en que ha de surcarlo; las bota al agua; va ya a entrar en ellas, cuando sus enemigos lo llaman a una cita traidora; lo aprehenden; lo decapitan; cinco años apenas después del momento en que aparece en la nao, se hunde otra vez como un meteoro en la sombra eterna, en el misterio infinito.

La raya de luz que en su rápido paso por la historia trazó sin embargo, sobre el muro sombrío y gigantesco de la ignorancia, fué vista por otras almas; fué para otras un derrotero: y siguiendo ese derrotero han ido todas: han ido y siguen yendo: fueron primero sus enemigos, en las mismas naos que él había construído; fueron después los pilotos audaces que el Pacífico recorrieron; los que encontraron y burlaron, en el tiempo de la guerra contra los araucanos, las corrientes y los vientos australes, que forman allá parte del vasto circuito de las olas oceánicas; fué el genial Urdaneta, el ilustre franciscano que, bogando a los 67 años

como piloto con Legaspi, desde Acapulco hasta las Filipinas, tuvo la intuición soberana que lo condujo a buscar la ruta de la América, no retrocediendo directamente hacia ella como tantos lo habían intentado y como tantos habían fracasado, sino por el Norte: fué él quien se dejó llevar por las corrientes y los vientos que hacia el Japón caminan; y que, cuando sintió que se doblaban esos vientos y esas corrientes hacia el Este, se dejó conducir por ellas; obedeciendo astutamente a las fuerzas de la naturaleza entró en el enorme Río Negro, en el Kuro Sivo, que al través del Océano anda, y abordó con el Río Negro las costas de California, y desde allí tornó hacia el Sur hasta Acapulco.

Sin su hazaña, por la que quedó descubierta la vasta circulación del Pacífico del Norte, en un tiempo en que las únicas grandes fuerzas propulsoras al través del Océano eran las inciertas alas de los vientos, la navegación regular del Pacífico se habría retardado centenares de años.

Conocida empero la enorme serpiente líquida que desde Centro América eternamente resbala, bajo el soplo de los vientos hacia las Filipinas, y que al llegar allí se tuerce, frente a las islas asiáticas, tornando desde el Japón otra vez hasta las costas occidentales de Norte América, para navegar de nuevo perennemente la vuelta de las Filipinas, quedaron éstas unidas con la Nueva España, como la Nueva España, al través del Atlántico, estaba unida con la vieja Europa; y la misteriosa civilización asiática empezó a entregar sus secretos, lo mismo que sus tesoros al Mundo, gracias al eterno vaivén de las aguas y de los vientos, cuyo cielo al través de las silenciosas soledades del Océano, había sorprendido la mirada genial de Urdaneta, del más ilustre acaso de cuantos entonces siguieron la estela trazada por Vasco Núñez de Balboa.

Interminablemente después, hombres de todos los países, en seguimiento de los atrevidos mareantes españoles, han descubierto y vuelto a descubrir las islas del Pacífico, han explorado sus litorales, han abierto el camino a audaces colonizadores, y tras ellos han venido al cabo los que no tienen en el mundo más que

un solo afán supremo, el de la ciencia; una sola ansia incontenible, la de ver lo que nadie ha visto, lo que a los ojos de los demás se escapa: desde el incansable viajero Cook, inmensa ave de mar, con las alas desplegadas siempre sobre el Pacífico para ir a todas sus latitudes; desde los atrevidos marinos franceses; desde los rusos que en el Noroeste del Nuevo Mundo descubrieron hace un siglo las colinas de hielo fósil de la costa, recubiertas solamente por una delgada capa de tierra; desde el genio inmortal de Carlos Darwin, que en los bordes occidentales de la América del Sur encontró huellas del mar, en lo alto de montañas que a la mar miran; desde los que recorrieron y estudiaron la superficie toda, hasta los que exploraron el fondo, conducidos por otro vidente, por el genial norteamericano Maury, que se empeñó en penetrar a los abismos escondidos, en llegar a las profundidades que se habían declarado insondables: todos, sin embargo, han seguido en suma el derrotero que la mano de Núñez de Balboa hubo de trazar, en el breve instante en que entró a la historia: ¡todos! Hasta los que fueron ayer, de cara al mediodía, a los confines australes de las aguas que por el mediodía limitan al Pacífico; hasta los que, al través de la alta mesa de la Tierra Antártica, se empeñaron ayer en plantar la bandera de la Gran Bretaña en el corazón del Polo, para traer en seguida las observaciones, las noticias, los datos de aquella tierra misteriosa; las noticias, los datos, las fotografías, las observaciones que los compañeros del sublime Scott vinieron a encontrar al fin bajo su cabeza, helada por la muerte, en el lugar en que el hambre y el frío le quitaron su último aliento, cuando aún sostenía entre sus dedos crispados el lápiz con que escribió las últimas palabras de su postrer mensaje a su patria y al Mundo!

Cuántos héroes, y sabios y mártires de su amor a la ciencia, por los que el conocimiento del Pacífico va haciéndose! Todos, como el inmortal Núñez de Balboa, han hecho brillar su antorcha en lo obscuro, y millares de almas han visto la claridad sibilina; y millares de almas han volado tras ella!

Pero ahora, ¿quiénes son los que mejor han unido todas esas

luces esparcidas, para que nosotros las veamos? son, sin duda, el más completo acaso de los oceanógrafos, Krümel, y el más sagaz de los geógrafos, Suess: en la obra gigantesca de este último, en "La Faz de la Tierra," se entrecruzan, se sueldan, se ligan, se contraponen, para sostenerse mutuamente y mutuamente ayudarse, los innumerables datos, las incontables observaciones hechas al través del planeta entero; y cada región del mismo, contrapuesta a las otras, palpita con una vida nueva en sus inmortales páginas: nada para mí se destaca sin embargo en ellas con fuerza mayor que cuanto al Océano Pacífico se refiere: todo en efecto en el Océano Pacífico es grande: es en el globo que habitamos la unidad geográfica que mejor domina a todas por sus colosales proporciones y por la soberana armonía que en él reina: su extensión primero: mayor que la de todos los continentes y todas las islas de la Tierra: sus bordes en seguida: formados por altos muros, por estupendas cordilleras en las que arden colosales y siniestros volcanes; sus abismos después, los más vertiginosamente profundos que el hombre ha descubierto; las razas en fin, que lo circundan, las que en lo futuro habrán de plantear los más tremendos problemas para la vida de la humanidad.

Analicemos rápidamente: ¿cuál es en sus bordes la forma del Pacífico? Casi cerrado al Norte, se comunica allí no obstante, con el Mar Artico por el estrecho de Behring, apenas de 58 kilómetros de anchura y de solo 51 metros de profundidad, y desde allí se abre y se ahonda hacia el Sur, siguiendo por el Este las costas de la América; por el Oeste las del Asia, las de Insulinda, las de Australia, hasta la Antártica. La doble línea divergente de sus litorales, que desde el Septentrión se separan hacia el mediodía, suscita fácilmente al verla en una carta geográfica, la imagen que trazara el corte, de arriba a abajo, de una irregular e inmensa campana, doblada a trechos, sobre todo en el Suroeste; sujeta arriba por las tierras que allí anudan la América y el Asia, y abierta abajo hácia la región de los hielos, hacia la silenciosa tierra antártica.

Altas y escarpadas en casi toda su extensión las costas del Pacífico, están respaldadas contra muros enormes de cordilleras que al mar descienden sostenidas por estribaciones análogas a peldaños de cíclopes; y una grandiosa semejanza de líneas de contorno, como si todas ellas hubieran sido trazadas por un gigantesco compás, se patentiza en todas partes: vése allí en efecto, desde luego, el arco que forma el borde del Oeste de la América del Sur, con sus disgregados trozos de serranías costeras, abajo, huyendo hacia el Sureste al través de los grupos de islas chilenas; con sus terrazas superpuestas, encima; las cumbres de los Andes, en lo alto; los gigantescos volcanes, en fin, coronados de nieve y vomitando llamas a más de 7,000 metros de altura. De todos pudiera decirse como de uno de ellos dijo el poeta Rafael Obligado al cantar a la América:

"Allá yérguese altivo en su regazo
El viejo audaz de corazón de piedra,
A cuya cima, ni la astuta hiedra
Ha podido trepar, el Chimborazo:
Su frente de granito
Donde el sol de los trópicos chispea,
Por cima de las nubes centellea
Y parece horadar el infinito."

Detrás de esas cordilleras, que la ignorancia imagina como las más viejas del globo, y a las que los geólogos señalan vida más reciente, una tercera fila de sierras se endereza: menos alta casi toda que la precedente, pero tan vieja como las primeras edades del mundo.

Y al Norte de ese primer arco del litoral sud-americano está el segundo: está el arco de montañas que va desde el Septentrión de la América del Sur hasta Guatemala, hasta Chiapas, y que el Barón de Humboldt, lo mismo que Ritter y Suess, ven doblarse hacia el Este, para construir en los dominios del Atlántico el espléndido rosario de las Antillas, y separar en dos unidades distintas las dos Américas.

En ese segundo arco, lo mismo que en el primero, arden también volcanes: no tan altos como los de Sud América, pero implacables, numerosísimos: nacen a nuestra vista, uno tras otro, en surcos abiertos ante el mar, y crecen también ante nosotros: cubren a veces el cielo, semanas enteras, con su mortal aliento de llama y de cenizas.

Luego está el tercer arco: el de la América del Norte: el que va desde Oaxaca hasta Alaská, y en él, lo mismo que en el de la América del Sur, se enderezan abajo trozos de cadenas montañosas de imponente belleza, las serranías costeras, que forman el esqueleto coronado por mesas de la Baja California, y que yerguen en el Oeste de los Estados Unidos sus acantilados, sus cimas, a intervalos coronadas por los torcidos y fuertes cipreses de extrañas formas que enfrente del Monterrey americano semejan contra el cielo gigantescos avestruces negros, a cuyos pies las aguas del Océano se revuelcan y brincan, coronadas de espuma.

Esas serranías, que debían encontrarse en la prolongación austral de nuestra Baja California ¿se hundieron quizás ante nuestras costas, y dejaron sólo como mudos testigos de la catástrofe, las cabezas de las Tres Marías entre el Cabo San Lucas y el Cabo Corrientes? ¿Han desaparecido en el mar fajas de tierra que en otro tiempo existieron a las faldas de nuestra Sierra Madre del Sur? ¿Será posible encontrar bajo las aguas, estructuras paralelas a la bien guardada hoya del puerto de Acapulco, donde en las noches más negras palpitan, como un cielo volcado en el oleoso abismo, y lleno de vivientes constelaciones, prodigiosas miriadas de infusorios?

Las serranías costeras no existen en todo caso allí: se levantan en cambio en el Oeste de los Estados Unidos, maravillosamente rotas por la Puerta de Oro, para formar en medio de la Alta California la espléndida bahía de San Francisco, y se despedazan al Norte, en el Canadá y en Alaska, en innumerables islas, análogas a las islas Chilenas, pero regadas en dirección opuesta, hacia el Noroeste.

Detrás de las serranías costeras se levantan en todo caso también, en un segundo término, como en Sud América, cordilleras más altas y también volcánicas: la Sierra Madre Occidental, en México, las Nevadas y las de las Cascadas, en los Estados Unidos y en el Canadá.

Y lo mismo que en la América del Sur, tras esa segunda cortina de montañas se endereza aún otra enorme muralla: la de la Sierra Madre Oriental, en nuestra República; la de las Montañas Rocosas, al Norte.

En el extremo Septentrión, no obstante, y en Asia y en la Insulinda y en Australia, los bordes del Océano son en apariencia distintos: son en realidad análogos.

También allí están constituídos por serranías detrás de serranías; sólo que entre unas y otras la tierra se ha hundido, como se hundió en las edades geológicas para formar nuestro Golfo de California, de modo que así, entre las sierras continentales y las de las islas que las rodean, se han ahuecado profundos mares interiores, que circuyen del lado del Pacífico enormes guirnaldas de islas, y del lado de los continentes, serranías: a veces paralelas a las de las islas; dibujando a veces una curva opuesta, cuyas puntas tocan a las de los festones que las islas constituyen.

Queda así primero, allá en el Septentrión, el arco abierto hacia el Norte, el de las islas Aleutas, piedras de un vado de gigantes que une la América con el Asia; y detrás de ese arco, y detrás del mar de contornos lenticulares que el mismo arco limita, queda opuesta la curva montañosa abierta hacia el Sur, la de las penínsulas americana y asiática que avanzan la una hacia la otra como si a juntarse fueran, y que se detienen de súbito, cortadas por el estrecho de Behring.

Queda luego al Oeste, en la costa del Asia, el segundo arco, el de las islas asiáticas, formado por cuatro guirnaldas de islas: todas en curvas abiertas hacia el Asia: las Kuriles, continuación de la península de Kamtchatka; las del Japón; las de Riu Kiu; las Filipinas con la enorme de Borneo; y detrás de cada una de

esas guirnaldas, los mares interiores en cuyos bordes continentales "se han podido reconocer, a lo menos en sus grandes trozos, las extremidades de las grandes cadenas del Asia."

Pero lo mismo en el arco de las Aleutas que en el de las islas asiáticas, los volcanes encienden sus grandes antorchas trágicas, y la tierra tiembla: la enorme ballena mítica que al decir de los Japoneses está debajo de sus grandes islas, se sacude golpeando furiosamente el mar en cuyo fondo habita.

El tercer arco de montañas está después: el tercero del Oeste del Pacífico: sostenido afuera por las islas de extrañas formas que desde Borneo y las Célebes, van por las Molucas a la Nueva Guinea; bañado en seguida al Sur de ellas, por los calientes mares del Mediterráneo malayo; reforzado en fin por la segunda cortina de altos montes, los que yerguen sus cumbres y erigen sus volcanes en las largas islas de la Sonda.

Y la cuarta doble curva de montañas del Oeste del Pacífico es la que trazan, contra el grande Océano, las volcánicas islas de la Nueva Caledonia y de la Nueva Zelanda, en arco inmenso que al Oeste se abre, y las que constituyen, adentro, los Alpes Australianos y Tasmanianos, de curva abierta también hacia el oeste, y separada de la anterior por el vasto mar donde alternativamente van al Sur y al Norte las grandes corrientes australianas.

Para hacer aun más extraordinaria la semejanza de los contornos del Grande Océano, hé aquí por último que los descubrimientos hechos al Sur del Pacífico nos muestran la alta mesa desnuda que forma la tierra antártica: más extensa quizás que la Australia entera; y en sus bordes arden también, sobre el sudario infinito de los campos de hielo australes, los dos gigantescos volcanes gemelos que vió Lord Ross: el Erebo y el Terror, que tantas veces han animado con sus rojos incendios y con sus pavorosos rugidos el trágico silencio donde la vida se acaba.

¿Qué queda en medio de este contorno gigantesco, cuyos soberanos lineamientos son más grandiosos que los que pudo soñar la imaginación del inmortal poeta florentino?

¿Qué queda en medio de la triple y curva muralla de estupendas serranías y de flamígeros volcanes?

En medio, bajo el más libre de todos los vientos, que encrespa las olas más vastas de todos los mares, y que empuja en perennes circuitos sus enormes corrientes, de la América a la Australia y al Asia, y de la Australia y el Asia otra vez a la América, queda el mar menos salado de los que existen: con 35 partes apenas de sales por cada mil de agua; el mar en cambio más azul, de un azul que lejos de las tierras es tan sombrío, que pudiera creerse negro con vivientes reflejos metálicos, y que, al enderezarse, atraído por las escarpas de las costas, cuya densidad es siempre más alta que la de las aguas, se quiebra con estruendo coronándose de espuma.

Los exploradores, que han arrojado sondas cada vez más perfectas al Océano Pacífico, sondas semejantes a mandíbulas abiertas, que al llegar al fondo se cierran para morderlo, y que suben a la superficie fragmentos de ese fondo, nos han descrito ya las prodigiosas profundidades: han recogido partes minúsculas de su légamo azul, que lo tapiza desde Acapulco hasta las islas Galápagos y que, con óxidos de hierro contiene numerosos residuos de organismos calcáreos; han extraído partes insignificantes de su légamo verde, que lo cubre al Oeste de California y al Oriente del Japón y de Australia; han estudiado sobre todo su légamo rojo, el légamo de los abismos, que lo alfombra en más de 100 millones de kilómetros cuadrados, y en el que, con glóbulos de hierro meteórico, presenta polvo de óxidos de hierro, dientes de escualos y huesos de ballenas fósiles, pertenecientes a la edad terciaria de la vida del globo.

Los mismos exploradores, que han medido la temperatura de las aguas profundas, y que se han convencido de que a menos de 200 metros ya no las calienta casi el sol, de suerte que allí sólo existen frías ondas, ni las traspasa tampoco la luz del cielo, de modo que allí solo hay aguas sombrías; pero que en cambio tienen en solución, como toda agua de mar, oro y plata, y están animadas, como toda la Tierra, por corrientes magnéticas, han

medido también sus profundidades: han hecho la carta de los fondos submarinos: definen ya el inmenso Océano como una vasta cuenca, la más vasta y la más honda: casi toda a 5,000 metros de profundidad, con solo un gran relieve, el que va de un modo oblicuo desde Guatemala hasta las islas del Oriente, sepultando no obstante a más de tres mil metros: describen esa hondísima cuenca, salpicada por cumbres montañosas que yerguen sobre la azul superficie de las olas, enormes cráteres de volcanes, como gigantescas copas sombrías en cuyo fondo hierven rojas lavas; la describen también levantando hasta la superficie millares de islas de coral, como inmensos anillos que en su interior encierran lagos, ya separados totalmente del mar, ya comunicados abajo, de tal suerte que alternativamente la respiración del mismo mar, la marea, levanta y abate sus aguas.

Describen esas islas, sobre todo las que en parte o en todo son de origen volcánico, como los poetas las han cantado; coronadas de helechos y de palmas, salpicadas de flores, pobladas por extraños pájaros de vistosas plumas. Y hacen ver en fin, a los bordes de la hondísima cuenca sobre la que esas islas han nacido, fosos todavía más hondos: como el que al Sur de las islas Aleutas se hunde a 7,380 metros debajo del nivel del mar, o el que a los pies de las islas japonesas baja a más de 8,500 metros, o el que al Oriente de las Filipinas desciende a 6,400, o el que ciñe a la Nueva Zelanda, escondido a 9,427, o el que se precipita bajo el desierto de Atacama junto a la costa chilena hasta 7,635, o en fin el vertiginoso abismo de Nerón, que junto a las islas Marianas baja a 9,636.

El fondo así del inmenso Océano es doblemente grandioso porque no sólo es en su conjunto el más hondo de todos, sino que rodea sus enormes profundidades con fosos y abismos estupendos, en los que cabrían todas enteras y desaparecerían holgadamente las más altas montañas de la Tierra; y es más maravilloso aún porque exactamente sobre esos abismos se levantan, desde aquellas vertiginosas profundidades, varias de las más altas cordilleras que en el globo existen.

¿Cómo ha podido formarse este mar estupendo? ¿Cómo han podido formarse las enormes montañas que lo rodean? ¿Han emergido del seno de las olas?... Van subiendo, pensó Darwin, al encontrar en las costas occidentales de la América del Sur depósitos de conchas marinas a enorme altura; van subiendo, han pensado también otros geólogos, al descubrir huellas del mar en el Noroeste y el Oeste de la América del Norte, en las guirnaldas de las islas asiáticas y en la Nueva Zelanda. Van subiendo, han pensado en fin nuestros excelentes exploradores de la Baja California, que en los últimos años fueron a estudiarla, y que allí también encontraron inequívocas señales de un estupendo movimiento terráqueo.

Contra todos los que así piensan, el admirable geógrafo, Suess, sostiene, sin embargo, distinta tesis: para él, como para Goethe, como para Swedenborg, como para el soberano poeta de la Divina Comedia que, naturalmente sin referirse al Océano Pacífico, entonces aún no descubierto, leyó, un año antes de su muerte, en la Capilla de Santa Helena, en Verona, el penúltimo domingo de Enero de 1320, su admirable disertación sobre la tierra y agua, la tierra no puede elevarse en espacios tan vastos, tan distantes y tan armónicamente ligados unos con otros: esto sería contrario a su naturaleza, decía Dante: no puede, en todo el inmenso contorno del Océano Pacífico, ir subiendo; esto sería contrario, dice Suess, a las leyes mismas de la pesantez.

Pero si los litorales del Pacífico no van subiendo ¿cómo explicar las huellas del mar, altas, muy altas, en ciertos puntos a centenares de metros sobre las olas?

Es, afirma Suess, que el Océano se hunde: es que de tiempo en tiempo una enorme dovela de las bóvedas del globo terrestre, sobre las que el mar se dilata, baja hacia el centro del Planeta, como se han derrumbado también de tiempo en tiempo partes de la corteza emergida: y cada vez que un hundimiento se produce en cualquier punto del Océano, el agua baja al fondo del abismo; el agua se aleja de sus antiguas orillas; la extensión del mar se reduce.

¿No afirman los geólogos que en otro tiempo el mar cubría la Tierra toda?

Un hundimiento del que es imposible que nos formemos idea apropiada,—tal fué su tremenda magnitud,—hizo que se abismara, desde los albores de la edad mesozoica de los geólogos, hace millones de años, el piso del Océano Pacífico: su honda cuenca quedó así formada desde entonces; desde el período triásico: hundimientos posteriores hicieron probablemente que se formaran las guirnaldas de los mares del Asia; hundimientos más recientes separaron Australia de la Nueva Zelanda y de Tasmania; hundimientos en fin que han pasado en nuestro tiempo han sido tales como la dislocación producida en 1856 en la Nueva Zelanda, al través del estrecho de Cook.

El Océano en consecuencia ha ido ganando en profundidad lo que en área superficial ha perdido, y sobre sus bordes y sobre sus islas las poblaciones humanas se han multiplicado, se han apiñado.

¿Cuál será el destino de esas poblaciones en el futuro, mientras la milenaria transformación del Océano continúa?

Ya ahora uno de esos enjambres humanos, el japonés, en el arco insular del Oeste, parece dispuesto a la conquista; ya otro, el australiano y neo-zelandés. en el arco del Suroeste parece resuelto a adueñarse del mundo oceánico; ya el pululante enjambre anglo-americano, desprendiéndose de California plantó la bandera estrellada en los altos volcanes de las islas Hawaii y fué a tremolarla en las Filipinas; ya en fin los pueblos a los que España dió su cultura han mezclado las viejas razas guerreras de los meshica, de los incas, de los araucanos, con la esforzada raza guerrera de los españoles, y divididos aún por sangrientas y mezquinas contiendas, aspiran no obstante a una unión definitiva.

¿Qué pasará en el porvenir? El teatro de la historia antigua, encerrado en torno del Mediterráneo europeo; el teatro de la historia moderna, dilatado alrededor del Océano Atlántico, se agigantará para la historia futura: será su escenario el inmenso

Mar Pacífico, el de los vertiginosos abismos, el de las costas escarpadas, el de los tremendos volcanes.

Los pueblos que desde sus bravías riberas se ven con sañuda desconfianza y con recíproco celo ¿llegarán a entablar una lucha titánica, junto a la que sean pálidos simulacros las más grandes contiendas de la historia? ¿Se despedazaran unos a otros cuando por el canal de Panamá pasen, vomitando torrentes de humo, las inmensas escuadras portadoras de la muerte, y cuando en el aire vuelen innumerables velívolos, que sobre la tierra y el mar derramen llamas?

¿Tendrán por lo contrario los pueblos del Pacífico la rara cordura de entender que la humanidad entera tiene intereses comunes; que los pueblos como los hombres deben llegar a cooperar todos en obras de concordia; que la fraternidad humana obliga en fin no solo a los individuos, sino también y más que a los individuos a las naciones?

¿Entenderá México el papel que su situación ístmica le señala, para ser el intermediario entre todos los hombres, el luminoso guión de armonía entre todos los pueblos, el campo donde todas las formas de cultura se sublimen, la Suiza en fin del Mundo Nuevo?

El misterio envuelve aún, como envolverá siempre; penetra aún como penetrará todos los tiempos; cubre aún el Universo como lo cubrirá hasta el fin de los siglos, y los orígenes del Pacífico, y los destinos del Pacífico y los problemas últimos del Pacífico están por lo mismo sumergidos en el misterio.

Hoy, sin embargo, al bosquejar esta rápida síntesis de lo que juntos los hombres de todos los pueblos han llegado a hacer en cuanto al Océano Pacífico, desde que el joven hijo de un cacique indio señaló a Vasco Núñez de Balboa la ruta del Grande Océano, quiero concluir con un supremo voto: que a la manera con que los exploradores y los sabios de todos los países han formado una sola hoguera de ciencia con las antorchas de su sabiduría, así los pueblos todos que en el Pacífico habitan o que en torno del Pacífico crecen: los viejos pueblos indígenas, los del Extremo

Oriente, los blancos y los de razas mezcladas, hagan al fin una sola grande obra sinérgica de cultura, una sola labor de recíproco conocimiento, de respeto y amistad recíprocas, de mutua y constante ayuda; que políticamente merezca la más grande de las divisiones de nuestra hidrósfera el nombre que sus descubridores le pusieron, el nombre tantas veces discutido de Océano Pacífico; que sea en fin cierta, en el mundo de la recíproca estimación de los hombres, la gran palabra del geógrafo Verenio; y que así como una gota de agua puesta en movimiento conmueve todo el Océano y produce en él un sistema completo de circulación, una gota del amor que predicaba Cristo a los hombres ponga en conmoción a los habitantes del Planeta, y a todos definitivamente los una para la perpetua realización del progreso.

EZEQUIEL A. CHÁVEZ.

NAVEGANTES Y DESCUBRIDORES ESPAÑOLES DEL MAR PACIFICO

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

Discurso leído por el Sr. D. Telesforo García, Vicepresidente Interino de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en la velada solemne efectuada a iniciativa y bajo los auspicios de dicha Sociedad en los salones del Casino Español de México, la noche del 25 de Septiembre de 1913, para conmemorar el IV centenario del descubrimiento del citado mar.

I

Tócame en esta hermosa fiesta usar de la palabra en un momento difícil: cuando las amplias excursiones por los severos campos del saber han mantenido en tensión vuestro pensamiento y cuando los vuelos por los infinitos mundos del sentir han elevado vuestras almas a las inefables regiones de la emoción dulcísima. La luz sobrado intensa produce alguna fatiga; el continuo resbalar de la belleza sobre nuestro aparato nervioso, convida a cierta suave languidez de la cual no gustamos alejarnos. Y es que los cielos del ensueño, del arrobamiento, son demasiado hermosos, para no ver con pena que la mano imperturbable de la historia o de la crónica llega a rasgar sus velos a efecto de volvernos a una realidad de la cual, vivida ya en grado suficiente,

anhelamos salir, obedeciendo a la ley del eterno mudar. Sabedor de esto, guardo para mejor ocasión el estudio que me prometía presentaros, quizá más propio de una Academia que del acto de homenaje, de veneración, de apoteosis, ofrecido por la más antigua de las sociedades científicas de este país a la memoria de uno de aquellos heroicos descubridores españoles que en los comienzos del siglo XVI conquistaron para su nombre el pasmo de las generaciones futuras.

Llego, pues, como los coéforos de la luminosa Hélade, a depositar mi ofrenda de flores en los altares de los Manes de la raza, piadoso y reverente, porque es su fe, su valor, su confianza, su aspiración a lo grande, a lo glorioso — concordando tiempos y necesidades — lo que ha de engrandecer y eternizar el grupo humano a que pertenecemos. Os ruego que en ese sentido aceptéis bondadosamente mis palabras, ya que por respeto a vuestra fatiga tenga que ser tan parco en la exposición de ideas que, dada la fecundidad del asunto, asaltan necesariamente el cerebro en activa pugna por exteriorizarse.

II

Tocaba a su término el siglo XV. Daba España remate venturoso a su inmensa epopeya de ocho siglos y contemplaba con orgullo mal contenido ondear sobre los muros de Granada el morado pabellón de Castilla. La Patria estaba rehecha. Mejor dicho: la Patria se había constituído. Dos reyes gloriosos, Isabel y Fernando, al enlazar entre sí sus destinos, unían para siempre la gran familia española en una suprema finalidad. Pudimos, por aquellos tiempos, según dice Oliveira Martins, creernos dioses, porque como Dios, gozamos de la omnipotencia. Acaso, también, repitiendo la esmaltada frase de Castelar, tocamos entonces el divino placer de creadores, porque a semejanza del Gran Hacedor, sacamos un mundo de la nada. La ambición, la fuerza y la audacia se condensaban en nuestra atmósfera para afrontar las empresas más estupendas. Los negros y eternos días del mi-

lenario yacían envueltos y soterrados en sus raídos sudarios. A las bajas y tristes arcadas bizantinas que remedaban conciencias oprimidas, se sucedían las airosas catedrales góticas, lampadarios enhiestos, por cuya delicada crestería iba ascendiendo el himno de las almas, en acción de gracias al Altísimo, ante los amplios horizontes abiertos a la vida fecunda y completa como preparatorios de la inmortalidad. Se respetó la ciencia, se amó el arte, se santificó la belleza, moviéronse en campos ilimitados los más halagadores ideales humanos y el día del Renacimiento, preparado por tantos elementos de apoyo y de oposición, fué surgiendo esplendoroso de los senos del tiempo y del espacio. Pero lo que en otros países fué molicie, embriaguez, ansiedad de goce material y egoísta, fué en España voluntad, esfuerzo, ambición, conciencia de poder, estado inquieto por la estrechez del viejo solar, sentimiento íntimo de que el campo de los antiguos combates con la morisma, exigía expansiones acomodadas a la lozana naturaleza del ser que con tanta energía escalaba un nuevo aspecto de su existencia. El soldado no se había desceñido la armadura. Granada era una etapa. Los futuros combates se librarían en mundos desconocidos, después de señorear la política del Viejo Mundo.

En la época a que me estoy refiriendo invadía el Occidente de Europa una intensa fiebre de exploración. Investigaciones científicas, tradiciones más o menos aceptables, fábulas y consejas sobre tierras desconocidas y mundos peregrinos, constituían, más que una preocupación, una obsesión, dueña y señora de la conciencia general. Son tan numerosos los hechos, las crónicas, los nombres, desde los clásicos como Platón, Aristóteles, Séneca, hasta aquellos marinos vascongados emprendedores en la importante pesca del bacalao, antes del siglo XII, según las Ordenanzas Marítimas coetáneas, de San Sebastián y, por ende, probables descubridores de las costas de Terranova, que detenerme en enumerarlos sería abusar de vuestra benevolencia. Baste saber que en las aldeas y en las ciudades, en el litoral y en el interior, en la choza y en el palacio, entre el bracero y el

capitalista, entre el plebeyo y el noble, todos se dejaban dominar por el espíritu de aventura, todos participaban en el presentimiento de que nuevas tierras, nuevas riquezas, nuevos elementos de vida vendrían a mejorar la condición humana y a ofrecer ignotos derroteros a sus ansiedades de bienestar, de poder y de gloria. Arraigaba principalmente en la Península Ibérica tal pasión dominante y las quillas portuguesas que hendían los mares rumbo al Occidente y Sur de Africa; y el establecimiento de los españoles en las Afortunadas; y las otras islas recién descubiertas por el Atlántico hacia donde se mira declinar el sol; determinada la esferoicidad de la tierra; afirmado por Toscanelli el seguro contacto con los riquísimos pueblos de Oriente dirigiendo al Ocaso las proras de las naos; los relatos de Marco Polo y de Benjamín de Tudela en todas las memorias; el brillo del oro y el aroma de las especias en todas las imaginaciones, habían de producir forzosamente un estado de fermentación espiritual, de donde surgiese pujante y concreta la acción, creadora del órgano capaz de traer a la esfera de la realidad lo que la ciencia, las probabilidades, las intuiciones, y hasta los ensueños, mantenían aún en el nebuloso horizonte de los anhelos.

III

Y surgió Colón, y surgió el genio, y América fué, y el hombre pudo ufanarse de poner su planta en todos los puntos habitables del Globo, testigo de nuestras tareas, de nuestra labor incansable, de nuestra evolución siempre bienhechora, a pesar de aparentes detenciones, contratiempos y luchas, quizás necesarios, para que la fortaleza no se hunda en el abandono. Colón, ofreciendo por el mundo su prodigioso proyecto a la gloria y a la codicia de los poderosos; Colón mendigando auxilios; Colón discutido y despreciado, aunque con bastante fe y bastante ciencia para no caer en desalientos; Colón al llegar a España en completa derrota, pudo convencerse pronto de que penetraba en el medio ambiente propio a la vida y robustez de su empresa. Toda-

vía allí habría que luchar, pero se vencería. Generales, políticos, frailes, formaban atmósfera tal que el alma del futuro Almirante salía del diario combate más templada para proseguirlo. En la fragua española se forjó, pues, el héroe. Aquel crisol alimentaba entonces en ebullición constante metal tan bien preparado que, al vaciarlo en el molde surgía perfecta la figura épica que se buscaba. Por eso Colón encontró en reyes, en magnates, en artesanos, en marinos, en frailes, asociados a su pensamiento, compañeros, protectores, cooperadores, admiradores, y hasta fanáticos de sus aventurados propósitos. La gloria del descubridor y la del pueblo que lo comprendiera y lo empujara, resultan, por lo tanto, inseparables.

IV

¿Quién no conoce la historia del descubrimiento tan nutrida de episodios interesantes, tan impregnada de heroísmos, tan saturada de prodigios? Al descubrimiento magno, siguieron en sucesión no interrumpida las exploraciones que lo completaban, y los nombres de Solís, de Córdova, de Grijalva, de los mil capitanes y pilotos que tomaban con firme mano el velo del misterio para alzarlo sin temor a lo que detrás pudiera encontrarse, tuvo ancho margen en que ejercitar su osadía. Sin embargo, el Oriente ansiado, el Oriente del oro, de las especias, de la fábula, de los sueños, no se había tocado. Desde el Bóreas al Austro, gigantesca muralla burlaba todas las ambiciones y detenía todos los empeños. Behaim se había equivocado; Toscanelli se había equivocado; Colón se había equivocado. La tierra aparecía dividida por colosal barrera que incomunicaba entre sí mares y continentes. Navegando rumbo a Occidente, no se arribaría jamás al Oriente ansiado. Pero el obstáculo no era sino un incentivo para aquellos titanes. Monarcas y vasallos, ignorantes y peritos, capitanes y soldados, rivalizaban en anhelos y en actos por encontrar el Estrecho, llamado a coronar el grandioso pro-

pósito de la genial expedición planeada en la Rábida y organizada en Palos. Y en todo caso, detrás del gigantesco espinazo, ¿qué existía? Tocó al varón insigne, cuya gloria celebramos esta noche, despejar ante el mundo asombrado, la incógnita. Surgió inmenso el mar Pacífico avivando el ardiente deseo de hallar, a través de la ciclópea muralla terrestre, una grieta, una hendedura por donde pudieran pasar sus carabelas, si no los incomparables nautas de las expediciones primeras, algunos, no menos gloriosos, que inmediatamente les sucedieron y les heredaron en valor y en audacia. Magallanes y Elcano alcanzan esta fortuna, realizan tal hazaña, ciñendo a la Corona de Castilla el esplendente cintillo que no permitía al sol reclinarse en su Ocaso.

V

En vuelo desconcertado, me veo constreñido a trazar líneas que por su amplitud desdibujan los detalles y contornos que podrían prestarles algún interés en manos menos torpes que las mías. Cierto que el proceso del Descubrimiento y de la Conquista de América, abierto por cualquiera foja, despierta punzante curiosidad, ya nos detengamos con benedictina paciencia en el rico laboratorio del análisis, ya teniendo en cuenta exigencias de tiempo y de oportunidad nos envolvamos, como yo lo estoy haciendo ahora, en el torbellino de la síntesis.

VI

La Historia ha guardado sus preferencias para el examen del Descubrimiento y de la Conquista. En la adaptación de los nuevos países al tipo civilizado, ha puesto atención más descuidada. Y, sin embargo, las aventuras y las guerras no fueron las formas culminantes con que el Nuevo Mundo pudo incorporarse rápidamente al movimiento cultural humano. Con los navegantes y los soldados se mezclaban hombres de ciencia, de administración, de fe religiosa, juristas y teólogos, apóstoles sublimes de caridad

fecunda y verdaderos monstruos de tiranía insoportable. Era un trozo de humanidad con todas sus luces y todas sus manchas, pero fuerte y apto para iniciar desde aquellos comienzos el movimiento que al correr de los siglos dejaría en el espacio la actual constelación de pueblos independientes, inquietos y anhelosos por hallar su puesto entre los más adelantados y los más felices.

VII

Vinieron en pos de Colón, a manera de guías y maestros, españoles idóneos en las más delicadas disciplinas sociales: geógrafos y astrónomos; naturalistas y agricultores; artesanos e industriales; humanistas y matemáticos, cuanto servía en la Metrópoli al progreso, y acaso de lo mejor con que la Metrópoli contaba. Difícil se hace escoger los nombres de los contemporáneos que representando los esfuerzos científicos y pagando tributo a la absorbente preocupación de descubrir tierras, dieron soberano impulso al arte de navegar. Juan de la Cosa, Santa Cruz, Morales, San Martín, Torreño, Esquivel, Chávez y los incontables que enriquecían con sus ilustradas observaciones el caudal de las ciencias astronómicas relacionadas con aquel arte, merecen ser considerados como beneméritos del progreso. Las cartas esféricas, el modo de determinar las longitudes, el magnetismo terrestre, las corrientes del Atlántico y hasta el premio de seis mil ducados de oro ofrecido por el Gobierno, al mejor estudio sobre alguno de estos puntos, ¿no viene a probar cuán grande era el contingente de cultura que los españoles asociaban al propósito de la Conquista en el seno de sus naves y en la luminosa actividad de sus cerebros? Claro es que no puedo olvidar a los frailes. Estos instruyeron, doctrinaron, evangelizaron, moderaron las durezas de la Conquista, consolaron al vencido, enjugaron sus lágrimas; fueron, en fin, los verdaderos representantes de aquella gran Isabel, cuyas obras dejaron perpetua huella en los Anales de la caridad. Excusadme de citas: el catálogo se haría interminable. Desde que se anexó a la Corona de Castilla

el primer pedazo de la tierra indiana, aquellos venerables Monarcas, sus Ministros y sus Consejos pensaron, más que en otras cosas, en la mejor manera de hacer felices a los nuevos vasallos. ¿Y en los provechos? También: que los provechos en este caso y en muchos casos de la vida, son los medios indispensables para que hombres y pueblos puedan cumplir misiones elevadas, impulsados por los más nobles sentimientos altruístas.

VIII

Si intitulase a la época aquella, la época de los prodigios, quizá no pecaría de exagerado. Fué prodigio el Descubrimiento, fué prodigio la Conquista; pero menos deslumbrante, menos ruidoso, más extraño a la preocupación universal, se desarrollaba paralelamente a estos sucesos, un prodigio mayor: cincuenta años después de poner Colón la planta en la Española, todo el Continente Americano, desde el estrecho Magallánico hasta el río Colorado, gozaba de una administración política, jurídica, municipal, tan completa como la de cualquier otro país de los que entonces se reputaban mejor organizados. Esto en cuanto atañe a la vida política, que bien poco habría valido si no la siguiera un progreso económico, capaz de mejorar por modo extraordinario la supuesta existencia paradisiaca de masas de hombres que vagaban desnudos en los bosques, alimentándose penosamente de frutas y raíces. En los climas benignos del Trópico, tal vez la vida fuese posible bajo semejantes condiciones; pero en las altas mesetas o en las regiones apartadas del Ecuador, se explica la miserable condición de los aborígenes faltos de los más elementales medios de sustento y quizá entregados a la práctica de una repugnante antropofagia, más por necesidad que por aviesa inclinación. Para la civilización, es decir para los altos fines humanos, el Descubrimiento y la Conquista habrían fracasado, a no preceder a la organización social en sus múltiples aspectos, un estado económico verdaderamente redentor, como que se encaminaba a conservar y robustecer todo cuanto el

reciente gigantesco esfuerzo había puesto en el torrente de la nueva existencia. Muy útil la autoridad que aplica el derecho y desempeña la policía; muy útil el apóstol que propaga la fe y la moral; muy útil el maestro que enseña las letras, y las ciencias y las artes y el trabajo y todos cuantos caminos conducen y facilitan el buen funcionamiento de la vida; pero ni un solo paso avanzaríamos hacia la conquista del bienestar, si el elemento económico no sirviese de base a las otras manifestaciones de nuestro ser. Por eso sorprende tan justamente, el maravilloso instinto con que España procediera a dotar sin demora, al continente nuevo, de cuantos medios exigiese su mejor desenvolvimiento.

La exuberancia abrumante de la flora, y la salvaje y fiera de la fauna, en las regiones acabadas de incorporar a la corona castellana, lejos de facilitar el proceso regular de una existencia acomodada a las necesidades más elementales, lo entorpecían y dificultaban, poniendo el sobresalto en donde debiera reinar la tranquilidad, y el agotamiento en donde mejores medios, más sanos recursos lo hubiesen evitado.

Cierto que de América fueron a Europa cereales tan importantes como el maíz, tubérculos tan generalizados en la alimentación universal como la patata, frutos tan delicados como el cacao, tan útiles como la quina, tan necesarios como otras muchas mercaderías, sin cuya presencia en los mercados, nos parecería verlos incompletos.

Pero ¿qué significa esto en cambio de lo aportado, desde el primer instante del Descubrimiento, a las costas de América, por todas y cada una de los naves españolas? Es conmovedor el cuidado, el cariño con que Rey, tan ensimismado en los expedientes políticos, como Fernando V, recomendara a veces en instrucciones de su puño y letra, a la Casa de Contratación de Sevilla, que por ningún motivo se olvidase el envío al Nuevo Continente de toda clase de animales domésticos, plantas, semillas, frutas y hasta flores, en cuanto buque despachara con destino a las Colonias que se iban formando. Trigo, cebada, caña, arroz, cen-

teno, garbanzos, olivos, almendros, castañas, nogales, naranjos, perales, ciruelos, membrillos, seda, lino, cáñamo, lo que unido en aplicaciones crecientes al nuevo estado social, había necesariamente de producir una transformación rápida y satisfactoria.

El caballo, el mulo, el asno evitaron, en parte al menos, la degradación del pobre indígena convertido en bestia de carga, espectáculo que aun suele ofrecérsenos, no obstante la atmósfera de cultura que pretendemos respirar.

El buey para tiro y laboreo agrario; la ternera, la oveja, la cabra, para carnes, para lana, para leche, para queso, para constituir nuestra principal alimentación; para ofrecer al hogar una seguridad racional de que el hambre no asomaría a sus puertas la faz descarnada. Y luego los instrumentos que aligeran y multiplican el trabajo; los aparatos físicos, las substancias químicas, los productos industriales, ¿cómo no habían de ejercer una influencia predominante en la rápida incorporación del organismo aquí encontrado, al organismo superior, representado y formado ya conforme al ideal del Conquistador? Y este triunfo tan grande como silencioso, lo obtenía un pueblo de siete a ocho millones de habitantes, tildado de inepto, de apático, capaz únicamente de ceñir los arreos de pelea y de dar tregua temporalmente a la lanza en los campos de batalla, para acariciar contrito el rosario bajo las bóvedas del templo. ¿Se registra en la Historia algún hecho semejante? ¿Puede pensarse, sin pasmo, en la suma de observación, de inteligencia, de energía que tan feliz resultado supone? Pues los infinitos deturpadores de España, ayudados por el celo irreflexivo de un obispo español, poco escrupuloso con la verdad y no muy entendido en cuanto a justicia distributiva, ni en trescientos años han tenido tiempo para reconocer ese mérito al pueblo que sin alardes ha sabido sumarlo al número de sus timbres más preclaros. Y ya es tiempo de consagrar algunas palabras a Vasco Núñez de Balboa, cuya gloriosa memoria nos congrega hoy, para dejar caer sobre su ignorada tumba, las flores ideales de nuestra más pura devoción y para

convertir en leño santo el poste ignominioso en que la envidia ruin y el odio insano de un miserable, revestido de autoridad, le hiciera perecer.

IX

Aunque no sorprendente, resulta curioso que las tres más grandes figuras de la Conquista, hayan venido de la región extremeña: Cortés, Pizarro y Balboa. Tuvo Balboa con el primero muchos puntos de semejanza. Compañero y jefe en más de una ocasión del segundo, no se sabe que ningún lazo estrecho de amistad les uniera. Al contrario, en la prisión y muerte de Balboa en Acla, desempeña Pizarro un papel bien poco airoso. De la colosal figura del conquistador istmeño, nos ha dado el insigne Quintana una semblanza digna de Plutarco. Joven, educado, inteligente, fortísimo, de origen hidalgo, valeroso hasta la temeridad, ducho en el manejo de las armas, ambicioso como Cortés y como Cortés político y prudente; leal a su soberano, pero rebelde a la obediencia de jefes que ponían trabas a sus proyectos elevados; rico en recursos estratégicos y en prestancias personales; solícito y cariñoso con sus camaradas, a los cuales atendía y curaba como si de su propia familia fueran; llegó a obtener entre los pobladores del Darién un ascendiente que lo colocaba en la categoría de jefe indiscutible. No estuvo su vida exenta de lunares ni de pecados. La huída poco honrosa de La Española, las intrigas contra Enciso y, sobre todo, el embarque forzado de Nicuesa, en condiciones que auguraban el fin trágico a que le expuso, no son páginas que merezcan aplauso de ningún espíritu justiciero. ¡Pero con qué nobleza de alma supo redimirse! ¡Con cuánta tenacidad, con cuán singular esfuerzo persiguió su ideal descubridor, en bien y honra de su patria, en bien de la humanidad! ¡Qué empeño tan sostenido en aquistar riquezas y qué desinterés tan equitativo en distribuirlas! En circunstancias parecidas, ¿hubiera habido muchos hombres capaces de mejorar su conducta? Los régulos de la vasta región, fueron pronto convertidos

de enemigos en colaboradores. Careta, Ponce, Comogre, Chiapes, Tunalco, Pocorosa y otros muchos ofrecen a Balboa los medios que demandaba la coronación de sus ambiciones. Un hijo de Comogre afirma con absoluta seguridad la existencia inmediata del mar Pacífico del otro lado de las montañas. Y así llegó el 25 de Septiembre de 1513. Los indios que sirvieron de guías en la penosísima expedición emprendida en requerimiento del ansiado mar, muestran la altura desde donde se descubría. Balboa mandó hacer alto al escuadrón. Quiso escalar solo la montaña. Ya en ella,— dice Quintana — "lleva ansioso la vista al Mediodía, el "mar austral se presenta a sus ojos y sobrecogido de gozo y "maravilla, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar "y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por ha-"berle destinado a aquel insigne descubrimiento." Pedro Mártir comenta el suceso diciendo: "Aníbal en la cima de los Alpes, "enseñando a sus soldados los deliciosos campos de Italia, no "pareció más arrogante que el caudillo español." El más extenso mar de nuestro Globo quedó descubierto; la comunicación con el Atlántico, aunque corta, difícil, establecida, y nuevos, inmensos horizontes abiertos al ingenio, al valor y a la audacia para traer a las generaciones futuras el conocimiento de la tierra que nos tocó en suerte habitar. Sobre la eminencia donde Balboa mandara colocar tosca cruz de madera en acción de gracias al Altísimo, se levantará pronto la estatua colosal de bronce, llamada a perpetuar la gloria del gran descubridor. No por tardío el homenaje resulta menos plausible.

X

Conocida la comunicación terrestre entre los dos Océanos, se despertó con mayor energía el anhelo de encontrar el paso marino que los pusiera en contacto. Intentos y fracasos se sucedieron sin interrupción. El Gobierno Español no se arredró por ello, ni quiso ahorrar esfuerzos, ni economizar gastos. Los nombres de Juan Díaz de Solís, Vicente Yáñez Pinzón, Gil González

Dávila y otros, vienen instintivamente a la memoria. Tampoco faltaron desde entonces propósitos y proyectos, para abrir canales de comunicación entre el puerto de Caballos en la mar del Norte y la bahía de Fonseca en la del Sur; entre Nombre de Dios y Panamá; entre Urabá y San Miguel; entre Coatzacoalcos y Tehuantepec. Hasta el prudente Felipe II encomendó un estudio sobre el caso al ingeniero Bautista Antonelli, quien enumeró los obstáculos insuperables que la ejecución de tal empresa revestía y el pensamiento de tajar alguno de los Istmos, quedó por lo pronto suspendido. No así el paso natural. Las exploraciones siguieron con mayor tenacidad, pereciendo en la demanda piloto tan ilustre como Juan Díaz Solís. Por fin el 20 de Septiembre de 1519, bajo los auspicios del Gobierno, partió de San Lucar de Barrameda la expedición capitaneada por el insigne Fernando Magallanes y después de graves tropiezos y sangrientas peripecias, tuvo la fortuna de descubrir y atravesar el Estrecho que lleva hoy su glorioso nombre y arribar a la región de la Especiería navegando siempre rumbo a Occidente. El sueño de Colón quedaba realizado, si bien en condiciones poco prácticas para el comercio universal. Esto no restó un átomo a la sorpresa, a la admiración que el viaje de Magallanes causara, terminado felizmente por su compañero de glorias y fatigas, Juan Sebastián Elcano. Por primera vez, una nave española, la nave Victoria, había dado la vuelta al mundo. *Primus me circumdedisti,* pudo escribir Elcano en su escudo. Ante tal suceso, un colector de viajes tan apreciado como Juan Bautista Ramusio, exclama radiante de entusiasmo: "El viaje hecho por los españoles en el "espacio de tres años alrededor del mundo, es una de las cosas "más grandes y maravillosas que se han ejecutado en nuestro tiem-"po y aun de las empresas que sabemos de los antiguos, porque "esta excede en gran manera a todas las que hasta ahora co-"nocemos." Mas, eso no obstante, la situación del Estrecho de Magallanes al extremo austral del Nuevo Continente, motivó que la travesía por aquel pasaje se hiciera de tarde en tarde, o quedase punto menos que abandonada. Fué necesario que pi-

ratas ingleses, franceses y holandeses penetrasen por el peligroso portillo, a ejercer su profesión, para que se tomasen medidas encaminadas a destruir y castigar tan infame tráfico.

XI

No voy a detenerme en la expedición de García de Loaisa, salida de La Coruña el 24 de Julio de 1525. Los contratiempos de esa expedición vinieron a confirmar las escasas ventajas que el paso por Magallanes ofrecía al comercio con el Oriente, solicitado con tanta avaricia aun antes de que el Pacífico fuera descubierto. Pensóse entonces, con buen acuerdo, que para evitar los enormes rodeos que suponía la navegación hasta doblar los extremos meridionales de Africa o del Nuevo Mundo, convenía procurarse un derrotero más en consonancia con las necesidades que el tráfico respecto del Asia imponía. Fijóse la atención en Nueva España como base natural para organizar las expediciones apropiadas al objeto. Cortés abarcó rápidamente la idea y no vaciló en armar buques exploradores que se encargasen de la investigación detenida de nuevos lugares de posible comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. En 1522 empezó su obra aunque sin resultado. El mismo embarcó y visitó en California el Golfo que lleva su nombre. En 1526 recibió orden de Carlos V, para mandar a las Molucas las naves que tenía en Zacatula, en requerimiento de las escuadras de Magallanes, Loaisa y Caboto, por cuya suerte se abrigaban temores. Puestas tres carabelas bajo el mando de Alvaro de Saavedra Cerón, llegaron a su destino, pero no pudieron regresar a la Colonia. De Acapulco salió con dos buques en 1532 Diego Hurtado de Mendoza y dirigiéndose hacia Occidente, llegó hasta Culiacán. Fortun Jiménez con una sola nave viajó hacia el Norte y reconoció la Península y el Golfo de California en 1533. En 1537 salió Hernando de Grijalva con dos naves y buena cantidad de gente a socorrer al Perú. En 1539 salieron de Acapulco tres buques bajo la dirección de

Francisco de Ulloa. Reconocieron California al Este y al Sur y entra en escena el insigne virrey D. Antonio de Mendoza. Hernando de Alarcón, Domingo del Castillo, Juan Rodríguez Cabrillo, Bartolomé Ferrelo, llevaron las expediciones al Noroeste hasta el grado 43. Pero todo esto se hacía, por decirlo así, en los ensanches de la Nueva España, que tan importante papel jugaba en cuanto atañía a navegaciones hacia el Noroeste y hacia el Asia. Los nombres de Cortés, de Mendoza, de Velasco, representantes de la autoridad española, surgen espontáneamente para darnos idea de la protección inagotable de aquella autoridad, a toda suerte de descubrimientos. Casi parece ocioso decir que los esfuerzos correspondían a la magna preocupación de encontrar al Noroeste el paso de conexión entre los dos grandes océanos que tantos obstáculos y peligros ofrecía por el extremo Sur. El mismo Consejo de Indias instaba a Carlos V para que ordenase a Cortés en Nueva España, a Alvarado en Guatemala y a Pedrarias en Nicaragua, que organizasen expediciones descubridoras, en solicitud de nuevos estrechos por donde la comunicación pudiera facilitarse. La leyenda y la imaginación venían en apoyo de tales anhelos, manteniendo viva la llama de topar en el espacio con aquello que el espíritu miraba como indiscutible. El apócrifo viaje de Maldonado suponiendo haber salido de Lisboa, tocar la costa de Labrador y entrar por un estrecho a la mar del Sur, no pasó nunca de una pobre invención. Y la expedición atribuída a Juan de Fuça, bajo los auspicios del virrey de Nueva España, que pretendía haber hallado el ansiado estrecho entre los 47° y 48° de latitud, por el cual había cruzado a la mar del Norte, investigaciones posteriores la volvieron a su completa falsedad. No por eso penetró el desaliento en los ánimos. Por tierra y por mar se continuaron las expediciones a California Baja y Alta, sin desistirse de los tradicionales propósitos. El virrey D. Antonio de Mendoza y el Capitán General D. Hernando Cortés se disputaron en alguna ocasión la gloria de avanzar los descubrimientos al Noroeste de Nueva España. Todavía en 1592, bajo la errónea creencia de que las costas de California se pro-

longaban hasta la China o que remataban en el estrecho de Anian, por donde debía encontrarse el paso apetecido, emprendió Gali un viaje, — ordenado por el quinto virrey de México — de Acapulco a Filipinas, de aquí a Macao y de Macao otra vez a Acapulco, habiendo recorrido las costas de California desde los 57½° de latitud hasta el cabo de San Lucas, sin hallar lo que buscaba ni resolver la duda acerca del término de aquel litoral. Por esta época parece que entra en juego un nuevo factor, estimulante de las expediciones a California. Había en primer término necesidad de ofrecer resguardo a la nao de China que forzosamente en su derrotero reconocía aquellas costas, y urgía impedir que extranjeros peligrosos se estableciesen en la tierra, ya que por mar se habían resentido los graves daños de sus recientes piraterías. Penetrando por Magallanes en 1578, el célebre bandido de la mar Francisco Drake, recorrió entre otros litorales el de Nueva España y después de permanecer en California cierto tiempo, regresó a Europa por el Cabo de Buena Esperanza, sin duda para gozar del fruto de sus incontables rapiñas. Inspirado en tan tentador ejemplo, otro héroe inglés, Tomás Cavendish, emprendió en 1586 viaje igual, saqueando e incendiando las costas de Chile y el Perú y apoderándose cerca del Cabo de San Lucas, en Baja California, del Galeón Santa Ana que venía de Filipinas ricamente cargado. Tales sucesos, era natural que avivasen el empeño del Gobierno Español de poner el pie firme en aquel lejano territorio, con tanta más razón cuanto que el comercio de las Colonias americanas con Asia empezaba a alcanzar bastante importancia.

Desde 1596 el virrey D. Luis de Velasco ordenó que saliese de Manila la nao San Agustín, para reconocer el puerto de San Francisco. Se supo que la nave llegó a su destino, pero no quedaron noticias de su paradero final.

En 1596 salió de Acapulco Sebastián Vizcaíno con tres naves a reconocer y poblar California, pero después de penosas vicisitudes, la expedición fracasó. Los viajes marítimos por las costas de Nueva España al Norte, durante el siglo XVI, dieron fin

con esto, trayendo el beneficio de conocer un muy extenso litoral, ignorado hasta entonces.

El siglo XVII no dió muestras de menor actividad en los descubrimientos de California y en el empeño de poblarla. Bajo el mando del mismo Sebastián Vizcaíno se organizó en 1602 una expedición que visitó los puertos de San Francisco, San Diego y Monterrey: este viaje fué de escaso fruto. Después se presentan otros navegantes que más que en descubrimientos científicos se ocuparon en el rescatamiento de perlas que tanto abundan en aquella región. Los nombres de Iturbi, Ortega, Carbonelli, Cestin de Cañas, González Barriga, Casanate, Piñadero, Lucenilla, Otondo, Itamarra, no resultaron dignos de mención.

Corresponde al siglo XVIII un movimiento mejor dirigido en el sentido indicado. Los tenientes de navío D. Ignacio Arteaga y D. Juan de la Bodega y Cuadra, se encargaron de nuevas exploraciones, navegando hasta los 61° de altura y reconociendo ensenadas, islas, canales, costas y puertos y tomando posesión de aquellos lugares apropiados al futuro dominio del territorio. Ya entonces, — 1779 — se sabía que al Norte de California existían ciertos establecimientos rusos de reciente formación. D. Esteban José Martínez y D. Gonzalo Gabriel López de Haro fueron los encargados de cerciorarse y de informar sobre tal suceso. En efecto, los rusos mantenían desde veinte años atrás algunos establecimientos sobre el territorio de Onalaska, con 500 habitantes. Más tarde, en 1789, el virrey Conde de Revillagigedo ordenó el alistamiento de nueva expedición que reocupase y colonizase la bahía de Nutka, codiciada por rusos e ingleses. Don Francisco Eliza, D. Salvador Fidalgo y D. Manuel Quimper cumplieron a satisfacción tal deseo, en perfecta inteligencia con los rusos.

El viaje de Malaspina alrededor del mundo, emprendido desde Cádiz en 1789 y poco menos conocido que los de Cook, Laperouse y Vancouver, no exige de mi parte examen minucioso. Basta con citarlo. Al nombre de Malaspina deben agregarse los de Valdés, Galiano, Espinosa, Maurelle, Cevallos y otros pilotos y

oficiales cuyos estudios y trabajos constituyeron valiosos elementos de éxito en aquella célebre expedición. Los de D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, ocupan un primer lugar en los anales de la ciencia, al lado de Condamine.

En 1793 los viajes de altura al Noreste y las exploraciones consiguientes, parecían agotados. El previsor virrey Revillagigedo debió estimarlo así cuando determinó suspenderlos y dedicarse a consolidar y organizar lo conquistado por mar y tierra.

Es cierto que hacia fines del siglo XVII tanto en California como en Nuevo México, se había logrado la rudimentaria colonización de las Misiones. Los padres Kino, Salvatierra y otros evangelizadores de igual fe y poderosa energía, alumbraron aquellos amplios desiertos con la luz de la civilización, mientras los elementos civiles y militares iniciaban el reconocimiento de costas, ensenadas y puertos al tráfico universal.

La fábula se había desvanecido. Las *Siete Ciudades* prometidas por Fray Marcos de Niza, quedaron reducidas a la inconsistencia de un sueño. La poderosa *Ciudad de Quivira* se evaporó al impulso irresistible de la realidad. El *Estrecho* por tantas leyendas descrito, que comunicara el Pacífico con los mares Boreales, siguió manteniéndose en el espacio vacío de la fantasía. Permítaseme, sin embargo, pensar hoy, con honda satisfacción, que las imaginaciones desbordadas de los siglos XVI, XVII y XVIII en sus más ambiciosos vuelos, no alcanzaron a presagiar la pasmosa grandeza con que ahora puede ostentarse ante el mundo, la inmensa y salvaje California de los modestos pilotos y de los humildes frailes españoles.

Retrocedamos al siglo XVI. Quizá los empeños de buscar el Paso deseado por el extremo Norte, descuidó un poco la comunicación entre Nueva España y el Asia. Aun más que esto, los fracasos de todo intento de regreso, contrariados los buques por los vientos y detenidos por las corrientes, constituían barrera insuperable al desenvolvimiento y utilidad del Cambio entre el Asia y América. Hasta 1542 no se reanudó seriamente esta interesante travesía. Fué el ilustre virrey D. Antonio de Mendoza

quien en 1542 puso una flota bajo el mando de Ruy López de Villalobos, la cual, partiendo del puerto de Navidad, enderezó su rumbo al Poniente en solicitud de las islas por Magallanes y compañeros descubiertas. Logró el objeto de ida, pero las veces que intentara la vuelta se vió forzado a retroceder. Diez y siete años más tarde Felipe II ordenó al virrey D. Luis de Velasco, que bajo las órdenes de fray Andrés de Urdaneta equipase una flota destinada a las Molucas. Urdaneta no aceptó el gobierno de la expedición, sino que se puso al servicio de la misma, zarpando del puerto de Navidad el 21 de Noviembre de 1564 al mando del adelantado Miguel López de Legazpi. Era el buen fraile un verdadero *lobo de mar*. Navegó muchos años en el Sur y acompañó a Loaisa a las Molucas en 1525. Unido a Saavedra en 1527, quiso volver a Nueva España un año más tarde, sin lograr en aquella coyuntura su ansiado objeto. Dió la vuelta al mundo en 1536, retornando a España por el Cabo de Buena Esperanza. Volvió a México en 1542, tomó aquí el hábito de San Agustín y ya anciano, emprendió con Legazpi el viaje que había de dejar trazado para siempre el derrotero de ida y vuelta a las islas de la Oceanía. El 1.º de Julio de 1565 en buque puesto a su disposición en Zebú por Legazpi, mandado por Felipe de Salcedo, emprendió Urdaneta el retorno a la Nueva España y arribó a Acapulco el 3 de Octubre del mismo año. De esta manera, por la inteligencia y el esfuerzo del Padre Urdaneta y por haber sabido determinar en las Cartas respectivas la dirección de los vientos propicios, que Juan Fernández hubiera antes indicado, para la navegación del Pacífico, quedó abierto, primero para España y después para la humanidad, un camino que mientras la aplicación del vapor no se descubriera, habría forzosamente de utilizarse por cuantos quisieran fomentar el cambio entre la América del Pacífico y el Asia del extremo Oriente. A tan importante conquista va unido con gloria imperecedera el nombre de Urdaneta.

XII

Intencionalmente me he detenido en el examen de los trabajos de navegación emprendidos desde la Nueva España durante trescientos años, porque fueron, sin duda, los que revistieron mayor importancia universal. Me refiero al Pacífico. No por eso quiero decir que en el otro gran virreinato español, situado hacia el extremo austral de América, la ociosidad hubiera encontrado acomodo. Bajo los auspicios del Perú, Ladrillero y Sarmiento levantaron los planos que por muchos años sirvieron para atravesar el Estrecho de Magallanes. Mendaña descubrió las Marquesas y las islas de Salomón. Quirós exploró las Nuevas Hébridas. Y el Dr. Corney habla de las expediciones organizadas en Lima a las islas de la Pascua y Tahiti, antes que las visitase el Capitán Cook. Pero como mi punto de vista es muy concreto, no quiero ponerlo fuera de sus límites.

XIII

Del relato que he venido haciendo se desprenden reflexiones que bien pudieran encaminarse a considerar cómo la moral y la justicia han sufrido a través de la historia, largos y penosos eclipses colectivos. Hoy mismo, al recorrer arrogantes y victoriosos muchos pueblos el camino de la grandeza, se olvidan de los heroicos peones que les abrieron la brecha. No podremos corregirlo, pero será bueno apuntarlo.

Mediante esfuerzos colosales, España descubrió, organizó, civilizó, gastó sus energías hasta acercarse al agotamiento, mientras otros pueblos atentos a sus particulares intereses, se encerraban en un egoísmo criminal muchas veces, perturbador de la armonía internacional siempre. El papel más repugnante que tales pueblos se adjudicaron, fué el de repartirse por turno, o simultáneamente, la tarea de calumniar, de vilipendiar a la nación que había cometido el grave pecado de regalar a la humanidad

un mundo. Y en tres largas centurias, sólo cuando algún hombre extraordinario como Humboldt, proyectaba sobre los anales la luminosa antorcha de su juicio, podía verse algo más que las manchas buscadas afanosamente por la estrechez y ruindad del criterio unilateral.

Si en este género de luchas y de rivalidades por las riquezas y por el dominio, pudiera sorprendernos algún fenómeno, de cierto que nos sorprendería la protección y los honores que Gobiernos aparentemente celosos de su moralidad, otorgaban a los bandidos de la mar, los más desalmados, quizá, de cuantos criminales alteraron el orden social desde el siglo XVI al XVIII inclusive. Ingleses, franceses y holandeses, no recataban apoyo y simpatías a sus respectivos piratas, dedicados en las costas americanas al saqueo, al incendio, al asesinato, a la violación; a dar suelta a todas las plagas, a todas las furias, a la embriaguez de todos los crímenes sobre pueblos inocentes. Inglaterra, la púdica y moralizadora Inglaterra, dió en este punto algunos ejemplos, que presumo borrarían de buen grado sus mejores hijos, de las páginas en que están consignados. De uno de ellos, acaso de los más elocuentes, daré aquí noticia, tomándolo de los estudios del insigne geógrafo mexicano D. Manuel Orozco y Berra. Dice así: "El 4 de Abril de 1581, la Reina Isabel comió a "bordo con el almirante Drake, — el más famoso de todos los "piratas — en Deptford; después de la comida le confirió solem- "nemente el título de Caballero, diciéndole que sus grandes ac- "ciones le honraban más que aquel título. El navío de Drake se "conservó por mucho tiempo, a semejanza del de Sebastián "Elcano en Sevilla y cuando se destruyó, se mandó construir "de sus reliquias un sitial que todavía existe en Oxford y se "enseña como objeto de curiosidad. En 1588 llegó Drake a las "altas funciones de gran almirante de Inglaterra."

Los comentarios salen holgando. España calumniada, vilipendiada durante tantos siglos, trabajaba buena y noblemente por extender la justicia y el bienestar en sus colonias, hasta donde lo permitían los tiempos y el espíritu de orden y progreso lo

iba exigiendo. Y mientras tanto, las hordas feroces de bandoleros que acabo de mencionar, procuraban apoderarse de las riquezas que honrada y pacíficamente los habitantes de nuestra América habían acumulado. Y ¡contraste sorprendente! los ladrones recibían de sus respectivos Gobiernos — representantes de la civilización — las más elevadas distinciones, en tanto que el pueblo expoliado, recogía las censuras más amargas de los mismos que le dañaban. ¡Ah! si alguna vez la historia llega a ser imparcial, con cuánta dureza tratará a quienes proclamando la justicia entre los suyos, la olvidan y escarnecen cuando se trata de los extraños.

XIV

Y termino. La era de los descubrimientos no ha concluído, no concluirá jamás. En el mismo orden geográfico todavía estamos corriendo en pos de la situación de los Polos. Apenas comenzamos a levantar una punta del velo que cubre el hondo misterio de la naturaleza. ¡El macrocosmos! ¡El microcosmos! Arriba y abajo y en todas partes lo ilimitado, lo insondable. ¿Y en el mundo espiritual? ¿Quién será capaz de encontrar límites a investigaciones que forzosamente han de anegarse en lo inconmensurable del tiempo y del espacio? Pero ¡descubrir! Tal es y tal será la eterna misión humana. ¿Pertenecemos a la raza de los descubridores? Ciertamente. El caso es conocer qué nuevo campo nos tocará explorar. Puede encontrarse heroísmo entre los que ayer se lanzaron a lo ignoto en el pavoroso Océano, como en los que hoy afrontan el peligro de elevarse a las nubes, para ofrecer, quizá, al movimiento universal nuevos y más fáciles caminos. Y hay heroísmo conmovedor, sublime, en esa masa de hombres que, rodeados de todos los halagos de la fortuna, se entregan estoicamente a la muerte por salvar a la mujer y al niño, como aconteció en la catástrofe del "Titanic." ¿No es verdad que ante el descubrimiento de esta encantada isla de amor, se impone el

anhelo de seguir explorando en los mares ilimitados de la humanidad? La abnegación como conducta y el heroísmo como fuerza, parecen componer las dos hermosas carabelas en que debemos embarcarnos, para tocar algún día los mundos desconocidos de una más cumplida perfección.

TELESFORO GARCIA.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

1513-1913

POR SIR CLEMENTS R. MARKHAM, K. C. B., F. R. S.[1]

Estudio presentado a la Real Sociedad Geográfica de Londres y traducido especialmente para la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, por el señor ingeniero D. Manuel Bonilla.

En varias ocasiones hemos conmemorado los recuerdos de famosos geógrafos y descubridores de pasadas edades; de Pytheas, el descubridor de nuestra isla; de Colón; del Príncipe Enrique el Navegante y de Vasco de Gama; de los Cabotos; de nuestros navegantes Isabelinos en general y de Franklin y sus compañeros desaparecidos. Tales conmemoraciones han tenido por objeto levantar y mantener el interés por la Geografía Histórica, que es una parte esencial de nuestra Ciencia, y creo que el propósito se ha realizado.

Deseo ahora llamar la atención de la asamblea hacia un grande y muy importante descubrimiento, el del Océano Pacífico, y a sus resultados. Su descubridor fué uno de los mejores conquistadores españoles, uno que venció con los más plausibles métodos, las

---

1 Este trabajo y el del Sr. D. Román Rodríguez Peña, que va a continuación, se publican en este boletín por haber sido preparados especialmente con motivo del centenario.—**Isidro Rojas,** Director del Boletín.

mayores dificultades, cuya vida fué tan romántica como su muerte triste y deplorable.

Este aniversario será en septiembre próximo, pero como entonces se habrán suspendido nuestras sesiones, lo celebramos ahora: —en el aniversario de la época de la preparación. Nuestro héroe de esta noche es Vasco Núñez de Balboa; su hazaña, el descubrimiento del Océano Pacífico hace 400 años. Es imposible que hombre alguno, realizador de grandezas, haya comenzado bajo condiciones más deprimentes y en apariencia más sin esperanza.

Dos grandes expediciones habían sido enviadas de España y Santo Domingo para colonizar las costas de Cartagena a Veragua. Ambas fueron mal conducidas, sus jefes muertos, los supervivientes diseminados a lo largo de la costa, muriendo de fiebre y de hambre. Sus restos miserables, del Golfo de Darién regresaron en un barco destartalado y haciendo agua, pero fueron devueltos. El problema consistía en convertir esta hampa desastrada en una colonia laboriosa sin ayuda extraña. Pocos serían quienes lo intentasen; mucho menos los que podrían triunfar. ¿Y quién fué el designado? Un fugitivo sin dinero, sin autoridad, sin nombramiento oficial de ninguna clase, un intruso en el buque de Enciso, furtivamente embarcado en un tonel para escapar de sus acreedores. Así es como se habla de Vasco Núñez de Balboa por primera vez.

El nombre de Enciso me lleva a pedir a la Asamblea que me siga en una breve digresión. Deberíamos conservar el recuerdo de los geógrafos *per se* de los tiempos antiguos. Martín Fernández de Enciso conocía toda la Geografía de su época. Era agrimensor y cartógrafo. Era un buen observador. Su latitud del Cabo de la Vela es absolutamente correcta. Tan buen fisiógrafo era que pudo describir lo que vió, con detalle y precisión. Su "Suma de Geografía," que contiene 80 fojas (Sevilla, 1519), es rarísima; hace poco se vendió un ejemplar en £ 80. Podemos venerar la memoria de este geógrafo *per se,* aunque impelidos de otorgarnos este título.

Volvamos a nuestro héroe. Enciso lo desembarcó entre el abandonado pueblo del Fuerte en el Golfo de Darién y se hizo a la vela. Fué reconocido desde luego como un jefe natural. Tenía influencia magnética sobre los hombres, que se sentían atraídos a confiar en él. Aun el feroz Francisco Pizarro, que era mayor y estaba entonces al cargo, se convirtió en seguida en subalterno suyo. El primer cuidado de Vasco Núñez consistió en reunir los restos diseminados de las anteriores expediciones, algunos del Fuerte de Uruba y otros refugiados a lo largo de la costa, viviendo entre los indígenas. Era una empresa difícil; pero gracias a la energía del individuo, se llevó a cabo. Alimentó al hambriento, curó al enfermo, repartió tierras y ayudó a construir chozas para los capaces, y las cosas empezaron a mejorar. Pero la gran dificultad consistía en la provisión de alimentos.

Para esto eran obstáculo principal la conducta torcida de sus predecesores, que habían robado y tratado cruelmente a los nativos. Vasco Núñez tenía que ganar su confianza y contrarrestar la suspicacia ocasionada por las crueldades de Ojeda y otros que le habían precedido. Tuvo éxito con los indígenas como lo había tenido con sus compatriotas. Sus intentos conciliadores apaciguaron las tribus bélicas que ardían bajo el sentimiento de crueles injurias no vengadas. Quedaba todavía el aventurar en busca de lejanas provisiones. Frecuentemente tenía que atravesar con sus hombres millas de pantanos bajo un sol quemante, desnudos y con sus ropas en los escudos sobre sus cabezas, antes de llegar a los campos cultivados e inducir a los nativos a llevar sus productos al mercado español. Con el tiempo, no obstante, esta sabia política suya, su energía y su paciencia, vencieron todos los obstáculos, los mercados estuvieron plenos en la vecindad de su Fuerte, y se estableció la confianza en la justicia e integridad del gran jefe.

Se llegó entonces la necesidad de que Vasco Núñez pretendiera el socorro que sus éxitos le daban derecho a esperar. Tenía a su mando una raquítica embarcación y la envió a Santo Domingo con la demanda urgente de auxilio y reconocimiento. El

Almirante, hijo de Colón, respondió a las dos solicitudes. Se le despacharon dos barcos con provisiones y Vasco Núñez recibió de la Audiencia de Santo Domingo el nombramiento de Alcalde Mayor, o Primer Magistrado de la Colonia que había constituído.

Vasco Núñez dedicó entonces su atención a los descubrimientos de la región ístmica, a reunir noticias acerca de los criaderos de oro y de otros recursos del país. Se hizo amigo íntimo de los jefes nativos, los de Coiba, Pomogre y Pocorosa y estableció con ellos las relaciones más cordiales. Se conserva en la colección de Navarrete una larga y detallada relación de Vasco Núñez de Balboa al Emperador Carlos V, en la que describe todos sus procedimientos.

Fué en aquellos días, mientras visitaba y reunía informes de los amigables jefes de Darién, cuando supo Vasco Núñez, por el hijo de uno de los jefes, la estupenda noticia de que al otro lado de las montañas existía un Océano vasto y sin límites. Entonces, con unos cuantos compañeros y guiado por sus amigos del lugar, forzó su paso a través de la densa floresta, y escaló las alturas hasta que la amplitud del Océano brilló ante sus atónitas miradas. El poeta Keats evoca un sentimiento parecido a aquel.

> "Cuando Núñez midió con su mirada
> El Pacífico mar bajo sus pies,
> Y sus hombres se vieron, sorprendidos,
> Silenciosos, en lo alto del Darién."

Hay momentos en los cuales la palabra es del todo incapaz para expresar las ideas, y aquel fué uno de ellos. Estaban "silenciosos, sobre un picacho del Darién."

La leyenda refiere que Vasco Núñez de Balboa descendió por las vertientes occidentales y penetró en el mar, ondeando las banderas de Castilla y Aragón sobre su cabeza. Así puede haber sido.

Es cierto que dedicó los pocos años que le restaron de vida a la

construcción de embarcaciones con objeto de navegar en el Océano por él descubierto.

El nombre de Océano Pacífico se debe al hijo del cacique de Comogre que dió informes a Vasco Núñez sobre su existencia, pues le dijo que el otro grande Océano estaba siempre quieto y jamás bravo como el mar Caribe.

Yo veo el descubrimiento del Océano Pacífico como la mayor hazaña que se llevó a cabo en aquella época de osadías, porque fué debida tanto a la política humanitaria como al valor y la resolución del descubridor, tanto a sus dotes de estadista como a sus cualidades de jefe.

Desde entonces hasta su muerte, el propósito de la vida del descubridor fué navegar en este Océano Pacífico. Suplicó al Emperador que le permitiese completar la empresa que tan bien había comenzado. La respuesta consistió en el envío de un buscador de oro, sin principios, de carácter violento e incompetente, pero influyente en la Corte, para que lo invalidase con una gran cantidad de tropas. Pedrarias llevaba consigo un obispo que era un buen hombre, pero llevó también una turba de aventureros de la peor ralea. Fué a fines de julio de 1514 cuando Pedrarias con sus hombres llegó a Santa María de Uraba, y como rasgo característico de Vasco Núñez, se cita que fué encontrado en mangas de camisa ayudando a un colono a remendar su casa.

Debido a la intervención del buen Obispo Quevedo, se permitió al fin a Vasco Núñez que se ocupara en botar embarcaciones en el Pacífico. Había ya visto su sabia política trastornada, los nativos amigos convertidos en adversarios, y escribió al Emperador una carta llena de desesperación. Le quedaba la construcción de los barcos en las playas del Pacífico, para salir a hacer nuevos descubrimientos.

Vasco Núñez dió los primeros pasos enviando a Francisco Garavita a Cuba, para traer los materiales de construcción de los buques o bergantines como se les llamaba. Se formó un puerto en un lugar llamado Acla, para descargar allí los materiales y de allí debía construirse un camino a través de las montañas al

otro lado del Istmo. La madera se cortó y arregló en Acla, donde se habían desembarcado los herrajes, las jarcias y el resto de los enseres de los buques.

Fué empresa hercúlea conducir todo esto a través de los densos bosques y sobre las montañas. El jefe Careta, suegro de Vasco Núñez, proporcionó los conductores. Sufrieron mucho por falta de provisiones; pero Vasco Núñez era el hombre para las dificultades y fué bien secundado por subalternos de su elección. Finalmente, los materiales fueron conducidos a las playas del Golfo de San Miguel. Se emprendió entonces la construcción de los barcos; pero todavía faltaban contrariedades. Una marea excepcional vino a arrastrar una parte de la tablazón, sepultando otra en el lodo y los trabajadores hubieron de salvarse trepando a los árboles. Se azueleó nueva madera en el mismo sitio, debiéndose a las grandes y raras cualidades de Vasco Núñez, a su influencia magnética sobre los hombres, lo mismo que a su asidua atención a los detalles, el que los buques se completaron al fin y fueron botados. Tenía cuatro buques y 300 hombres listos para navegar en el Mar del Sur.

Un astrólogo veneciano había dicho una vez a Vasco Núñez que cuando viese cierta estrella, que le nombró, en determinada parte del cielo, su vida estaría en peligro. Una tarde, después de que los barcos estuvieron listos para navegar, vió la estrella fatal en el cuadrante indicado por el astrólogo. Se rió de la predicción porque ¿no estaba él en camino de hacer fortuna? Al día siguiente recibió un mensaje urgente de Pedrarias, pidiéndole que fuese inmediatamente a Acla pues su consejo era necesario en asunto de importancia. Completamente ajeno de toda traición, Vasco Núñez salió desde luego obedeciendo al llamado. Precisamente junto al cantón de Acla fué arrestado y atado por su antiguo amigo y subalterno Francisco Pizarro. El gran descubridor exclamó: ¿Qué es esto Francisco? ¡No era de que vinieses a recibirme de este modo!

No nos extenderemos en los detalles del asesinato. No fué siquiera un asesinato judicial, pues el Juez Espinosa protestó.

Tuvo lugar en 1517, cuando Vasco Núñez contaba su 42.º año de edad.

La muerte de Vasco Núñez fué una de las mayores calamidades para los nativos. Había formado su flotilla en el Golfo de San Miguel y estaba para darse a la vela en el Océano desconocido que él había descubierto. Pudo así haber descubierto el gran Imperio de los Incas, y la conquista del Perú habría sido una historia diferente de la que hoy está entretejida con el nombre del falso amigo de Vasco Núñez, el desalmado Francisco Pizarro. Porque Vasco Núñez era un hombre nacido para gobernar a sus semejantes. Tenía el verdadero genio del estadista y del guerrero; era tan humano y juicioso como firme en sus propósitos y de energía indomable. Y este tan grande hombre estaba destinado a perecer bajo el celo ruin de un rufián incapaz, a quien daba el poder la influencia cortesana!

Pedrarias empleó los buques de Vasco Núñez en recorrer la costa hasta una bahía donde fundó la ciudad de Panamá en 1519. Los mismos barcos sirvieron después para el descubrimiento de las costas de Burica y Nicaragua.

Y ahora cuánto, o mejor, cuán poco, sabemos nosotros de este famoso Istmo de Darién, cuán poco, a pesar de que ingenieros franceses y americanos han estado llamando la atención del mundo hacia sus trabajos por un largo curso de años.

Vasco Núñez de Balboa hizo los descubrimientos y el diligente Pascual de Andogoya la descripción de ellos. Wafer vivió algún tiempo entre los indígenas y escribió un interesante relato sobre el particular.[1] Mi viejo colega Laurence Oliphant, nos habló del río Bayanos, en la parte más estrecha del Istmo.[2] Elliot Warburton escribió un relato encantador sobre la desgraciada colonia Escocesa. Pero no conozcó ninguna descripción geográfica satisfactoria y completa, ya sea de la cuenca del Bayanos o de la del

1 "Viajes de Dampier" 3, pág. 344 (ed. 1729).
2 En 1865.

Chacunague. Hay todavía mucho que hacer y que aprender, para los geógrafos, en este Istmo de Darién.

Nunca se dijeron palabras más ciertas y necesarias que cuando nuestro Presidente recordó enfáticamente a la Sociedad que no podría haber mayor error que suponer terminados los trabajos de exploración, y cuando expresó su convicción de que hay todavía bastante trabajo para viajeros y exploradores en los próximos cien años. [1]

Ahora consideremos los resultados del descubrimiento hecho por el héroe asesinado. Veremos cómo las dificultades de la Navegación del Océano Pacífico fueron vencidas por hombres cuyos servicios eran de secundaria importancia comparados con los del descubridor; veremos cómo la navegación fué retrasada; cómo por ese retraso la comunicación se aplazó y el tráfico del comercio se hizo casi imposible en varias de las principales rutas del Pacífico y cómo al fin se resolvieron los problemas por hombres dotados con una parte del genio de Vasco Núñez de Balboa.

Veamos primero la costa occidental de Sud-América. Es bien sabido bajo qué penosos avances, el piloto de Pizarro, Bartolomé Ruiz, llevó al despiadado invasor a lo largo de la costa. Cómo, en la Isla del Gallo, sólo dieciséis hombres pudo conseguir que lo acompañasen y continuar la empresa, debido al hambre y a las dificultades. Pero cuando hubo de seguir el viaje de Callao a Chile se hizo todavía más difícil y tedioso. Había un viento constante del Sur y una corriente antártica, la llamada corriente de Humboldt. Era más fácil ir por tierra de Perú a Chile por el vasto desierto de Atacama, que por mar.

Juan Bautista de Pastena, un piloto genovés, era considerado como uno de los mejores marinos de la Costa y sin embargo, en 1547 cuando fué enviado a Chile a llevar las noticias de la rebelión de Gonzalo Pizarro a Pedro de Valdivia, empleó ocho meses en el viaje, fondeando noche a noche.

---

1 Enero 15, 1912. Journal de la R.G.S. Vol. 39, núm. 3, pág. 218.

Diez años después, cuando los españoles estaban acosados por los indios Araucanos en Chile y con grave necesidad de refuerzos, se repitió el caso. Diez buques salieron del Callao bajo el mando de D. García Hurtado de Mendoza, después Marqués de Cañete y famoso virrey del Perú. Llevaba consigo al poeta Alonso de Ercilla, que cantó la relación del viaje. Lentamente empezaron a moverse los barcos, con flámulas y gallardetes en el tope de cada mástil y en el brazo de cada verga.

El viento hinchó las velas, resonó la artillería y se pasó la punta de San Lorenzo. Entonces varió la historia. Sopla el Austro de frente en sus caras, y ellos barloventean anclando a menos de 30 millas del Callao. Al día siguiente salen de nuevo, sin los pendones, falcones ni falconetes.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma en torno levantaban,
Y a la furia del austro resistiendo
Por fuerza a su pesar tierra ganaban;
Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, a lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con chinca de otro bordo emparejando
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre el Nasco fértil arribando;
Y al esforzado noto resistimos,
La furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.[1]

Y así sucesivamente, anclando cada noche, hasta que después de muchos meses llegaron por fin a Tenco, puerto de su destino en Chile.

---

1 La Araucana. Canto XIII.

El navegante que descubrió el camino del Sur sin todas estas tardanzas, prestó ciertamente un servicio muy grande. Su nombre era Juan Fernández. Entiendo que era nativo de Moguer. Lo primero que se habla de él es que vino de Guatemala con el invasor Alvarado. Fué condenado a muerte por Almagro, pero Pizarro, que apreció su valer como piloto, le otorgó el perdón.

Este hábil marino estudió el punto y formó sus conclusiones. Entiendo que la fecha de su viaje fué en 1563. Salió del Callao a favor de los vientos alisios, navegando hacia el Sur hasta encontrar los del Oeste y entonces navegó con ellos en popa hasta Valparaíso. Efectuó el viaje en veinte días, descubriendo las islas de Masatierra y más afuera en su ruta, conocidas desde entonces como de Juan Fernández y que posteriormente fueron famosas por haber residido allí Alejandro Selkisk. La hazaña marinera de Juan Fernández le produjo el más completo reconocimiento oficial. Fué en verdad un importantísimo descubrimiento. Recibió una concesión de tierras en el simpático valle de Quillota en Chile, y aunque entrado en años tomó por esposa una joven llamada Francisca Soria. Tenía ochenta años cuando nació su hijo Diego y todavía conocí a sus descendientes cuando estuve en Quillota.

El primer uso importante que se hizo de la nueva vía a Chile fué cuando los españoles fueron derrotados por el Jefe Palantaro en Curababa, y muerto el Gobernador Oñez de Loyola en Diciembre de 1598. Un pedido urgente de refuerzos fué enviado a Callao. Francisco de Quiñones mandaba el escuadrón de socorro. Se apartó de la costa muchas millas navegando a favor de los alisios, hacia el Sur, y efectuó el viaje de Callao a Concepción en el cortísimo lapso, sin precedente, de 16 días, del 12 al 28 de mayo de 1599.

A estas consecuencias, a resultados semejantes, debe un descubrimiento su importancia para la humanidad, y los que los alcanzan participan con justicia de la gloria reflejada por el genio del primer descubridor. El valor de un descubrimiento debe calcularse por sus servicios a la ciencia, por los aumentos que

importa a los conocimientos humanos, por sus resultados en la mayor riqueza u otros beneficios a la humanidad.

No vale la pena un descubrimento que no realiza ninguna de estas cosas. Por esta razón, cuando he abogado en favor de las expediciones polares, he rechazado siempre la llegada al polo como único objeto de la expedición, si no ha de obtenerse a la vez algún fin científico. Tales jornadas, inútiles en sí mismas, tienen no solamente el defecto de apartar las energías de otros trabajos benéficos, sino que también tienen otros malos resultados, ellas rebajan los trabajos de exploración a un nivel inferior.

Cuando una jornada tan asombrosa como la que hicieron el Capitán Scott y sus valientes camaradas, se intenta para combinar y combina, efectivamente, resultados científicos importantes con una hazaña sin rival en cuanto al viaje, no puede sino tributársele aplauso y admiración.

Plantar la bandera inglesa en el Polo Sur sólo por medio de los esfuerzos de los hombres que arrastraron un trineo cargado, fué un gran triunfo. Pero a mi juicio hubo, si cabe, un heroísmo mayor cuando nuestros paisanos casi en el último suspiro de su existencia, siguieron arrastrando su preciosa carga de piedras que deberían revelar el pasado de aquella vasta región.

La historia completa, desde el acto de botar al agua el "Discovery" culminante al flamear la bandera inglesa en el Polo Sur, y cerrada con el servicio religioso en San Pablo, es un poema que perdurará en los corazones de los ingleses.

Pero volviendo a los descubrimientos del Mar del Sur.

¿Pensaban aquellos hombres en quién habría de surcar el primero el Océano recién descubierto, alcanzar mayor encomio y ganar más dinero cuando estaban

Silenciosos, en lo alto del Darién?

Creo que no. Sus pensamientos estaban muy lejos de ello. No pudieron expresarlos con palabras; pero no debemos dudar de que bordaban vagamente sobre las altísimas consecuencias de su

descubrimiento. Son los hombres que laboran para otros, cuya obra lleva por fin y resulta un beneficio de la humanidad, y que procuran el ensanche de la ciencia; tales hombres como Franklin, La Perouse y Scott, son los verdaderos descubridores.

Teniendo esto presente es como podremos pesar mejor los méritos de quienes resolvieron los problemas de la navegación en el Pacífico. El descubrimiento de la ruta del Sur a lo largo de la Costa occidental de Sud-América fué muy importante; pero el de la ruta a través del Océano y el regreso (no solamente a través, sino en ambos sentidos), fué otro igualmente importante.

Ante el descubrimiento del Gran Océano por Vasco Núñez de Balboa, Magallanes se persuadió de que si recorría bastante más al Sur la costa oriental de Sud América, encontraría un estrecho o el fin del Continente y llegaría al Mar del Sur, como entonces se le llamaba. Hoy nos parece esto muy sencillo, como sucede con todas las grandes concepciones, a menos que nos coloquemos exactamente en la situación del inventor. Pero fué una grande idea y Magallanes era el hombre para desarrollarla. Descubrió el estrecho que, después de varias tentativas para darle otros nombres, llevará el suyo en el porvenir. Navegó a través del Océano Pacífico y fué el primero en cruzarlo encontrando la muerte en una de las islas Filipinas.

Esto acontecía en 1520, solo 7 años después del descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa.— Su viaje fué un acontecimiento memorable, y ningún explorador tiene mayor derecho a la aclamación de la posteridad; — pero eso será después de mi época.

Pocos años después, la expedición de García Jofre de Loaisa siguió a la de Magallanes con la misma idea de encontrar la Isla de las Especias por el Oeste y reclamarla para España. En Agosto de 1526, Loaisa y su sucesor Sebastián del Cano, fallecieron y fueron sepultados en medio del mar. Pero sus sucesores perseveraron y uno de los barcos llegó a Tidoro, una de las Islas de las Especias.

En 1527 se despachó de México una expedición mandada por Juan de Saavedra para saber del estado y condición que guar-

daba la expedición de Loaisa, y también atravesó el Océano, alcanzando a sus paisanos en la isla de Tidoro.

Después en 1542, Ruy López de Villalobos, con una escuadrilla, salió también de México, llegando a las Islas de las Especias con un segundo buque mandado por Iñigo Ortiz de Retes.

Ahora bien, la razón de haber mencionado estas expediciones, las primeras cuatro que atravesaron el Océano Pacífico — y espero no haber abusado mucho de la paciencia del auditorio con el relato — es que jamás volvieron. Trataron de regresar; pero no supieron cómo, y no regresaron.

La utilidad de una ruta marítima consiste en que los buques pueden ir y volver, conservando la comunicación, cambiando productos, promoviendo las necesidades y con qué satisfacerlas. Es inconcuso que si los buques pueden sólo navegar en un sentido, pero no pueden regresar, sus viajes carecen de objeto. Allí no puede haber sino el fracaso y esto fué lo que aconteció a las cuatro expediciones mencionadas.

El navío de Magallanes, La Trinidad, mandado después de su muerte por un oficial bueno y perseverante llamado González Gómez de Espinosa, fué puesto en la vía para volver a través del Océano; pero los vientos adversos lo detuvieron. Espinosa empleó todos sus conocimientos; las provisiones se acabaron y por fin se vió obligado a rendir su buque, sus hombres y él mismo, a los portugueses.

Los supervivientes de la expedición de Loaisa conservaron la Isla de Tidoro por algún tiempo; no pudieron volverse, hicieron una brava campaña y su leyenda ha sido más bien relatada; pero al fin fueron completamente derrotados. Su propio soberano los abandonó, retirando su pretensión sobre las Islas de las Especias, y el valiente resto de ellos obtuvo pasajes de regreso en los buques portugueses.

Saavedra dió a su barco un rumbo para el regreso por el Océano; pero fué detenido como lo fué Espinosa. Destruído por la ansiedad y la falta de descanso, murió luchando contra los vientos enemigos. Era un buen marino y hombre inteligente. Entien-

do que Saavedra fué quien propuso, el primero, la construcción de un canal a través del Istmo de Panamá.

Villalobos, que mandó la cuarta expedición mencionada, murió en Amboyna. Su segundo, Iñigo Ortiz de Retes, trató de cruzar de nuevo el Océano, hacia México, y fué el descubridor de toda la costa Norte de Nueva Guinea. Pero también él fué rechazado

Ahora bien, el descubrimento de la vía a través del Pacífico es poca cosa en cuanto a utilidad, comparado con el de la vía de *ida y vuelta* por el Pacífico, que permite el flujo y reflujo del comercio pasando sobre el vasto Océano. El hombre que hizo este descubrimiento debe parangonarse con Fernández, como desarrollador valioso de las grandes hazañas de Núñez de Balboa.

No era un hombre vulgar. Andrés de Urdaneta era vascuence, y no hay para qué decir, de buena familia, pues todos los vascongados lo son, pero además era un caballero bien educado. Inspirado por el amor a las aventuras se unió a la expedición de las islas de las Especias, de la cual era primer piloto su amigo Sebastián del Cano. Tenía entonces veintiséis años. Cuatro comandantes se sucedieron en el mando de la expedición; pero ninguno de ellos era Urdaneta. Era sin embargo el más capaz de los miembros de aquella desgraciada expedición, y fué el consejero leal y sincero de los jefes, al luchar con los portugueses, en los tratos que con ellos tuvieron, en el manejo de los españoles que se encontraron abandonados por su soberano, en conservar leales algunos de ellos bajo circunstancias apremiantes, y al disponer el regreso a su país. Entonces escribió un relato muy interesante de la expedición.

Urdaneta, cuando volvió a su país después de una ausencia de muchos años, había navegado por el Estrecho de Magallanes, había cruzado el Pacífico, conocido a fondo el archipiélago del Este y había dado la vuelta al mundo, aunque no en el mismo bajel. Continuó sirviendo a su país bajo diferentes capacidades y eventualmente hizo un viaje a México. Avanzando en años, contempló la vida más seriamente y entró de monje en el convento franciscano

En 1564 se resolvió el envío de una importante expedición de México a tomar posesión de las Filipinas, dándose el mando a Don Miguel López de Legazpi. Aunque Urdaneta estaba en su sexagésimo séptimo año, y se había hecho fraile, se consideró que no habría otro mejor para el puesto de primer piloto de la flota de Legazpi y aun le llegó una orden real. No era posible rehusar y Urdaneta se embarcó de primer piloto.

La expedición tuvo un éxito completo y las Filipinas vinieron a ser colonia española; pero tal éxito dependía del comercio con México y la cuestión del regreso tuvo otra vez que ser importante. Habían fallado todas las tentativas anteriores. Pero el monje-piloto, con la larga experiencia de su juventud, había, como Juan Fernández, combinado los conocimientos del marino con la costumbre de observar profundamente, y empleó todo su talento en la solución del problema. Su plan consistió en navegar al Norte hasta encontrar vientos contrarios a los alisios dominantes, diciéndose que los que soplan constantemente en cierta latitud deben volver y soplar en sentido opuesto en alguna otra. Su plan era ir al Norte hasta encontrar el viento que lo había de traer a América. Urdaneta lo anunció y se dió a la vela en Zebu, en junio de 1565. Su teoría se encontró correcta. Divisó la costa de California como a los 40° lat. N, y de allí hizo un próspero viaje a Acapulco. De este modo, Andrés de Urdaneta figura al lado de Juan Fernández como uno de los grandes ensanchadores del descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa.

Debe aquí mencionarse un acto vergonzoso. Un capitán de uno de los pequeños barcos de la flota de Legazpi, sabiendo el plan de Urdaneta, se escapó secretamente de otra isla algunos días antes de la salida de aquel y llegó a Acapulco una semana antes que Urdaneta, reclamando el mérito de haber descubierto la nueva ruta. Fué arrestado y devuelto para que se entendiera Legazpi con él.

El gran descubrimiento de Urdaneta, pues tiene derecho a ser considerado como tal, desarrolló desde luego un tráfico floreciente entre México y las Filipinas. Los detalles de uno de estos

viajes, el de Francisco de Gali, fueron conocidos de Halyent. Parece que Gali avistó las costas de California a los 37° 30′ N. Cavendish capturó al rico cargamento de un buque que hacía el viaje, más allá del Cabo San Lucas, en Noviembre 14, 1587. Se había establecido una vía lucrativa para el comercio como resultado de la expedición de Urdaneta.

El virrey del Perú no descuidó el deber de efectuar descubrimientos en el Pacífico, además de mandar hacer un plano cuidadoso del Estrecho de Magallanes por Ladrillero y después por Sarmiento. La expedición de Mendaña descubrió las Marquesas y las Islas de Salomón; Quirós exploró las Nuevas Hébridas y el Dr. Corney ha sacado a luz las importantes expediciones despachadas de Lima a las islas de la Pascua y a Tahiti algunos años antes de la primera visita del Capitán Cook.

Debe concederse a Juan Fernández y Andrés de Urdaneta el mayor mérito por haber hecho utilizables como vías del comercio las rutas del Océano Pacífico; pero todos los famosos navegantes de ese Océano, españoles primero y después principalmente ingleses, han construído de consuno una historia que nos ha embargado y que continuará interesando a muchas generaciones todavía por nacer. Hay todavía vastas áreas de nuestro globo por descubrir y explorar. Tenemos también mucho por descubrir en la historia de la Geografía. He aludido a los loables trabajos del Dr. Corney. Se han hecho todavía más valiosos descubrimientos por la Sra. Nuttall, relativos al viaje de Sir Francis Drake. Y queda aún mucho ignorado, que se añadirá más tarde al glorioso registro, cuya primera línea fué escrita en aquel picacho del Darién hace 400 años por Vasco Núñez de Balboa, cuyo gran descubrimiento conmemoramos esta noche.

Por la traducción,

MANUEL BONILLA.

EL MAR PACIFICO Y BALBOA

INFLUENCIA DE MEXICO EN EL SIGLO XVI

Estudio del socio Sr. D. ROMAN RODRIGUEZ PEÑA

En la sesión celebrada el 15 de Noviembre de 1906 por la Junta Directiva de la Real Sociedad Geográfica en Madrid, a la que tengo la honra de pertenecer, hizo el Sr. D. Angel de Altolaguirre una proposición muy interesante para celebrar dignamente el descubrimiento del mar del Sur, o mar Pacífico, por Vasco Núñez de Balboa.

Fué primero costumbre, y obligatorio precepto después, que los virreyes de América entregasen a sus sucesores memorias del estado económico, político, militar, etc., en que dejaban representación y gobierno a sus respectivos sucesores.

Algunas de estas interesantísimas memorias se han publicado; pero en su inmensa mayoría permanecen inéditas en archivos y bibliotecas oficiales y particulares de España y de América, donde igualmente se conservan numerosas e importantes cartas geográficas del Nuevo Mundo.

El Sr. Altolaguirre opinó, y así lo propuso a la Sociedad Geográfica, que el monumento más grandioso y útil, en conmemoración del magnífico descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa, fuera el publicar, coleccionadas, las memorias de los virreyes y un gran Atlas que comprendiera los mapas más interesantes

de América desde su descubrimiento hasta su constitución de Estados independientes. Estas dos soberbias y grandes obras, que deben estar concluídas ya, presentarán en síntesis la verdadera historia de la América Española desde el siglo XVI al XIX.

La Real Sociedad Geográfica acogió con entusiasmo y aprobó entonces, por unanimidad, la proposición del Sr. Altolaguirre, y para ello quedó nombrada una comisión compuesta del general señor Suárez Inclán, como Presidente, y de los académicos señores Beltrán y Rózpide, Blázquez y Altolaguirre, vocales, ante el decidido propósito de estudiar el modo de llevar a cabo el proyecto, y gestionar la cooperación de los elementos que pudieran contribuir a su realización.

La proposición del Sr. Altolaguirre decía así:

"El proyecto que el sabio Florentino Pablo del Pozzo Toscanelli remitió al rey D. Juan II de Portugal, por conducto del Canónigo Martins, para descubrir una vía que condujera al extremo Oriente de Asia, navegando siempre al Oeste de las islas de Cabo Verde, no ha tenido aún realización completa, ni la tendrá hasta que por el Istmo de Panamá se abra el canal que ha de poner en comunicación el Océano Atlántico con el Pacífico.

Siendo conocida en el siglo XV la forma esférica de la tierra y constando que un extenso mar, en el que se hallaban situadas innumerables islas, entre ellas la riquísima del Cipango (o Zempangu, según Marco Polo) (Japón), bañaba las costas orientales del Cathay (China), no podía ofrecer duda que, navegando directamente al Oeste de Europa o Africa, había de encontrarse dicho mar; la dificultad estribaba en conocer la extensión del Atlántico.

Cristóbal Colón que se apropió y trató de ejecutar el proyecto de Toscanelli, suponía, con éste, mucho más reducidas que lo son en realidad las dimensiones del globo, y que el continente asiático se extendía más al Oriente de lo que se extiende, juzgando que la distancia entre Europa y Asia era muy corta y, de consi-

guiente, posible el navegarla; y estos errores que, apreciados por los doctores que en España estudiaron el proyecto, hicieron que fuera tenido por irrealizable, le llevaron también, al descubrir tierras a la distancia que Toscanelli indicaba, a creer que pertenecían al continente asiático, creencia en que persistió toda su vida, afirmando en su cuarto y último viaje que Veragua era una península, y que en la banda opuesta se hallaba el Cathay, limitado por el mar de las Indias, al que, costeándola, se podría llegar.

Cuando los descubridores se convencieron de que aquellas tierras no pertenecían al Asia, volvieron a pensar en las ricas Islas de la Especiería, buscando el paso que había de permitirles llegar al mar en que se hallaban situadas; pero su empeño fué inútil, la costa se extendía indefinidamente al Sur y Norte del Golfo de Pariá.

Cupo la gloria del descubrimiento del deseado mar a Vasco Núñez de Balboa, noble extremeño, nacido en Jerez de los Caballeros en 1475, que, ambicionando la gloria y riquezas con que le brindaba el descubrimiento y conquista de las nuevas tierras, se alistó en la expedición que, mandada por Rodrigo de Bastidas, salió de Cádiz en Enero de 1501, arribó a la Costa de Venezuela y, continuando en más de cien leguas los descubrimientos hechos por Colón, llegó hasta el Golfo de Urabá, regresando a la isla Española, donde Vasco Núñez se dedicó a colonizar.

Poco conforme con aquel género de vida tan contrario a su carácter y aspiraciones, se embarcó con la expedición que el bachiller Enciso condujo a la villa de San Sebastián en el Golfo de Urabá, en socorro de Ojeda (1510). Su carácter alegre y decidor, la serenidad y arrojo que demostró en numerosos combates y el haber salvado a los colonos acosados por los indios y por el hambre, conduciéndolos al extremo oriental del Golfo, en donde descubrieron el río del Darién y fundaron la villa de Santa María la Antigua, diéronle prestigio y autoridad, de que se aprovechó para expulsar a Enciso y no admitir a Diego Nicuesa, que tenía títulos legales para gobernar la colonia de la que se hizo

jefe único. "Pudo, dice Quintana, considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido; mas después que se halló solo y sin rivales, entregado todo a la conservación y progresos de la Colonia que se había puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambición con sus servicios, levantar su pensamiento a la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos, ponerse en la pública opinión casi a la altura de Colón."

En efecto, en cuanto asumió el mando y logró que el rey católico le nombrara capitán y gobernador del Darién, se dedicó a procurar el desarrollo y fomento de la colonia, sometió los indios con grandes esfuerzos y peligros, entablando después amistosas relaciones con sus caciques, que agradecidos le confesaron dónde se hallaban las minas de oro; y uno de ellos, llamado Pouca, le manifestó que traspuestas las montañas se encontraba otro mar. Con indecible júbilo recibió Vasco Núñez la noticia y, con su acostumbrada actividad, organizó una expedición que el 1.° de Septiembre de 1513 salió de Santa María y dejando Vasco Núñez la mayor parte de la gente estacionada en el camino, escaló con 66 hombres la cordillera de los Andes y el día 25 llegó el primero a una elevada meseta desde la que se divisaban en lontananza las azuladas ondas del Pacífico; llamó a sus soldados y, rodilla en tierra, dieron todos gracias a Dios por haberles permitido realizar tan gran descubrimiento; comenzó el descenso y el día 29 ante su gente formada ante la orilla y el escribano para que diera fe, Vasco Núñez vestido de todas armas, llevando la espada desnuda y el estandarte real, penetró en la mar del Sur, llamada después Océano Pacífico, hasta que el agua le llegó a las rodillas y en alta voz declaró que en nombre de los reyes D. Fernando y Doña Juana, tomaba posesión de aquellas "mares e tierras e costas e puertos e islas australes, con todos sus anexos e reynos e provincias."

En tanto que Vasco Núñez, con inauditos esfuerzos y peligros, abría para España nuevos derroteros de poderío y grandezas, el bachiller Enciso y sus amigos lograron que el rey lo destituyera,

designando para relevarle a Pedro Arias Dávila, si bien al conocer su descubrimiento le nombraron adelantado de la Mar del Sur y gobernador de las provincias de Cayba y Panamá.

Pronto estallaron hondas disensiones entre Pedro Arias y Vasco Núñez, y aunque en apariencia se zanjaron con el matrimonio de una hija de Pedro Arias con Vasco Núñez y éste marchó a la costa de la mar del Sur para fabricar navíos con qué explorarla, sus enemigos sacaron partido de algunas indiscreciones que cometió para avivar los rencores de Pedro Arias, haciéndole creer que trataba de rebelarse. Lo que no lograron las envenenadas flechas de los indios, lo logró el veneno de la envidia, y el descubridor de la mar del Sur, el que con su esfuerzo había completado la gigantesca empresa de Colón, protestando siempre de su fidelidad a los reyes, murió degollado en la plaza de Acla (1517) sin que se le admitiera el recurso de apelación, ante la Corona, de la sentencia dictada en la causa que se le instruyó para que las declaraciones de sus enemigos dieran al crimen apariencias de justicia.

La gloria del descubrimiento del Océano Pacífico es puramente española, termina diciendo el Sr. Altolaguirre: españoles eran los 66 soldados que acompañaron a Vasco Núñez en su atrevida ascensión a los Andes, y justo sería que España invitara a las naciones de origen hispano que tienen costas en el Pacífico para conmemorar juntas el 25 de Septiembre de 1913, el cuarto centenario del acontecimiento geográfico de mayor trascendencia para el humano progreso, que, salvo el descubrimiento de América, registra la historia Universal. Dando Vasco Núñez la base para descubrir la costa occidental de América, las innumerables islas del Pacífico y el camino del Nuevo Mundo al Asia y Oceanía, integró la obra de Colón y ha hecho posible que el día que se abra el canal de Panamá pueda ejecutarse por completo el proyecto de Toscanelli: "Arribar al Continente Asiático navegando desde Europa o Africa en dirección al Oeste."

Poco después la Real Sociedad Geográfica de Madrid me dirigió la siguiente carta:

Sr. R. R. Peña, Director de *El Progreso Latino.*—México.

Compañero de nuestro más distinguido aprecio:

La epopeya realizada por Colón y los marinos españoles, que enlazó el Nuevo Continente europeo, es un suceso geográfico de trascendencia suma; pero si aquella expedición enviada a través del Atlántico en busca del Cathay es un fausto acontecimiento para la humanidad, detenida hasta entonces por los temores que al Oeste inspiraba un mar en el que la leyenda había forjado mil peligros que desvanecieron las proas de las naves españolas, el descubrimiento del Océano Pacífico, realizado el día 25 de Septiembre de 1513, envuelve en el orden de la Geografía Física una demostración del error en que el primer Almirante de las Indias había incurrido respecto de las verdaderas dimensiones de la tierra; permite conocer un hemisferio cubierto en su mayor parte por las aguas y sirve de base para que marinos españoles den la vuelta al mundo y descubran extensas y numerosas islas en memorable navegación, nunca hasta entonces realizada, que nuestra Sociedad recuerda en su lema "Primus me circumdedisti."

En el orden de la geografía política, el descubrimiento del Pacífico también tiene inmensa importancia, porque llegar hasta la costa occidental a través de los bosques, de las pampas o de las mesetas de América, hubiera sido mucho más difícil y lento por otra parte que por el istmo de Panamá, y el advenimiento a la vida universal de gran parte del continente americano, se hubiera retrasado quizás siglos. Pero Núñez de Balboa llegó a la cima de los Andes, vió aquel inmenso mar que se extendía por todo un hemisferio, y, como paladín de España y heraldo de la civilización, tomó posesión de él, y de sus costas salieron después aquella pléyade de guerreros conquistadores que, si empleaban la espada para la sumisión, llevaban la cruz como emblema de

sus creencias y un espíritu de amor y de cariño, que se perpetúa y trasmite a las generaciones venideras en las famosas leyes de Indias, y que se manifiesta en la consideración que hoy, emancipadas ya de la tutela, libres y vigorosas, las naciones iberoamericanas encuentran en este pueblo, que se precia de ser hermano suyo como descendiente de aquella España antigua, la gran metrópoli de todos.

De la América bañada por el Pacífico parten, al N. y al S. de Panamá, las exploraciones y de ella sale la civilización para difundirse por el interior del Nuevo Mundo. No hay, pues, nada en América que sea extraño al descubrimiento del entonces llamado mar del Sur, descubrimiento cuyos destellos irradiarán siempre en la historia por las cimas más elevadas de los Andes, por las inmensas llanuras americanas y por los caudalosos ríos de esa tan hermosa, tan soberbia y tan virginal región.

Conmemorar, pues, este hecho, es obra a la que debemos coadyuvar con todo el entusiasmo que sienten los hijos por las glorias de sus antepasados. Así lo ha entendido la Real Sociedad Geográfica, al hacer suya una proposición del Sr. D. Angel de Altolaguirre, iniciador de la idea. Según dicha proposición, el descubrimento del Océano Pacífico podría conmemorarse ahora de un modo grandioso, publicando las Memorias que los virreyes españoles entregaban a sus sucesores acerca del estado económico, político y militar en que dejaban los gobiernos respectivos, y editando un gran Atlas que comprendiera los mapas más interesantes de América, desde su descubrimiento hasta su constitución en Estados independientes. Estas dos grandes obras presentarían en síntesis la verdadera historia de la América española desde el siglo XVI al siglo XIX y en ella podría apreciarse la inmensa labor realizada en aquellos extensos territorios.

La comisión nombrada por la Real Sociedad Geográfica para estudiar el modo de llevar a cabo el proyecto y gestionar la cooperación de todos los elementos que puedan contribuir a su desarrollo, al dirigirse a Ud., se complace en indicarle, que, a su juicio, deberá realizarse dicha obra por todas las naciones

interesadas, sin privilegios de ninguna clase, pues que todas son igualmente herederas de aquellas glorias y grandezas que aun hoy nos enorgullecen, y le suplica que tenga la bondad de exponernos cuantas observaciones estime oportunas, relativas a la forma de solemnizar de un modo serio y científico el descubrimiento del mar del Sur.

Esperando de su entusiasmo por nuestras glorias comunes, que acoja favorablemente el pensamiento, nos preste su aquiescencia y dé apoyo a nuestro propósito, tienen el gusto de ofrecerle atento homenaje de consideración sus servidores, que le saludan, *Julián Suárez Inclán.—Angel de Altolaguirre.—Antonio Blázquez.—R. Beltrán y Rózpide.*"

***

Realmente, no pudo ser más oportuna la invitación en 1906; pues faltaban aún siete años para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Pacífico. A la sazón decía "La Epoca," de Madrid: "téngase en cuenta nuestra habitual apatía, y con tal motivo considérese lo que aquí cuesta mover a la opinión pública, la dificultad de organizar una conmemoración digna de tan trascendental acontecimiento, y hasta la conveniencia de consignar anualmente en el Presupuesto cantidades que no influyan en éste, pero que, acumuladas, no permiten realizar fiestas que correspondan a la doble idea de celebrar tan gloriosa fecha y de estrechar los lazos que nos unen con las Repúblicas del Pacífico, con México, la América Central, Colombia, Ecuador, Perú y Chile, y no parecerá seguramente que por sobra de tiempo es prematura la iniciativa."

E importa, mucho, agregaba *La Epoca,* que antes de que algún otro pueblo haga suya esa idea y trate de llevarla a la práctica, declaremos nosotros oficialmente que recabamos el derecho de la iniciativa que por tantos títulos nos corresponde, y que estamos prontos a desarrollarla con la modestia propia de nuestros medios, pero con el entusiasmo con que se celebran glorias de tal

magnitud. De no hacerlo cuanto antes, correríamos el riesgo de figurar como invitados en fiestas que acaso preparase un pueblo, extraño por completo al hecho que ha de conmemorarse.

Indudablemente, señores, que las naciones americanas deben haber acogido jubilosas, la idea de celebrar con la mayor pompa posible el cuarto centenario de ese acontecimiento y, entre ellas, México no puede menos que hacerlo así: pues si bien Balboa descubrió ese Océano en 1513 y Magallanes con sus naves lo surcó el 27 de Noviembre de 1520 y descubrió algunos archipiélagos, también es verdad que mexicanos fueron los que, inmediatamente después, empezaron a navegar en él. Todavía no acababa Sebastián Elcano de realizar su viaje de circunnavegación, cuando ya, en Noviembre de 1521, Alonso de Avalos y Rodríguez Chico, soldados de Cortés, acompañados de mexicanos, de tlaxcaltecas y de michoacanos, llegaban a Zacatula y a Santiago, y tomaban posesión de la costa del Mar del Sur en nombre del Rey de España; a ellos siguió, en el mismo año, Cristóbal de Olid y, en principios del año de 1522, se construían buques por orden de Cortés en Tehuantepec y Zacatula, para surcar ese Océano y extender las conquistas de España: nativos de México igualmente fueron los constructores y los que se embarcaron en esas naves para seguir los descubrimientos, antes que Pascual de Andagoya, teniente de Pedrarias Dávila, hiciera otro tanto en Panamá.

Además de esto, los descubrimientos y expediciones de Ruy López de Villalobos, de Mendaña, de Ortún Jiménez, de Hernando de Grijalva, de Hernando de Alarcón, de Hernán Cortés, de Miguel López de Legazpi y muchos otros, que tanto hicieron adelantar la geografía oceánica en el siglo XVI, se llevaron a cabo con recursos sacados de la floreciente colonia Nueva España, con elementos de ella y con gente hispano-mexicana, como fué mucha de la que acompañó a Legazpi por orden del virrey Don Luis Velasco 1.°. Llegaron a tal grado las relaciones marítimas que México tuvo con las Filipinas y, en general, con todo el Océano Pacífico, que puede decirse que aquello no fué Colonia de

España, sino de la Nueva España, y que este Océano fué un mar mexicano durante todo el siglo citado; pues, hasta muy entrado el siguiente, consta que navegantes de otras naciones empezaron a frecuentarlo. Y por el comercio que en el Pacífico hacía México, entonces, señores, el peso mexicano invadió con su poder los países orientales hasta adquirir el crédito tan notorio que tuvo, y que conserva aún en gran parte, a pesar de la constante y enconada guerra que durante un siglo se le ha hecho.

Estas son, entre otras, las razones que hay para que México acoja con entusiasmo la proposición de celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, revivida aquí por la elocuencia y valimientos de nuestro distinguido colega el señor D. Enrique Santibáñez, a cuya proposición me uno, me ato con todas las fuerzas de mi alma.

México, Julio 31 de 1911.

ROMAN RODRIGUEZ PEÑA.

CORRESPONDENCIA OFICIAL

Secretaría de Fomento, Colonización e Industria. — Sección Administrativa.—Núm. 736.

La Secretaría de Relaciones dijo a ésta de mi cargo, con fecha 17 del actual:

"El señor Ministro de España me dice en nota fechada el 14 de los corrientes, lo que sigue: "Adjunto tengo la honra de remitir a V. E. recortes (duplicados) de periódicos españoles de esta capital, reproduciendo el Real Decreto de 9 de Abril último, sobre la celebración del IV centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, el 25 de Septiembre de 1513, por Vasco Núñez de Balboa, y la notable y sentida carta dirigida a S. M. el Rey con este motivo por el señor Presidente de la República de Panamá. Nada necesito agregar, señor Ministro, a lo elocuentemente expresado en ambos documentos respecto a la próxima solemne celebración de tan trascendental hecho legendario, que tiene tanto de heroico como de romántico y a la que estoy seguro presentará su simpatía el Gobierno de la República. El tema se adapta perfectamente a los estudios y a la competencia de la prestigiosa e importante Sociedad de Geografía y Estadística, que creo saber ha acogido el asunto con interés y mucho agradecería a V. E. se sirva hacer llegue a su conocimiento esta comunicación que tengo la honra de dirigir a V. E."

"Lo que me honro en transcribir a Ud. a la vez que me permito acompañarle los anexos que se citan, para su conocimiento y efectos que estime conducentes."

Lo que comunico a Ud. para su conocimiento y para los fines a que haya lugar, acompañándole un ejemplar de los recortes que se citan, enviados por la misma Secretaría.

México, Julio 25 de 1913.—Por orden del S. S. Encargado del Despacho, el oficial mayor, *E. Martínez Baca.*—Rúbrica.

Al Vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Presente.

EL DESCUBRIMIENTO DEL PACIFICO

Real Decreto declarando oficial la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, por Vasco Núñez de Balboa

En la "Gaceta" de Madrid aparece el siguiente real decreto, declarando oficial la celebración de aquel hecho memorable, en el que culminó otra de tantas veces en aquella edad, la gloria, el genio incomparable de nuestra Raza, la de los grandes destinos. He aquí los términos en que está concebido el decreto en cuestión:

EXPOSICION

Señor:

El descubrimiento del Océano Pacífico por un reducido número de españoles, capitaneados por Vasco Núñez de Balboa, el 25 de Septiembre de 1513, es una de las más grandiosas manifes-

taciones de los heroicos esfuerzos de nuestros antepasados en el Mundo Nuevo. Próximo a cumplirse el cuarto centenario de hecho tan trascendental para el progreso humano y tan glorioso para nuestra patria, el Gobierno de S. M. juzga que es deber de la Nación conmemorarlo dignamente.

De acuerdo con las Corporaciones llamadas en primer término por razón de su instituto a colaborar en esta obra patriótica, la Real Academia de la Historia, iniciadora del pensamiento, de la Universidad central, la Real Sociedad Geográfica y la Unión Ibero Americana, estima que el medio más adecuado es la celebración en Sevilla de un Congreso de Historia y Geografía hispano-americanas, y de una exposición de documentos, obras, manuscritos, mapas y planos relativos a la América en la época colonial. Abona el que estos actos se verifiquen en Sevilla, no sólo la razón histórica de haber sido esta ilustre ciudad con su famosa casa de Contratación centro de nuestras relaciones con América, en el período de mayor florecimiento de la dominación de España en aquel continente, sino el ser depositaria actualmente en el archivo de Indias y la Biblioteca Colombina del riquísimo tesoro documental que contiene la historia del descubrimiento, la conquista y la colonización de la América española, y que ha de constituir el núcleo principal de la Exposición especial proyectada. Este Congreso y esta Exposición serán actos oficiales preparatorios de la Exposición Hispánico-Americana, que se celebrará en Sevilla el año de 1915, según estableció la Ley de 27 de Diciembre de 1910.

Para reunir todas las garantías de acierto en la celebración del centenario, se encomienda la dirección y organización del Congreso y de la Exposición a un Comité general, compuesto del Director de la Real Academia de la Historia, el Rector de la Universidad Central, los Presidentes de la Real Sociedad Geográfica y de la Unión Ibero Americana, el Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Sevilla y un funcionario designado por cada uno de los Ministros de Estado, Instrucción Pública y Fomento, y se confía la adopción de las disposiciones necesarias

para la cooperación de los Centros docentes, y en particular el Archivo de Indias y el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

No duda el Gobierno que el noble propósito que le anima ha de hallar eco en V. M., siempre dispuesto a honrar las glorias españolas, así como en la nación y pueblos hispano-americanos, interesados de consuno en conmemorar tan fausto acontecimiento, y en su consecuencia, tiene el honor de someter a la aprobación de V. M. el adjunto proyecto de Decreto.

Madrid, 26 de Marzo de 1913.

Señor: A. L. R. P. de V. M.

REAL DECRETO

A propuesta del Presidente de Mi Consejo de Ministros,

Vengo a decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Se declara oficial la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

Artículo 2.° Para conmemorar tan señalada fecha, se celebrará bajo la protección y con apoyo del Gobierno, un Congreso de Historia y Geografía Hispano-americano y una Exposición de documentos, obras, manuscritos, mapas y planos relativos a la América en la época colonial española.

Artículo 3.° Este Congreso y Exposición especial tendrán lugar en Sevilla y servirán de actos oficiales preparatorios para la Exposición Hispano-americana que ha de verificarse en aquella capital durante el año de 1915, conforme a lo dispuesto en la Ley de 27 de Diciembre de 1910.

Artículo 4.° Tendrá a su cargo la dirección y organización de los trabajos necesarios para celebrar el Congreso y la Exposición autorizados por ese Real decreto, un Comité general compuesto: del Director de la Real Academia de la Historia, el Rector de la Universidad Central, el Presidente de la Real Sociedad Geográfica, el Presidente de la Unión Ibero-Americana, el Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Sevilla y un funcionario designado al efecto por cada uno de los Ministros de Estado, Instrucción Pública y Fomento y como Secretario general un Académico por la Historia designado por esta Corporación.

Artículo 5.° Por el Ministerio de Fomento se dictarán las disposiciones necesarias a fin de que sean auxiliados los gastos que originen estas atenciones, como necesarias y preparatorias de la Exposición Hispano-americana de Sevilla, con cargo al crédito consignado para este fin en su presupuesto y de acuerdo con las disposiciones de la Ley de 27 de Diciembre de 1910.

Artículo 6.° El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes acordará cuanto sea necesario para la concurrencia y la cooperación que deben prestar a la celebración del Centenario todos los Centros docentes, y especialmente el Archivo de Indias de Sevilla.

Artículo 7.° El Ministro de Estado facilitará la acción del Comité ejecutivo en cuanto sea de su especial competencia.

Dado en Palacio el veintiséis de Marzo de mil novecientos trece.—*Alfonso.*

El Presidente del Consejo de Ministros, Alvaro Figueroa.

PANAMA Y ESPAÑA

EN HONOR DE NUÑEZ DE BALBOA

He aquí el texto de la hermosa carta presentada a S. M. el Rey por el encargado de Negocios de la República de Panamá en Francia, D. Julio A. Orillac.

"Belisario Porras, Presidente de la República, a S. M. Alfonso XIII, Rey de España.

"Grande y buen amigo: Al tener el alto honor de dirigirnos a V. M. para someter a vuestra consideración una idea que liga a la Patria nuestra al nombre del pueblo hidalgo de que sois el más caracterizado representante, es motivo de viva satisfacción para nosotros ofreceros nuestro entusiasta y amistoso saludo, con la más sincera protesta de aprecio del pueblo y Gobierno panameños, para la noble Nación española y su ilustre Soberano.

Entre las antiguas colonias españolas de América y la Metrópoli se han iniciado en los últimos años vigorosas corrientes de simpatía, que tienden a estrechar los vínculos de amor y solidaridad que deben cultivarse entre pueblos de un mismo origen, que hablan la misma lengua, y que por similitud de aspiraciones marchan por la misma ruta hacia las conquistas del porvenir. La República de Panamá acaba de dar una muestra de que participa de ese movimiento noble de acercamiento hacia España, y por medio de una ley, expedida por la Asamblea Nacional, ha decretado la glorificación del descubridor del mar del Sur en el IV centenario de aquel hecho histórico, que el genio ha brindado a las brillantes páginas del heroísmo de España.

Esa ley de la Asamblea Nacional declara día de fiesta para la República el 25 de Septiembre de 1913; dispone abrir un concurso para premiar la mejor composición lírica sobre el magno

suceso del descubrimiento del Océano Pacífico, y ordena, para conmemorar de manera digna la hazaña del adelantado Vasco Núñez de Balboa, se organice una Exposición Nacional, que deberá abrirse en Enero de 1914, y a la cual serán invitados tanto la antigua madre Patria como los países hermanos de este Continente. Oportunamente y por el órgano respectivo, recibirá el Gobierno de V. M. la invitación para el certamen, al cual anhelamos que no falte España; pues se trata de una gran fiesta de familia, en que a ella corresponde lugar preeminente por haber de conmemorarse un hecho histórico que es un timbre y blasón de que puede y debe estar justamente orgullosa la Nación española.

Panamá, que ha dado el nombre de Balboa al punto desde donde debió descubrir el intrépido español las aguas del Pacífico; que distingue con el nombre de Balboa la moneda nacional, y ha fijado la efigie del descubridor en los sellos de Correos, aspira, además, a perpetuar en las edades la hazaña del adelantado por medio de una estatua colosal, como la de la Libertad en Nueva York, que destaque sobre las aguas del gran Océano el gesto histórico de su glorioso descubridor. Con este fin nos dirigimos principalmente a V. M. Deseamos que la estatua de Balboa se erija en Panamá, frente a la entrada del Canal, en sitio donde sea saludada eternamente por las banderas de todas las Naciones y por los hombres de todas las razas; y para que ella constituya algo así como un símbolo de solidaridad de la raza, aspiramos a que su costo sea cubierto por contribución voluntaria de españoles y latino-americanos. Y sería motivo de júbilo para nosotros encabezar esa subscripción con V. M., y asociados a vuestro nombre prestigioso, dirigir una excitación sobre la realización de este pensamiento, a los pueblos y gobiernos de los países latinos de América.

Esperamos con patriótico desinterés la contestación de V. M. para dar pública expansión a nuestro propósito de conmemorar dignamente la gloriosa empresa del descubridor del Pacífico.

Son nuestros mejores votos por vuestra ventura y por la de vuestra augusta familia, y por la prosperidad de la noble y querida madre España.

Grande y buen amigo.

Vuestro grande y buen amigo, *Belisario Porras.*—Refrendada.—*Ernesto T. Lefevre.*

Palacio Nacional. Panamá, 31 de Enero de 1913.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Número 83.

Esta Sociedad ha tenido el honor de recibir la nota de usted, número 736 girada por la Sección Administrativa, con fecha 25 del presente mes, en la cual se ha servido transcribir la de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que contiene una comunicación del señor Ministro de España acompañando recortes de periódicos españoles que reprodujeron el Real Decreto de 9 de Abril último, sobre la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, por Vasco Núñez de Balboa; así como la carta dirigida por el Sr. D. Belisario Porras, Presidente de la República de Panamá a S. M. el Rey de España, proponiendo entre otras cosas, la erección de una estatua colosal a Núñez de Balboa, a la entrada del Canal de Panamá.

En debida respuesta a la nota de Ud. tengo el honor de manifestarle que esta Sociedad desde el mes de Marzo próximo pasado, había comenzado a ocuparse, cerca de la Secretaría que es al digno cargo de Ud., en dar los primeros pasos encaminados a determinar la forma y manera en que hubiera de celebrarse el aniversario de aquel célebre descubrimiento geográfico, y al efecto se acercaron al Sr. Ing. D. Alberto Robles Gil, que a la sazón desempeñaba el cargo de Secretario de Fomento, el Vicepresi-

dente de esta Corporación, Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús y el señor D. Telesforo García.

Con posterioridad el Sr. D. Enrique Santibáñez propuso que la Sociedad efectuara una sesión solemne, para conmemorar el descubrimiento del Mar Pacífico, y la Sociedad nombró una comisión formada por el señor Secretario Perpetuo D. Francisco Belmar, por el mismo Sr. Santibáñez y por el Primer Secretario don Alberto M. Carreño, a fin de que se organizara dicha sesión solemne. La Sociedad ha aprobado ya que el día 25 de Septiembre próximo, se efectúe tal sesión, en la que habrán de desarrollarse los siguientes temas:

I. Descripción Geográfica de las Costas Americanas del Pacífico.

II. Reseña general de los elementos que en todos los ramos del saber y de la industria humanos, se han desarrollado en las poblaciones y región del Pacífico en el Continente Americano.

III. Influencia del Canal de Panamá en el Comercio Mundial.

IV. Noticias de los descubridores y navegantes del Pacífico, haciendo una especial designación de Vasco Núñez de Balboa.

Estos temas serán desarrollados por los Sres. Lic. Ezequiel A. Chávez, Enrique Santibáñez, Gonzalo de Murga y Telesforo García, respectivamente.

Además el Sr. Dr. D. Enrique González Martínez habrá de pronunciar una poesía.

La Comisión organizadora de esta festividad tiene el propósito de que la celebración del centenario del descubrimiento del Pacífico sea tan solemne, como aquel acontecimiento exige, y aguarda que Ud., como Presidente nato de esta Corporación, habrá de prestar toda su ayuda moral para que alcance el mayor éxito posible.

Aprovecho esta ocasión para protestarle a Ud. mi respetuosa consideración.

Libertad y Constitución. México, Agosto 5 de 1913.—El Primer Secretario, *A. M. Carreño.*

Señor Secretario de Fomento, Colonización e Industria, Presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Presente.

Secretaría de Fomento, Colonización e Industria. — Sección Administrativa.—Número 993.

Tengo el gusto de referirme a la atenta nota de Ud., fecha 5 del actual, que ya transcribí a la Secretaría de Relaciones, diciéndole que esta de Fomento prestará toda su ayuda moral a esa Sociedad, para que obtenga éxito la sesión extraordinaria del 25 de Septiembre próximo, para celebrar el aniversario del descubrimiento del Pacífico.

México, Agosto 13 de 1913.—Por orden del Secretario, el Subsecretario, *José G. Aguilera.*—Rúbrica.

Al Vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Presente.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Número 86.

En la sesión celebrada por esta Sociedad el jueves 31 de Julio próximo pasado, se leyó una nota enviada por el Ministro de Fomento, Colonización e Industria, que es su Presidente nato, en la cual nota se transcribía una del señor Ministro de Es-

paña en México, acompañando recortes de periódicos españoles, que reprodujeron el real decreto expedido por S. M. Alfonso XIII, el 26 de Marzo de este año, por iniciativa de la Real Academia de la Historia, de la Universidad Central, de la Real Sociedad de Geografía y de la Unión Ibero-Americana, así como una copia de la carta enviada por el Sr. D. Belisario Porras, Presidente de la República de Panamá a S. M. el Rey, relacionados estos documentos con la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del mar Pacífico.

Tomando en cuenta el justificado empeño que esa Real Academia ha demostrado para celebrar debidamente aquel importante hecho histórico, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística acordó que se pusieran en el conocimiento de esa ilustre Corporación, todas las resoluciones que la referida Sociedad de Geografía ha venido tomando, por su parte, a fin de que México pueda a su vez dar una muestra del vivísimo interés con que mira hechos tan trascendentales, como el que llevó a término Vasco Núñez de Balboa.

Cumpliendo, pues, con ese acuerdo, me honro en manifestar a Ud. que desde el mes de Marzo próximo pasado, el Vicepresidente de esta Corporación, Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús y el socio Sr. D. Telesforo García, indicaron la conveniencia de que México celebrara de algún modo, aquel aniversario, e iniciaron algunos trabajos a este respecto, cerca de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria.

Con posterioridad el día 17 de Julio, el Sr. D. Enrique Santibáñez presentó una moción para que la Sociedad efectuara una sesión especial, consagrada a conmemorar el descubrimiento del Océano Pacífico; y como aquella moción fuera calurosamente sostenida por los socios Sres. Telesforo García y Alberto M. Carreño, la Sociedad acordó nombrar una Comisión compuesta del Secretario perpetuo, señor Magistrado D. Francisco Belmar, del mismo Sr. Santibáñez y del Primer Secretario, el referido señor Carreño, a fin de que formaran un proyecto conforme al cual habrá de efectuarse aquella celebración.

Los comisionados propusieron entonces, que el día 25 de Septiembre próximo, se verifique una sesión, lo más solemne que sea dable realizar, y a la cual se invite especialmente a los Agentes Diplomáticos y Consulares de España en la Capital de la República, así como a los españoles residentes en ella, debiendo desarrollarse los cuatro siguientes temas:

I. Descripción Geográfica de las costas americanas del Pacífico.

II. Reseña general de los elementos que en todos los ramos del saber y de la industria humanos, se han desarrollado en las poblaciones y región del Pacífico en el Continente Americano.

III. Influencia del Canal de Panamá en el Comercio Mundial.

IV. Noticias de los descubridores y navegantes del Pacífico, haciendo una especial designación de Vasco Núñez de Balboa.

Estos temas habrían de estar a cargo de los Sres. Lic. Ezequiel A. Chávez, Enrique Santibáñez, Gonzalo de Murga y Telesforo García, respectivamente; y además el Sr. Dr. D. Enrique González Martínez habría de pronunciar una poesía.

Sometido este dictamen a la resolución de la Sociedad, lo ha aprobado en todas sus partes, y la Comisión antes citada, trabaja con el mayor empeño, a fin de que México solemnice con el brillo que es debido, uno de los hechos histórico-geográficos más importantes en la vida de la humanidad.

Al poner este hecho en el conocimiento de Ud., aprovecho la oportunidad para protestarle las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.[1]

---

1 Mutatis mutandis se dirigieron iguales notas a la Real Sociedad Geográfica, a la Universidad Central y a la Unión Ibero-Americana.

Libertad y Constitución. México, Agosto 7 de 1913.—El Primer Secretario, *A. M. Carreño.*

Señor Presidente de la Real Academia de la Historia, Madrid.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.—Sección Universitaria.—Mesa 2.ª—Número 2781.

Hoy digo al C. Director de la Orquesta del Conservatorio Nacional de Música lo que sigue:

"Sírvase usted ponerse de acuerdo con la Comisión relativa de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística para decidir la participación que esa Orquesta debe tomar en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, que deberá celebrarse el 25 del presente mes."

Y lo transcribo a ustedes para su conocimiento, reiterándoles mi atenta consideración.

Libertad y Constitución. México, 5 de Septiembre de 1913.—Por orden del Secretario, el Subsecretario, *Eduardo Tamariz.*—Rúbrica.

A los Sres. Lics. Francisco Belmar y Alberto M. Carreño, Sociedad de Geografía y Estadística.—Presente.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Número 216.

Tan pronto como esta Sociedad recibió la atenta nota de usted, de fecha 5 del presente mes, el Primer Secretario que subscribe se acercó al Sr. Prof. D. Carlos J. Meneses, Director de la Orquesta del Conservatorio a fin de ponerse de acuerdo respecto de la participación que habrá de tomar dicha Orquesta en la ceremonia con que esta Corporación celebrará el día 25 del presente mes, el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

Con el propósito de allanar todas las dificultades que pudieran existir, y que tan distinguida agrupación artística prestara su concurso a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, aceptó de buen grado las indicaciones que el Sr. Prof. Meneses se sirvió hacer y han quedado ya concluídos los preparativos para que la Orquesta tome participación en la velada. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en consecuencia, ha acordado expresar a Ud. su agradecimiento por haber acogido con benevolencia la súplica que se permitió hacerle para que permitiera que la referida Orquesta contribuyera a la celebración del centenario del descubrimiento del Mar Pacífico.

Al transmitir a Ud. este acuerdo, me es grato protestarle las seguridades de mi atenta consideración.

Libertad y Constitución. México, Septiembre 22 de 1913.—*A. M. Carreño,* primer Secretario.

Señor Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes.—Presente.

Número.....

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en sesión del dos del presente mes, acordó enviar a la Junta Directiva del Casino Español y a sus honorables miembros, un voto de alto

reconocimiento, tanto por haber ofrecido la primera a esta Sociedad, por medio del Sr. D. Telesforo García, Vicepresidente accidental, los salones que posee, para que en ellos se efectuase la velada dedicada en memoria del descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, como porque al celebrarse esa velada el 25 de Septiembre anterior, el Sr. D. Valentín Elcoro, Presidente del expresado Casino y los miembros de la Mesa Directiva honraron a la Sociedad y le dieron lustre al acto con su presencia, y porque con todo esto ha visto la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística con especial atención y ha estimado en alto grado que la Junta Directiva del Casino Español hubiera querido que en unión fraternal, se efectuara una fiesta organizada por mexicanos, en honor del célebre aventurero Vasco Núñez de Balboa, dando así un testimonio del deseo, cada vez más acentuado y cada vez más entusiasta, de que se fundan en un crisol de afectos puros y de ideales levantados, dos pueblos que por su lengua y por sus instituciones tienden a un fin, el de formar un solo pueblo.

Cumpliendo, pues, con tal acuerdo, por la presente envío a usted, para que así lo haga a la Mesa Directiva y honorables miembros del Casino Español, el voto de reconocimiento de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, protestándole las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.

Libertad y Constitución. México, Octubre 3 de 1913.—El Secretario Perpetuo, *Francisco Belmar*.—Rúbrica.

Al Sr. D. Valentín Elcoro, Presidente del Casino Español.—Presente.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Número 258.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en su sesión de ayer, acordó dar un voto de gracias a la Orquesta del Conservatorio y a su muy digno director, por su importantísima

participación en la sesión solemne con que quiso conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del mar Pacífico.

La Sociedad estima en todo su valer la ayuda que tan eficazmente le prestó la agrupación artística que ha conquistado en nuestro país tan justo renombre y yo me complazco en ser el intérprete de los sentimientos de la Sociedad, expresándole a usted su reconocimiento.

Protesto a Ud. las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.

Libertad y Constitución. México, Octubre 3 de 1913.—*A. M. Carreño,* primer Secretario.

Sr. Prof. D. Carlos J. Meneses, Director de la Orquesta del Conservatorio.—Presente.

COMENTARIOS DE LA PRENSA

LA VELADA EN HONOR DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA

El Sr. D. Gonzalo de Murga pronunció un brillantísimo discurso en que analizando, analizando, llegó hasta el "Caso México" refiriéndose a los Estados Unidos con una fina y punzante sátira.

"*El Imparcial*," Septiembre 26 de 1913.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, celebró ayer, en el amplio salón de actos del Casino Español, una interesante velada en honor del célebre navegante español Vasco Núñez de Balboa, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

La velada dió comienzo a las nueve de la noche, bajo el siguiente interesante programa:

I. Marcha, Saint Saenz.

II. Geografía Económica de los Estados Americanos del Pacífico. Discurso por el socio Sr. Enrique Santibáñez.

III. Esclarmonde, Massenet.

IV. De Núñez de Balboa al Coronel Goethals. Discurso por el socio Sr. D. Gonzalo de Murga.

V. Diluvio, Saint Saenz. Violín solo, Sr. Prof. D. Pedro Valdés Fraga.

VI. Geografía Física del Océano Pacífico. Discurso por el socio Sr. Lic. D. Ezequiel A. Chávez.

VII. Romanza, Valdés Fraga. Violín solo por el Sr. Prof. D. Pedro Valdés Fraga.

VIII. Descubridores y Pilotos del Mar Pacífico: Vasco Núñez de Balboa. Discurso por el Vicepresidente interino, Sr. D. Telesforo García.

IX. Juana de Arco. Gran Marcha Solemne, Moskowski.

La parte musical estuvo a cargo de la orquesta del Conservatorio, dirigida por el Sr. Prof. D. Carlos J. Meneses.

En la mesa se hallaba el Sr. Garza Aldape, Ministro de Fomento, que presidía el acto, sentándose a su derecha e izquierda, respectivamente, los señores Ministro de España en México, don Bernardo de Cólogan y Cólogan y D. Valentín Elcoro, Presidente en funciones del Casino Español.

En sillones laterales, estaba la Junta Directiva de la Asociación, integrada por los caballeros, Sres. Francisco Villa, Santiago Arche, Francisco Bustillos, Lorenzo Astivia, Gumersindo Seoane, Cónsul de España en México, D. Emilio Moreno Rosales, y los oradores, D. Enrique Santibáñez, D. Gonzalo de Murga y D. Telesforo García.

Comenzó la velada ante una numerosa y distinguida concurrencia, que llenaba todos los asientos del salón, y el Sr. Santibáñez, leyó un notable y extenso trabajo histórico-geográfico, a propósito del descubrimiento del Pacífico, por el insigne navegante hispano Vasco Núñez de Balboa, que fué muy aplaudido al final, por los espectadores.

Siguió en turno D. Gonzalo de Murga, quien, después de un breve preámbulo, explicando su presencia en el Casino Español y de hacerse personalmente responsable del discurso que iba a leer,

con gesto gallardo, dicción perfecta y tonos de voz admirables de expresión, dió lectura a no pocas cuartillas, que tratando al principio de Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Cristóbal Colón y Saavedra Cenón, luego se engolfan en cuestiones de historia política, siendo el tema de sus viriles párrafos, sazonados de humorismo y modelo literario en su género, la acción absorbente de los Estados Unidos del Norte, con respecto a la América Latina.

Y con una habilidad y un humorismo dignos de su talento, el realmente notable conferencista, hizo breve historia de la política yankee, comentó razonadamente sus miras expansionistas, citó fechas, nombres, tratados, habló del Canal de Panamá, de Wilson, de Bryan, de Bolívar y de otros muchos, exponiendo comentarios oportunos y dignos de que se graben en nuestras memorias, para provecho y honor de nuestra raza.

Y comentando aquí, ironizando allá, parafraseando en el otro lado y siempre fácil, expresivo y sensato, habló al final de las notas enviadas por Casa Blanca al Gobierno mexicano, que — dijo, — provocaron sonrisas, risas y carcajadas homéricas en todo el Honorable Cuerpo Diplomático.

Tuvo, finalmente, para México, frases tan oportunas como sinceras, y comentó muy acremente la conducta del Gobierno norteamericano que llevado de su puritanismo.... o fariseísmo, se niega a reconocer el actual Gobierno mexicano, constitucionalmente establecido según todas las leyes del país.

Tanto al final como en los ligeros descansos que hizo el señor Gonzalo de Murga leyendo su excelente y viril trabajo, fué ruidosamente aplaudido por la concurrencia, que en extremo complacida escuchó la lectura del interesante documento.

El Sr. Ezequiel Chávez leyó asimismo, un notable discurso, y luego después el Sr. D. Telesforo García, Presidente interino de la Sociedad de Geografía y Estadística Mexicana, con voz fuerte y pausada, regaló a los oyentes con la lectura de un excelente y original trabajo, lleno de observaciones, de doctrina histórica y de comentarios oportunos, siendo ambos trabajos premia-

dos con aplausos por los espectadores, que salieron muy complacidos de la velada.

LA VELADA DE ANOCHE EN EL CASINO ESPAÑOL

Se conmemoró el IV Centenario del descubrimiento del Pacífico

"*El País*," Septiembre 26 de 1913.

A la hora avanzada en que escribimos estas líneas, con la festinación que exige la labor periodística, no podremos extendernos para glosar dignamente, a través de la crónica, la fiesta de alta intelectualidad y de memorable recordación que anoche se verificó en los elegantes salones del Casino Español.

El tópico fué el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico por el audaz marino Vasco Núñez de Balboa, con cuya ocasión la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística celebró una selecta velada, que presidió el Ministro de Fomento, licenciado Manuel Garza Aldape y el Ministro de España, D. Bernardo de Cólogan y Cólogan.

El amplio y suntuoso salón central del casino de la Avenida de Isabel la Católica, se vió lleno de una selecta concurrencia, entre la que vimos a prominentes personajes de nuestros centros científicos y literarios y muchas distinguidas familias de la colonia española.

LA PARTE MUSICAL

La parte musical estuvo a cargo de la benemérita orquesta del Conservatorio Nacional, que bajo la clara batuta del maestro Meneses, ejecutó selectas páginas musicales, entre las que figuraron obras de Saint-Saenz, Moskowski y Massenet.

Como un pórtico triunfal la velada se inició con la Marcha de Saint-Saenz, de una marcialidad grandiosa y de una inspiración digna del autor de la "Evocación." Otra marcha, la de Moskowski, la Gran Marcha Solemne, cerró el programa, y en los intermedios oímos la deliciosa página "Esclarmonde," de Massenet, de original factura, el Diluvio, de Saint-Saenz, de instrumentación brillante y emotiva, y briosamente interpretado por los artistas del Conservatorio. Valdés Fraga, el artista compatriota, tocó con sentimentalismo su romanza para violín, ingenua y clara, accesible y selecta, que mereció insistentes aplausos.

LA PARTE LITERARIA

La parte literaria fué escogida. Hablaron los señores socios don Enrique Santibáñez, D. Gonzalo de Murga y D. Ezequiel Chávez, y el Sr. Telesforo García, vicepresidente del Casino Español.

No podemos extendernos, como lo quisiéramos, pues repetimos que esta nota de impresión tendrá que ser breve; así, pues, nos limitaremos a decir que la selecta concurrencia aplaudió a todos los oradores.

El Sr. Santibáñez hizo un erudito estudio sobre la Geografía Económica de los Estados Americanos del Pacífico, tema que desarrolló concienzudamente, conquistando la atención del auditorio, que asistía a una cátedra de ciencia geográfica.

El Sr. Gonzalo de Murga pronunció un discurso que en su oportunidad comentaremos, por ser de gran importancia.

Después de las doce terminó la velada.

SOLEMNE VELADA EN HONOR DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA

"*El Diario*," Septiembre 27 de 1913.

Bajo el programa que oportunamente publicamos, la noche de antier en el elegante salón de bailes del Casino Español, tuvo lugar una solemne velada, con la cual se conmemoró el aniversario del cuarto centenario del descubrimiento del mar Pacífico, por el adelantado Núñez de Balboa.

La concurrencia fué tan numerosa como selecta, ocupando totalmente la sillería de Viena, que en cerradas filas fué colocada frente al elegante foro del "hall."

La velada fué presidida por el señor Ministro de Fomento, licenciado Garza Aldape, quien a su derecha tenía al presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística en funciones, Sr. D. Telesforo García, y a su izquierda al señor Ministro de España en México, D. Bernardo de Cólogan y Cólogan.

Además, tomaron asiento como invitados de honor, el Cónsul de España, Sr. D. Emilio Moreno Rosales, el Presidente del Círculo Español D. Valentín Elcoro y los intelectuales que forman la directiva de la mencionada Sociedad de Geografía y Estadística.

Los socios Sres. Enrique Santibáñez, Gonzalo de Murga, licenciado D. Ezequiel A. Chávez, y D. Telesforo García leyeron interesantísimos trabajos, relativos todos a la fecha que se conmemoraba, siendo sin excepción, muy aplaudidos al concluir y durante sus discursos.

La parte musical estuvo a cargo de la magistral orquesta del Conservatorio y del violinista D. Pedro Valdés Fraga, quien cosechó muchas palmas en los números que como solista ejecutó.

INDICE

Págs.

El Descubrimiento del Océano Pacífico y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Reseña por el Primer Secretario Sr. Prof. Alberto M. Carreño 3

Geografía Económica de los Estados Americanos del Pacífico. Discurso del socio Sr. D. Enrique Santibáñez 17

De Vasco Núñez de Balboa al Coronel Goethals. Discurso del socio señor D. Gonzalo de Murga 35

Geografía Física del Océano Pacífico. Conferencia del Sr. Lic. D. Ezequiel A. Chávez 63

Descubridores y Pilotos del Mar Pacífico.—Vasco Núñez de Balboa. Discurso del Vicepresidente interino Sr. D. Telesforo García 79

Vasco Núñez de Balboa. Estudio de Sir Clements R. Morkham, traducido por el socio Sr. Ing. D. Manuel Bonilla 103

El Mar Pacífico y Balboa. Estudio del socio Sr. D. Román Rodríguez Peña 119

Correspondencia con la Secretaría de Fomento y documentos anexos 129

Nota a la Real Academia de la Historia 130

Correspondencia con la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes 141

Nota al Presidente del Casino Español 142

Nota al Director de la Orquesta del Conservatorio 143

Crónicas de la prensa 145

REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

Sesión del 25 de Septiembre de 1913

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

MADRID

Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares.

Caracas, número 7.

1913

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

DISCURSOS

que se dijeron ó leyeron en la Sesión extraordinaria
celebrada por la

REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

el 25 de Septiembre de 1913
para conmemorar, en el día de su cuarto centenario,
el descubrimiento del Océano Pacífico.

MADRID
Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares.
Caracas, número 7.
1913

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Y

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

DISCURSOS

que se dijeron ó leyeron en la Sesión extraordinaria celebrada por la Real Sociedad Geográfica el 25 de Septiembre de 1913 para conmemorar, en el día de su cuarto centenario, el descubrimiento del Océano Pacífico (1).

I

Discurso del Excmo. Sr. D. Ricardo Beltrán y Rózpide

Secretario general de la Real Sociedad Geográfica.

Excmo. Sr.:

Señoras y Señores:

En alta mar se hallaba ya la expedición que hacia Tierra Firme dirigía el bachiller Enciso, cuando, con sorpresa de todos, rompiéronse ó se abrieron las tablas de

(1) Véanse el acta de esta sesión y de la del 14 Octubre siguiente en la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, sección destinada á «Actas de las sesiones», tomo X, números 11 y 12, ó sea Noviembre y Diciembre de 1913.

un tonel, ó se rasgaron, según otros, los pliegues de una vela, y surgió la figura de un hombre, de gallarda presencia, á quien nadie conocía.

Era Vasco Núñez de Balboa que, agobiado de cuitas y de deudas, habíase acogido á aquel ardid para ponerse á salvo de acreedores y enemigos.

El primer impulso de Enciso fué mandar que arrojasen al intruso de cabeza al mar. Súplicas y ofertas de sumisión y servicios que hizo Núñez de Balboa libráronle de morir, y pudo tomar parte activa y muy principal en aquella y otras audaces expediciones por mares y tierras del golfo de Urabá, del Darién, del Atrato y de Panamá, por donde á través de bosques casi impenetrables, subiendo y bajando por riscos y montañas, sobre suelo cortado por ríos, torrentes y barrancos, bajo un sol abrasador, hostilizado de continuo por los indios y mortalmente amenazado por la terrible fiebre del pantano y del fango, llegó, con los restos de su gente, en la mañana del 25 de Septiembre de 1513, á una hermosa altiplanicie, limitada al Sur por alta y pintoresca colina que cerraba el horizonte.

Mostróle el guía indígena aquella eminencia como lugar desde el cual podría ver el mar ignoto que buscaba. Quiso Balboa adelantarse y subir solo á la cumbre, y cuando desde ella contempló á lo lejos el inmenso Océano, cayó de rodillas, oró y llamó á los suyos que, prosternados también en tierra, dieron gracias á Dios que les había concedido la suerte y la gloria de descubrir el Mar del Sur. Entre ellos estaba Pizarro, el futuro conquistador del Perú.

Descendieron después hacia la costa del vasto Océano descubierto; en él entró Vasco Núñez para tomar y declarar la posesión en nombre de los Reyes Don Fernando y Doña Juana, y así aquel hombre extraordinario, que dió principio á sus hazañas encerrado y oprimido entre duelas y cinchos de hierro, remató la más gloriosa empresa de su vida dentro de las aguas del mayor de los Océanos. Todo el inmenso Mar del Sur, y las lejanas costas, y las

innumerables tierras grandes y chicas que en él hubiera, eran y tenían que ser de España, porque así lo quiso y lo proclamó Vasco Núñez de Balboa.

Debía ser el *mare nostrum* de la raza hispana. Lo fué durante años, cuando sólo naves españolas lo surcaban, y los Magallanes, Elcano y Loaysa, los Saavedra, Grijalva, Mendaña y Barreto, los Villalobos, Quirós, Torres, Ortiz y tantos otros, iban y venían por él entre las costas de América y las asiáticas, y desde tierras europeas llegaban á las de Asia completando la obra grandiosa que inició Colón en los últimos años del siglo XV.

Si hubo un tiempo en que alguien pudo decir, refiriéndose al Mediterráneo, que hasta los peces de la mar cuando salieran habrían de llevar las barras de Aragón en las espaldas, con mayor motivo pudo haberse dicho en el siglo XVI que las olas del Mar del Sur iban todas á romper sobre tierras y rocas españolas. Desde Las Perlas, las Galápagos y las Juan Fernández, hasta las Filipinas, y la Nueva Guinea y las costas y arrecifes litorales de la Austrialia ó Tierra de los Austrias de España, todo tenía nombre español, que luego nos fueron quitando, cuando á reata de los nuestros llegaron, los navegantes extranjeros, los Tasman y los Cook, los Wallis y Vancouver, los Bougainville y Laperouse.

Pasaron aquellos tiempos; pero en los nuestros, si no es España, son hombres y pueblos de origen hispano los que dan frente al mar de Balboa desde las costas de California hasta el litoral de las Tierras magallánicas.

Revillagigedo, la Pasión, las Galápagos, San Ambrosio, San Félix y Juan Fernández son las avanzadas de esos pueblos en el mar Pacífico, y su extrema vanguardia se adelanta hasta las islas chilenas de Sala y Gómez y de Pascua. Que no olviden que de sus mismos puertos zarparon las naos que iban al descubrimiento y conquista de la Oceanía y que estén siempre apercibidos para hacer entradas en el mar que de España han heredado.

*
* *

Es el mar, señores, cuyo descubrimiento hoy rememora la Sociedad Geográfica. Faltaban aún siete años para que llegase el 25 de Septiembre de 1913 cuando en la Junta directiva de nuestra Real Sociedad se propuso y aceptó la idea de esta conmemoración.

Había que contar con América, y el primer resultado de las iniciativas que tomamos y de las gestiones que se hicieron bajo la presidencia del General Suárez Inclán—á cuya memoria justo es rendir homenaje en este día—fué la adhesión entusiástica de Sociedades geográficas, de Academias de la Historia y de Ateneos literarios del Nuevo Mundo.

Acuerdos de la Real Academia de la Historia que se adoptaron á propuesta de su Comisión de Indias, dieron nuevo rumbo á los trabajos de la Sociedad Geográfica. Quería aquélla que se estudiase el modo de celebrar dignamente el IV Centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, y la Academia de la Historia invitó á la Sociedad Geográfica á que aunasen ambas sus esfuerzos con el objeto indicado. En consecuencia, comisionados de una y otra Corporación idearon proyectos, los discutieron, y por fin, cuando ya se supo que el Gobierno español había de estimular y avivar la corriente de opinión favorable á los actos y festejos conmemorativos del descubrimiento, se resolvió gestionar la inclusión en éstos de un Congreso geográfico hispano-americano. Además, el Sr. Altolaguirre recibió de la Academia de la Historia el encargo de investigar en los Archivos y estudiar y comentar después cuantos documentos hallase referentes al descubrimiento y al descubridor. Con estos documentos, y con los datos, comentarios y crítica que allegue y escriba aquél habrá de formarse y publicarse un libro que será lo más importante y de mayor novedad, desde el punto de vista histórico, que haya producido la conmemoración del hecho que ahora celebramos.

Posteriormente, gracias á la acción conjunta del Director de la Real Academia de la Historia, el Rector de

la Universidad Central y los Presidentes de la Unión Iberoamericana y de la Real Sociedad Geográfica, fué declarada oficial la celebración del Centenario y se dispuso que para conmemorar el Descubrimiento se celebrara, bajo la protección y con el apoyo del Gobierno, un Congreso de Historia y Geografía hispanoamericano y una Exposición de documentos, obras, manuscritos, mapas y planos relativos á América en la época colonial española.

Congreso y Exposición especial tendrán lugar en Sevilla y servirán de actos oficiales preparatorios para la Exposición hispanoamericana que ha de verificarse en aquella capital.

Algunas otras ideas se han lanzado en discusiones habidas en esta Real Sociedad. El Sr. Jiménez Lluesma, por ejemplo, propuso que se aprovechara la ocasión para crear con carácter permanente el «Instituto hispanoamericano de Estudios Geográficos é Históricos», y el Sr. Martín Peinador inició el pensamiento de reunir esta magna sesión de hoy, á la que se ha llegado bajo los auspicios del Gobierno de S. M., y que abre la serie de los actos y solemnidades del IV Centenario del Descubrimiento del Mar del Sur.

La Comisión general nombrada para organizar Congreso y Exposición trabaja con gran entusiasmo y con una actividad digna del mayor encomio; el 25 del próximo Noviembre se inaugurará en Sevilla, y en el mismo Archivo ó Casa de Contratación de las Indias, la Exposición de documentos, y al mediar Abril de 1914 se reunirá el Congreso hispanoamericano de Historia y Geografía.

Entretanto, allá en América se asentarán las bases del colosal monumento que Panamá levanta para perpetuar el nombre, la figura y la gloria de Vasco Núñez, y cuando lleguen los años de 1915 y 1916 habrá Exposición universal en San Francisco de California y Exposición hispanoamericana en Sevilla, y entre la metrópoli andaluza y la gran ciudad de la costa del Pacífico en Norteamérica podrán ir y venir hombres y naves, y potentes y

gallardas éstas, seguros y tranquilos aquéllos, cruzarán el istmo casi por los mismos parajes que fueron teatro de la difícil, audaz y afortunada empresa de Vasco Núñez de Balboa.

He dicho.

II

Discurso del Excmo. Sr. D. Manuel de Saralegui

Vocal de la Junta directiva de la Real Sociedad Geográfica.

Señoras y Señores:

La Real Sociedad Geográfica, siempre generosa en sus mercedes, me concede en este día un nuevo inapreciable honor al elevarme á este sitial; y si al hacerlo bondadosa, no sospechó que al par de ponerme á mí en el duro trance de dirigiros la palabra fué, sin duda cruel, por imponeros á vosotros la galante obligación de soportarme, yo, en cambio, procuraré que sea por contadísimos momentos, para que el exceso del mal tenga por consuelo y por alivio su extremada brevedad, su corta vida, pues que en mi mano está el reducirla y graduarla.

Y por cierto que difícilmente podrá darse ocasión menos propicia para que suene mi desautorizada voz en esta Casa, ya que difícilmente podrá conmemorarse en ella acontecimiento más insigne que el que hoy nos honramos en conmemorar, no tan sólo por sus especiales caracteres de genuina y exclusivamente español, sino porque él es, sin duda alguna, en los anales de las Indias de Occidente, según he dicho antes de ahora, el digno compañero, y algo así como el complemento de la hazaña de Colón; que si el genovés, con los españoles, logró encontrar la orilla de otro mundo, tras el tenebroso abismo de las aguas, nuestro *Vasco,* por sus hermanos tan sólo auxiliado, supo y pudo, tras la abrupta barrera de aquel mundo, descubrir la dilatada orilla de otro mar.

Procuraré, pues, ante la majestuosa grandeza del asunto, no profanarlo con la exposición de mis estériles consideraciones; ni aun con aplausos turbaré el reposo en que yace la buena memoria de aquellos hombres tenaces, valerosos y abnegados; dejaré á quien pueda con méritos bastantes, la envidiable misión de concurrir á levantar el monumento que perpetúe el recuerdo de aquellos héroes que consiguieron completar el mundo con su legendaria expedición; pero ufano así de la elevadísima representación que ostento en este sitio, como de la feliz casualidad que me permite depositar humilde ofrenda ante el sagrado altar de las glorias nacionales, me propongo dedicar el poco tiempo que me resta á relatar, como medio de desquite, un curiosísimo incidente que constituye, á mi pobre entender, la prueba más palmaria de la crasa ignorancia que domina por doquier respecto á nuestras glorias, cuando no del dañado propósito de preterirlas sin razón y, al obrar así, sin justicia desairarnos.

Cuando comenzaban los trabajos preparatorios para trazar un plan que permitiera celebrar, en forma digna, el glorioso Centenario de la Invención del Mar del Sur, vino casualmente á mis manos cierto trabajo periodístico autorizado por la firma de un escritor que se reputa como una de nuestras primeras ilustraciones, y en el cual, sin asomos de protesta y sin anuncios de discusión ni barruntos de vacilaciones, se mencionaban, por cierto con elogio del alto espíritu que las inspiraba, ciertas palabras de un augusto personaje, que no es prudente nombrar aquí. y que al descubrimiento que hoy nos honramos en conmemorar, con extraña displicencia y grave error se referían.

Busqué el discurso, tuve la suerte de encontrarlo, y he aquí fielmente traducido el inconcebible relato con que, cumpliendo un deber de vindicación, voy, á mi pesar, á molestaros.

«Deseo con este motivo—decía el muy excelso Monar»ca—referirme á una historieta que oí en cierta ocasión.

»El famoso Almirante inglés Sir Francisco Drake.

»arribó á la América Central después de un viaje difícil »y tormentoso.

»Buscaba el otro gran Océano, y se informó sobre él, »convencido de su existencia, á pesar de que la mayoría »de sus acompañantes la negaban.

»El reyezuelo de una tribu á quien llamó la atención »el insistente preguntar del extranjero, y á quien impre»sionó, además, la gallardía de su presencia, le dijo: *Si »buscas el agua grande, sígueme y te la enseñaré;* y ambos »ascendieron, en contra de las prudentes advertencias de »los demás expedicionarios, á una escarpada montaña.

»Llegados á la cumbre después de inauditos esfuerzos, »el cacique mostró á Drake, á sus espaldas, los tempestuo»sos y agitados mares que acababa de surcar, y, llevándole »después delante de una roca un tanto avanzada, le hizo »mirar de frente, descubriendo ante sus ojos asombrados »la superficie inmensa del Océano Pacífico, que se exten»día en calma y majestuoso, bañado por los rayos de oro »del sol de la mañana».

¡Historieta escuchada por casualidad, la portentosa invención del Mar del Sur!

¡Un inglés suplantando á un español!

¡Un pirata aborrecible usurpando su gloria al caballeroso, al ínclito *Balboa!*

No parece que pueda llegar á más el desconocimiento indisculpable de un hecho de fama universal y de trascendencia suma para la vida de la humanidad, ni que pueda darse prueba más patente del rencoroso desamor con que nos distinguen los que si un día nos envidiaron, aún hoy, cuando nos es adversa la fortuna, ni saben olvidar ni logran sobreponerse á la pasión para perdonarnos y hasta celebrar el poder y la gloria, el heroísmo y la generosidad, la nobleza y el tesón con que á todos entonces asombramos.

Pero por muy extraño que parezca, aún hay más.

Cuando desoyendo los consejos de quien podía dármelos y que juzgaba que para rebatir tan depresivas afirmaciones bastaban los contundentes testimonios de nues-

tros historiadores del siglo XVI, me propuse yo combatirlas con armas extranjeras y que como tales nunca pudieran tacharse de parciales; experimenté una segunda grave desilusión al repasar el texto de uno de los más famosos filósofos contemporáneos, y en el cual, sin incurrir en el colmo de la negativa expresa, se velan arteramente los sucesos, sustituyendo noticias categóricas y á los españoles favorables con vacilantes dudas, rumores sin probanza y anodina divagación.

«¿Es cierto—dice el filósofo aludido—que Magallanes antes de emprender su famosísimo viaje había visto el mar Pacífico señalado en un globo por el alemán Behaim?

»No; ese globo no lo conoce nadie.

»¿Habría visto en casa de su amo el rey de Portugal »algún mapa que lo indicara?

»Así se ha dicho, pero nadie lo ha probado.

»Más probable es que los aventureros que hacía cosa de veinte años recorrían el continente americano, hubieran visto, pero visto con sus propios ojos, el mar Pacífico.

»Ese rumor que circulaba acordábase muy bien con la idea que daba el cálculo de tal contrapeso, necesario al hemisferio que habitamos y al equilibrio del globo».

Juzgo—decía yo al glosar los párrafos que preceden—que el olvido del nombre español y el aparente desconocimiento de la realidad de los hechos no pueden ser más absolutos; pero así y todo, ¿podrá nadie considerarlos efectivos?

¿Puede nadie suponer ignorante á un esclarecido filósofo honra de su Patria de la empresa del gran Vasco?

¿Lo que aprenden los niños en la escuela y repiten los libros más elementales, puede en modo alguno ser un secreto para el ilustrado autor de tantas obras peregrinas?

Y además....., pero..... ¿á qué seguir?

¿A qué extremar y retorcer los argumentos, si es bien sabido que lejos de servir para demostrar los axiomas sólo conducen á dificultar su inteligencia obscureciendo en todos casos los conceptos?

Voy, pues, á terminar; pero antes conste y quede sentado que desde el ingrato autor de los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón,* que tergiversando sin conciencia las palabras del honorable Pedro Mártir, llama desahogadamente *hombres vagabundos que vivían del engaño y del pillaje* á los denodados cooperadores de la gigantesca empresa de *Balboa,* hasta el presuntuoso Profesor, paisano de Dewey, que dió recientemente á la estampa una *España en América,* en la que tiene la llaneza de llamar *proclama campanuda* á la genial alocución con que el bizarrísimo caudillo enhiesta la gloriosa enseña de Castilla y con el agua salada á la cintura tomó posesión del Pacífico y sus islas, en honor de Don Fernando y Doña Juana, apenas si es posible tropezar un solo autor extraño que nos trate, no ya con generosa benevolencia, sino con estricta imparcialidad, cuando intentan describir la legendaria expedición que tuvo feliz término en la revuelta ranchería que gobernaba Chiapes.

Y así, disfrazando las verdades y amañando las leyendas, fingiendo rasgos y engalanando personajes, pugnan los pseudos historiadores por borrar los viejos timbres españoles y lograr su avieso fin, sin comprender que se estrellan en su empeño, pues que la Historia puede hacerse, mas no puede falsearse, ya que si hay algo imposible en este mundo es que deje de ser lo que realmente ha sido; inaccesible extremo á que no alcanza, con ser tanto y ser tan grande, ni aun el sobrehumano poder del mismo Dios.

III

Discurso del Excmo. Sr. D. Angel de Altolaguirre

Individuo de Número de la Real Academia de la Historia.

Señoras y Señores:

Fija la atención de los historiadores en las vicisitudes por que pasó Vasco Núñez de Balboa en su heroicas empresas y trágica muerte y en el trascendental descubrimiento del Océano Pacífico, apenas paran mientes, con ser

tan importante, en la labor colonizadora que realizó en Tierra Firme.

Por demás precaria era la situación que á fines del año de 1510 atravesaba la villa de Nuestra Señora de la Antigua del Darién recientemente fundada por el bachiller Martín Fernández de Enciso; la pobreza del país, la hostilidad de los indios, la ausencia de socorros de la isla Española, las disidencias entre los habitantes, que más atendían á sus rivalidades que al cultivo de las tierras, y, sobre todo, la falta de un Jefe con aptitudes para el mando, hacían que la anarquía reinase en la colonia y todos temían un fin desastroso, ya por los efectos del hambre, ya á manos de los indios.

Por ese instinto de conservación que á veces tienen las colectividades, la mayor parte de los colonos se agruparon alrededor de un compañero que en la villa de San Sebastián les había salvado á todos conduciéndolos á la comarca en que fundaron Santa María la Antigua; ese compañero se llamaba Vasco Núñez de Balboa.

No es ocasión de discutir la parte que tomó en expulsar de Tierra Firme á Diego de Nicuesa y al bachiller Enciso, y sí únicamente de afirmar que gracias á ella y á haber asumido el mando Vasco Núñez se salvó la colonia, pues ni uno ni otro tenían aptitudes para resolver la angustiosa situación por que atravesaba.

Elegido Vasco Núñez alcalde por el pueblo y sancionado después su nombramiento por el Rey, dedicóse con extraordinaria actividad y energía á restablecer la disciplina entre los colonos, fomentó los trabajos agrícolas y comenzó la exploración y conquista del territorio sometiendo las tribus indígenas, ya por la persuasión y prestigio del nombre que entre ellas logró adquirir, ya empleando en caso extremo la fuerza, pero poniendo siempre singular empeño en que los vencidos se convirtieran en amigos y aliados.

En menos de tres años dominó el istmo de Panamá de mar á mar, llegando á tener de paces 17 grandes caciques,

que gobernaban un extenso territorio poblado por millares de indios.

Fray Juan de Quevedo, primer Obispo de Tierra Firme, en las instrucciones que dió al Capellán Toribio Cintado para que refiriera en la Corte el triste estado en que cuando escribía se hallaba la colonia, nos da cuenta de cómo la encontró cuando llegó con Pedrarias: «Diréis á S. A. como hallamos este pueblo bien aderezado, más de doscientos bohíos hechos, la gente alegre y contenta cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo, tenían muy sembrada toda la tierra de maíz y yuca, puercos hartos para comer al presente, y ordenando de descubrir la tierra porque tenía mucha disposición para ello, los caciques de alrededor, así como Careta y Ponca, enviaron sus mensajeros á reconocer al Gobernador que había venido, ofreciéndose para servirlo y trujéronle pescado y puerco, montes y punas vivas, podía ir un cristiano y de cinco hasta diez y de diez hasta uno por todos estos caciques desde esta costa hasta la otra de Poniente tan seguros como lo fueran quince, y cada cacique les daba de comer y los guiaba, de manera que andaban entre ellos como entre sus amigos».

El cronista Oviedo, que también fué con Pedrarias, confirma lo expuesto por el Obispo, diciendo que los indios estaban tan mansos que enviaban sus mensajeros y canoas é iban y venían al Darién muy domésticamente á ver los cristianos, y como amigos se comunicaban con ellos.

Esta obra, llevada á cabo con un reducido contingente, pues nunca llegó á alcanzar la cifra de 700 hombres, demuestra las excepcionales dotes de Vasco Núñez de Balboa; severo en el mando, justo en los repartos á su gente de lo adquirido en las expediciones, era el primero en todos los riesgos y trabajos, hasta el punto de cargar sobre sus hombros las maderas para la construcción de los bergantines con que se proponía descubrir en la mar del Sur, manejar el hacha para hacer una corta de árboles ó la azada en las faenas agrícolas, á fin de que ninguno se considerase

rebajado con estos trabajos ya que él, siendo el jefe, daba el ejemplo; su aspecto rudo encubría un alma noble y generosa; si un hombre, dice el cronista Oviedo, se le cansaba en el camino y adolecía en cualquier jornada, no le desamparaba, antes, si era necesario, iba con una ballesta á buscarle un pájaro ó ave y se la mataba y se la traía y le curaba como á hijo ó hermano suyo y lo esforzaba y animaba, lo cual, agrega Oviedo, ningún Capitán de cuantos hasta hoy que estamos en el año de 1548 han venido á las Indias, en las entradas y conquistas que se hallaron no lo han hecho mejor, ni aun tan bien como Vasco Núñez.

Con estas cualidades logró lo que sólo los grandes Capitanes han logrado: hacerse respetar y querer de su gente, á la que sometió á una severa disciplina.

En sus relaciones con los indios empleó una política que le revela como un gran colonizador; procuraba, por medio de los indios amigos, que se sometieran los rebeldes ó neutrales, si no lo lograba empleaba la fuerza siendo duro en el castigo, pero una vez que se sometían los trataba con dulzura, no les despojaba de sus bienes, y en cambio del oro y víveres que le daban como presentes les regalaba objetos de Castilla, que ellos tenían en gran aprecio, y así los convertía de enemigos en amigos y aliados, llegando á inspirarles tal confianza que le revelaban los secretos de la tierra como le revelaron la proximidad del Pacífico y la existencia hacia el Sur de riquísimos territorios que no eran otros que los del Perú, le facilitaban guías y cargadores y atendían á todas las necesidades de su gente, considerándose muy honrados con servir á los españoles.

De los riesgos y penalidades que para dominar el territorio pasaron Vasco Núñez y sus compañeros, nos da él mismo cuenta en la carta que en 26 de Enero de 1513 escribió al Emperador: «Muchas veces pienso, le decía, cómo ha sido posible podernos remediar, porque habemos sido tan mal proveídos de la isla Española—como si no fuéra-

mos cristianos—, muchas veces hemos estado tan al cabo que creíamos perdernos de hambre y habemos corrido tanto á unas partes y á otras á causa de la mucha necesidad que habemos tenido, que me espanto cómo se ha sufrido tanto trabajo.....; he procurado de nunca fasta hoy haber dejado andar la gente fuera de aquí sin yo ir delante, hora fuese de noche ó de día, andando por ríos y ciénagas y montes y sierras, y las ciénagas de esta tierra no crea Vuestra Real Alteza que es tan liviano que nos andamos folgando, porque muchas veces nos acaece ir una legua y dos y tres, por ciénagas y agua, desnudos y la ropa cogida puesta en la tablachina encima de la cabeza y salidos de una ciénaga entramos en otras y andar de esta manera dos y tres y diez días....., hasta aquí hemos tenido en más las cosas de comer que el oro, porque teníamos más oro que salud, que muchas veces holgaba más hallar una cesta de maíz que otra de oro, porque á la continua nos ha faltado más la comida que el oro».

El fruto de la hábil política de Vasco Núñez fué por completo destruído tan luego como Pedrarias se hizo cargo del gobierno y sus Capitanes comenzaron á recorrer la tierra llevando á todas partes la desolación y la ruina; los mismos hombres que á las órdenes de Vasco Núñez habían tratado á los indios con moderación y dulzura cometieron bajo el mando de los Oficiales de Pedrarias todo género de crueldades y atropellos, no sólo con los rebeldes y neutrales, sino con los amigos y aliados, que bien pronto dejaron de serlo, y ya que no podían luchar frente á frente con los españoles los asesinaban al encontrarlos aislados, ó se refugiaban en las espesuras de los montes después de arrasar los campos para que el hambre acabara con sus odiados enemigos.

La situación de la colonia llegó á ser tan precaria ó más que en los tiempos de Enciso; diréis, escribía el Obispo Quevedo en sus citadas instrucciones á Toribio Cintado, que agora el pueblo está todo perdido, todos tristes y las haciendas del campo destruídas, porque es tan grande

la necesidad de la gente que se caen muertos de hambre por las calles.

Si Vasco Núñez no tuviera otros títulos de gloria, el que le corresponde por su obra colonizadora en el Darién es bastante para que figure en primera línea entre los grandes hombres que ilustran la historia de América.

IV

Discurso del Excmo. Sr. D. Rafael Conde y Luque

Presidente del Comité ejecutivo de la Unión Ibero-Americana.

Traigo la representación de la Unión Ibero-Americana, la más antigua de las instituciones españolas dedicadas á estrechar los lazos morales y materiales entre España y las que fueron sus colonias y hoy son Estados independientes de la América latina. Hace veintiocho años que nació aquélla, precisamente en los críticos momentos en que la enemistad producida por las guerras separatistas desaparecía y empezaba á ser sustituída por sentimientos de benevolencia y aun de afecto. Puede, por tanto, decirse que la Ibero-Americana está aquí por derecho propio.

Hay que aplaudir á la Academia de la Historia por haber contribuído á esta solemnidad patriótica. La Geografía es parte integrante y como la base de la historia y del progreso humano; abréviese el planeta con la facilidad de las comunicaciones, y puestos en contacto hombres y razas, se conocerán y hasta llegarán á fraternizar. Ahora bien; no es sino un grande y trascendental hecho geográfico el descubrimiento del Pacífico, complemento del de Colón, porque sin el gran mar que hay tras del continente americano no resultaba la redondez del planeta.

La humanidad ha sido injusta con Núñez de Balboa, porque ha necesitado la grande hazaña cuatro siglos para salir de los rincones de la Historia y llegar al conocimiento y aplauso universales.

Pero todavía resalta más la injusticia en la inicua sentencia que premió tal heroísmo con el patíbulo.

La República de Panamá se ha honrado consignando en una ley levantar al héroe una estatua gigantesca en la confluencia de los dos grandes mares, recientemente unidos por un milagro de la ciencia.

Además, como Rector de la Universidad Central, yo represento aquí el orden docente oficial y tengo el gusto y la honra de ofreceros la patriótica adhesión de cientos de Catedráticos y miles de jóvenes alumnos.

V

Discurso del Sr. D. Juan B. Sosa

Encargado de Negocios de Panamá.

Excmo. Sr.:

Señoras y Señores:

Mi presencia en este acto y la personalidad que asumo en él, me obligan á daros una previa y forzosa explicación. Soy en esta Corte el Representante oficial de Panamá, la antigua Capitanía general de Tierra Firme en el imperio colonial español, de aquella caprichosa estructura geológica arrojada entre dos mares para atar en un vínculo las dos Américas, singular constitución de la naturaleza física, una de cuyas eminencias orográficas sirvió el 25 de Septiembre de 1513 de escenario al entusiasmo y al fervor religioso de un centenar de españoles, y en una de cuyas calas reflejó por la primera vez el cristal de las aguas de un mar desconocido los perfiles de la cruz del cristianismo y los vívidos tonos del pendón de Castilla. Pero si esto no justificare bastante mi actitud, de mi atrevimiento al dirigiros la palabra en circunstancia tan solemne responde la benevolencia de la Real Sociedad Geográfica, que, galante y espontánea, me ha asignado un número en el programa de esta fiesta hermosa destinada á rendir en el cuarto Centenario del descubrimiento del Mar del Sur un tributo de admiración á Vasco Núñez de Balboa, el egregio Capitán español ejecutor de tal hazaña.

No ocuparé por mucho tiempo la atención de la docta y selecta concurrencia que me escucha. Mis fuerzas no me permiten el ensayo de un relato de los hechos realizados en el territorio panameño por el hombre esforzado cuya memoria nos congrega aquí, desde que pisó la playa del Darién septentrional en 1510, hasta que la envidia detuvo el curso natural de su vida en Enero de 1519, sin lograr, empero, obscurecer la estela luminosa de sus legendarias proezas, que dejó como un legado precioso al comentario justiciero de la Historia.

Quiero solamente deciros, sin exageraciones ni egoísmos, que la vida y las acciones singulares de Vasco Núñez pertenecen también, y de modo especialísimo, á Panamá, una de cuyas montañas constituyó el pedestal de su gloria inmarcesible. Hidalgo sin lustre y sin estima en Jerez de los Caballeros, su lugar nativo; mozo ávido de aventuras ó soldado de fortuna en Sevilla; agricultor de pobre éxito. insolvente y de dudosa reputación en Santo Domingo, se transforma en hombre de raras condiciones como Capitán y como colonizador en el istmo, y adquiere en esa tierra, con su sagacidad, su prudencia y su valor, la fama y nombradía con que ha pasado á la posteridad. Balboa fué uno de los descubridores del territorio panameño en 1502, como miembro de la expedición conducida por Rodrigo de Bastidas, y quien años más tarde guió los extenuados restos de la colonia, que se extinguía en las costas orientales de Urabá, para fundar con Enciso, en nuestras riberas del golfo, á Santa María la Antigua, base y cuartel de las siguientes empresas de exploración y de conquista que, recorriendo con el caudillo parte considerable de nuestro haber geográfico, llevaron el estandarte castellano á tremolar sus colores en las cumbres andinas y señalaron sobre las ondas de un nuevo mar amplio horizonte á la expansión y poderío de España.

Y cuando la emulación y la ingratitud levantaron á las orillas del Atlántico un cadalso, para castigar en el héroe supuestos intentos de rebeldía contra la autoridad

local y la majestad de los Reyes, la cabeza que se inclinó al tajo del verdugo no fué sólo la del descubridor, cuya fama en la opinión pública se igualó á la de Colón, sino también la del Gobernador de la provincia de Panamá, título que juntamente con el de Adelantado de la mar del Sur le había discernido la Corona en reconocimiento de sus señalados servicios en la obra inicial de la conquista y colonización del Nuevo Mundo.

No es de extrañar, pues, que en los istmeños haya perdurado la memoria de Balboa con más intenso afecto que en otras secciones del Nuevo Continente la de sus conquistadores, porque las variadas circunstancias en que se agitó su existencia, su rápido ascenso á la fortuna y á la gloria y los arteros medios que concurrieron á su muerte, revisten su personalidad con los dobles caracteres del héroe y del mártir, produciendo la caída de su cabeza el ruido de una protesta formidable é inextinguible, que repercute á través de los siglos demandando, como una debida reparación de justicia póstuma, la más solemne apoteosis.

No murió como Colón, lleno de achaques y cargado de años, pobre y olvidado casi en una posada de Valladolid; ni como Cortés, decepcionado y solo; ni como Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador de Nueva Granada, deforme y pestilente; ni como su apresador y carcelero, Francisco Pizarro, viejo y víctima de una conjuración, en su propio palacio. Balboa murió como debía morir: de frente á sus enemigos, á los cuarenta y cuatro años de edad, cuando su prestigio, su juventud y las energías de su espíritu le predestinaban á ser el ejecutor de las más extraordinarias hazañas en el mar que había descubierto. Murió quizá á tiempo de legar frescos los laureles de su frente, enhiesto y robusto como el cedro de los impenetrados bosques darienitas, caldeada su alma al fuego del sol tropical y tan viva la mirada como un destello de luz que se quebrara en su refulgente casco de combate. Así, gallardo, férreo, magnífico, su figura semeja en el

cariño panameño la de un guerrero invicto, siempre glorioso y siempre grande.

Intérpretes y participantes de los sentimientos populares, nuestros Gobiernos de toda época han rendido al recuerdo del ajusticiado de Acla los homenajes posibles, ora dando su nombre á la espléndida región marítima del Archipiélago de las Perlas, bien designando con él á algunas vías públicas de las principales poblaciones del territorio jurisdiccional, ya disponiendo por leyes de la Convención Constituyente hacer figurar en el sistema postal y monetario de la República la efigie del inmortal extremeño, y acordando, por último, conmemorar el acontecimiento histórico del cual fué protagonista, con un certamen expositivo en la ciudad capital, destinado, asimismo, á fortalecer, si cabe más, los nexos de todo orden que tiene el país con su progenitora y con sus hermanos en el Mundo de Colón.

Actuando dentro de tan favorable ambiente, la Comisión directora de la Empresa que ejecuta la magna obra del canal interoceánico convino oportunamente en bautizar el puerto terminal de la vía en el Pacífico con el nombre de Balboa, ya que el de Colón lo ostenta la ciudad de entrada en el Atlántico por loable y patriótico acuerdo de la Asamblea provincial de Panamá. De este modo estarán presentados á la perenne admiración de la humanidad que trafique por aquella ruta artificial los nombres de esos dos descubridores, prez de la raza latina, cuya precursora labor de complementación geográfica culmina, al cabo de siglos, por la inteligencia y el esfuerzo humanos, que convierten en realidad la alucinación del que buscó, afanoso. á la altura del Istmo, el anhelado paso que lo llevara á las fabulosas regiones del extremo asiático, y la idea que brotó inmediata de la huella que dejara el otro en el suelo accidentado de nuestras comarcas selváticas.

Por esos continuados actos se ha sobrepuesto á la indiferencia y al olvido la memoria del descubridor del Grande Océano, como una excitación constante á otros

homenajes más dignos de sus méritos y armónicos con el espíritu de los pueblos agradecidos, que modelan y perpetúan en el bronce la imagen corpórea y los hechos salientes de aquellos que, como Balboa, rebasando el nivel común, pasaron á la posteridad con la aureola de los mártires y los atavíos de los héroes.

Fiel á este concepto ha querido Panamá tomar en las solemnidades del cuarto Centenario del descubrimiento del Mar del Sur la parte que le corresponde, concertándose con la madre Patria y con su progenie en la constelación política de Hispano-América en el proyecto de erigir, por el concurso común y como un símbolo de solidaridad de la raza, una estatua colosal que reproduzca y recuerde á las generaciones venideras la arrogante apostura y la heroica expresión del conquistador español, actor principal en el memorable acontecimiento que, destruyendo los errores geográficos predominantes y marcando nuevos rumbos al progreso, depositó en la mente de los contemporáneos, como una simiente de gestación laboriosa, la idea de la unión de dos Océanos á través del territorio panameño; primitiva concepción del alma hispana, convertida, al cabo, en asombrosa realidad por la incontrastable energía del pueblo norteamericano.

A la entrada Sur de esa obra colosal, cuya próxima inauguración se anuncia, la estatua de Vasco Nuñez, vaciada en el duro bronce, en pedestal digno de su fama, sobre la roca viva, rodeada y batida por las aguas del mar que descubrió, recibirá eternamente el homenaje de todas las banderas, con legítimo orgullo para su Patria, la noble nación española que llevó á la América, con el lábaro y la espada, su habla de armoniosos acentos, lecciones y ejemplos de hidalguía y de heroísmo, y las chispas generadoras de las conquistas en el campo del derecho y del saber humanos.

VI

Discurso del Ilmo. Sr. D. Adolfo de Motta

Vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica

y lectura de la carta del Excmo. Sr. D. Marcelo de Azcárraga

Presidente de la Sociedad.

Excmo. Sr.:
Señoras y Señores:

Nuestro digno y querido Presidente el Capitán General D. Marcelo de Azcárraga, lamentando profundamente no poder asistir hoy á esta solemne sesión, me ha dirigido la notable carta que voy á tener el gusto de leer y que dice así:

Godella (Valencia) 23 de Septiembre de 1913.

Excmo. Sr. Vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica.

Mi distinguido amigo: Ineludibles atenciones de familia me privan del honor y la satisfacción de presidir el acto con que nuestra Sociedad conmemora uno de los hechos más culminantes de aquella gloriosa é incomparable epopeya que para el descubrimiento y conquista de América realizaron nuestros ascendientes, y no pudiendo, con harto sentimiento mío, asistir á tan solemne fiesta, á V. me dirijo para rogarle se me tenga en ella como presente y que haga saber, tanto á nuestros compañeros de Sociedad, como á las ilustres personas que con su presencia en nuestra Casa nos honran, mi contrariedad por no poder estar entre ellos y mi adhesión á cuantos elogios se dediquen á aquel ilustre caudillo al cual el mundo entero, pero en especial españoles y americanos, estamos obligados á rendirle el tributo de nuestra admiración y de nuestro agradecimiento.

No es la figura del Adelantado Vasco Núñez de Balboa de las que el tiempo empequeñece y borra, antes al contrario, á través de los siglos adquiere más vigor y á medida que la Historia penetra en los detalles de su vida y de sus hechos mayor asombro causan éstos, sobre todo cuando se medita sobre la enorme desproporción que existe entre la magnitud de la obra por él realizada y la insignificancia de los medios que para llevarla á cabo y vencer las dificultades de que estaba erizada pudo disponer.

El hablar de la trascendencia de aquel descubrimiento y de lo que en el progreso y civilización de la humanidad ha influído, no es tarea proporcionada á mis fuerzas ni lugar adecuado esta carta, pero sí me permitiré señalar la feliz coincidencia de que al cabo de cuatro siglos, en que la obra de Balboa no ha dejado de dar sus frutos, venga á completar aquélla en la época en que su cuarto Centenario se celebra, la unión material de los dos mares cuyo primer lazo, que bien podemos llamar de unión moral, fué la expedición que empezada á las orillas del Atlántico terminó nuestro inmortal Adelantado, entrando armado de todas armas en las aguas del Pacífico.

Al dirigir mi saludo á todos los presentes en esa solemnidad, no puedo menos de hacerlo en especial á los dignos representantes de las Repúblicas hispanoamericanas que á nosotros se unen como en fiesta de familia para rendir homenaje al genio que como gloria propia debemos mirar todos, pues si hoy somos ciudadanos de distintas naciones todos igualmente descendemos de los que con él tantas proezas realizaron.

Y para terminar, permitidme que una al vuestro mi modesto aplauso á la feliz iniciativa de la República de Panamá (tan brillantemente expuesta en la carta de su digno Presidente á S. M. Don Alfonso XIII) de erigir un monumento á Balboa en la entrada del nuevo canal, idea á la que todos debemos coadyuvar hasta verla realizada y que tan cordial acogida ha merecido de nuestro egregio Monarca, que tanto entusiasmo muestra por todo lo que

sea enaltecer la memoria de aquellos varones que como eminentes nos señala la Historia, y que en particular, y en lo que á este Centenario se refiere, todos sabemos cuánto interés ha demostrado y cuánto nos ha favorecido con su augusta protección para que dignamente pudiera celebrarse.

Muy agradecido á V., por ser fiel intérprete de mis sentimientos en tan memorable ocasión, me reitero suyo muy afectísimo seguro servidor y amigo, q. s. m. b.,

Marcelo de Azcárraga.

*
* *

Después de esta carta y de las doctas y brillantes disertaciones que acabamos de oir, y que todos hemos acogido con los entusiásticos aplausos que merecen, nada nuevo podría yo añadir que tuviera interés y lograse vuestra atención.

Habré, pues, de limitarme á decir cuatro palabras en nombre de la Real Sociedad Geográfica para significar nuestra intensa gratitud al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública por la bondad que ha tenido de venir hoy á presidirnos en representación del Gobierno, y aun me atrevo á asegurar que en la de S. M. el Rey, porque tengo la convicción de que si nuestro joven é ilustrado Monarca no hubiera estado ausente de Madrid no habría dejado de asistir hoy á esta sesión dispensándonos el alto honor de presidirla.

Me complazco en dirigir un afectuosísimo saludo á los dignos Representantes diplomáticos de las Repúblicas americanas que nos han honrado con su asistencia, y muy especialmente al Sr. Sosa, Encargado de Negocios de la de Panamá, que no se ha limitado á hacer acto de presencia sino que ha querido tomar parte en la sesión leyendo un interesantísimo discurso, oído con atención y aplaudido con toda justicia.

También debo dar las gracias y felicitar efusivamente á los señores que acaban de proporcionarnos un rato agra-

dabilísimo leyendo ó pronunciando sus doctos é interesantes discursos.

Por último, he de dar igualmente las gracias al selecto público que nos ha honrado con su asistencia, y muy particularmente á las bellas y distinguidas damas que, renunciando hoy á sus paseos, á sus visitas ó á sus teatros, han concurrido á este salón contribuyendo con su presencia al mayor brillo de esta solemne sesión.

VII

Discurso del Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez

Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

En elocuente discurso resumió el Sr. Ministro los hechos culminantes del glorioso acontecimiento que ahora se conmemoraba.

Declaró ante todo que si S. M. el Rey hubiera estado en Madrid habríase asociado á este acto, como á toda obra nacional. Honrándose, por su parte, con la presidencia, dijo que se sentía dichoso porque podía rendir tributo de admiración á los españoles del siglo XVI, raza de Quijotes, que supieron realizar actos dignos de la epopeya. Al estudiar nuestra Historia no podía menos que seguir con interés acentuado el relato de las hazañas de aquella caballería andante que salía de España en busca de ignotos lugares en que izar el pendón de Castilla, y admiró siempre á aquel gran Vasco Núñez de Balboa, que desde Santa María la Antigua fué con un puñado de hombres á emprender hazañas en lugares desconocidos, hazañas que no son concebibles sino por el amor á Dios. Una de esas fué la de atravesar inmensos territorios, arrostrar la dureza de climas hostiles y llegar al borde del mar Pacífico para tirar de la espada y tomar de él posesión en nombre de España.

¡Qué recuerdo tan grato! ¡Qué maravilla! ¡Qué des-

consuelo si España no demostrara á aquellos hombres su gratitud!

La idea misma de romper el istmo surgió entre españoles, muy pocos años después del descubrimiento de Balboa.

Estas grandes empresas, estas prodigiosas obras no acaban con el tiempo. Su espíritu es el hilo misterioso que une á las generaciones. Cuando Vasco Núñez de Balboa sale llevando sobre sus hombros, como Cristo la cruz, la enorme responsabilidad de la vida de algunos de sus semejantes y del prestigio de su patria, no podía esperar que al abrirse ahora el istmo fructificaran sus iniciativas y sus aspiraciones.

Dedicó el Sr. Ruiz Jiménez frases de cariñoso afecto al pueblo de Panamá, al que España quiere con el amor de madre.

Finalmente, en nombre del Gobierno ofreció ayuda y concurso para todas las empresas de aproximación hispano-americana, y para demostrar que estas empresas cuentan con el asentimiento popular, recordó que la sola presencia en la sesión del Representante de Panamá había provocado salvas de aplausos.

Coleman

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

APR 24 1941

OCT 6 1941 M.

LD 21-100m-7,'40 (6936s)

524406

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY